de la desmemoria al desolvido

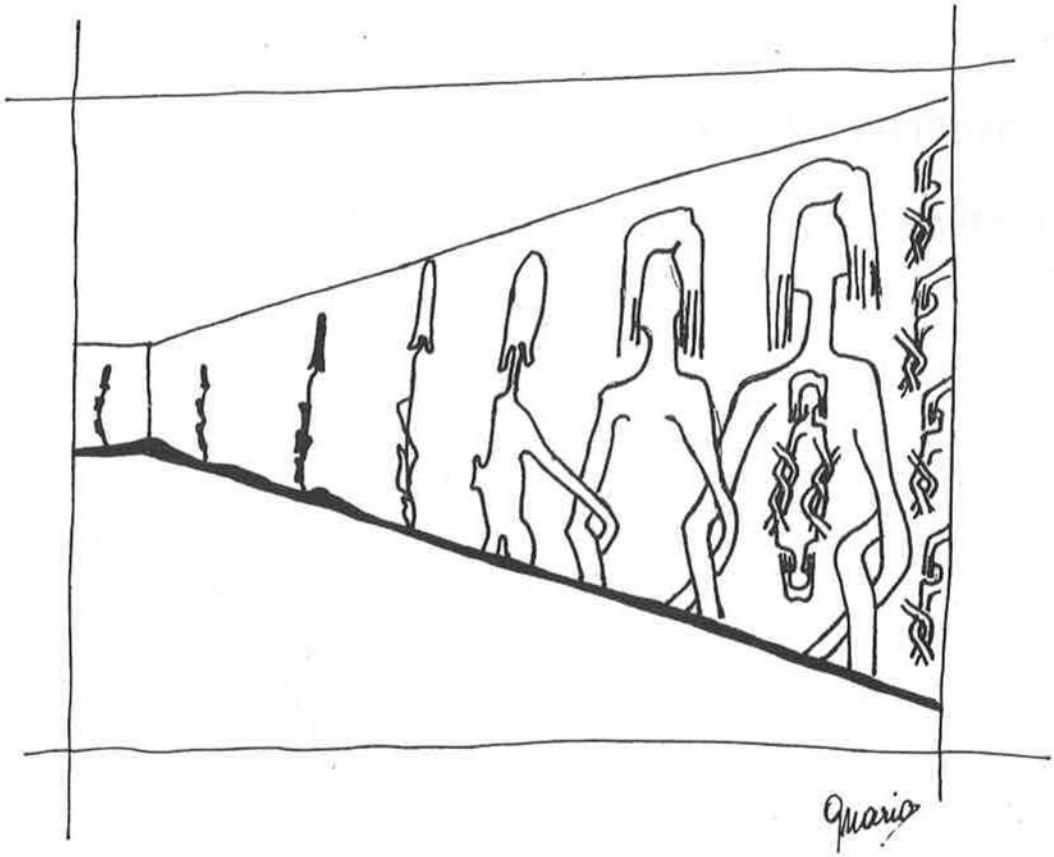
vivencias

de la colección *memoria para armar*

En 1997 surgió en Uruguay el colectivo de ex presas políticas que comenzó a trabajar por la construcción de sus memorias y de la memoria del pasado reciente.

En ese marco, el Taller Vivencias se abocó también a esa tarea, la cual se traduce en estas páginas y se hermana con el Taller de Género y Memoria en su proyecto "Memoria para Armar".

Las anima el propósito común de democratizar la memoria, pero también hay siete propósitos y necesidades diferentes que las llevaron a esta osadía de escribir sin oficio.


Maria

de la desmemoria al desolvido

© Taller Vivencias de ex-presas políticas
deladesmemoriaaldesolvido@hotmail.com

Tercera Edición: Setiembre 2004

Editorial Vivencias
ISBN 9974-39-455-4

Colección Memoria para armar

Foto del Penal de Punta de Rieles, en página 8, tomada por Cyro Giambruno.
Foto en página 194 tomada por Nancy Urrutia.
Foto en página 136 tomada por Alicia Chiesa.
Las demás fotografías que aparecen en este libro fueron tomadas por Carmen Aroztegui en julio de 2002.

Corrección: Melba Guariglia.
Arte de tapa e ilustraciones en portadas y portadillas: Graciela Nario
Diagramación de tapa y puesta en página: Creativa Diseño.

Para este libro se utilizaron tipografías Optima para títulos y subtítulos, y Palatino-Light para cuerpo de texto.

A tod@s aquell@s que trabajan en la construcción de su propia memoria
y de la memoria de tod@s, rescatando sus sueños y utopías,
en busca de los caminos que acerquen a la esencia solidaria.

A tod@s aquell@s que compartieron esas utopías y que hoy no están,
pero que nos impulsan a continuar en este camino.

Este trabajo testimonial no habría sido posible
sin el firme apoyo de quienes, comprendiéndonos,
nos han alentado en todo momento con su cariño y sus críticas,
y de esa manera nos han ayudado a crecer.

prólogo

"la impunidad es hija de la mala memoria"

E. Galeano

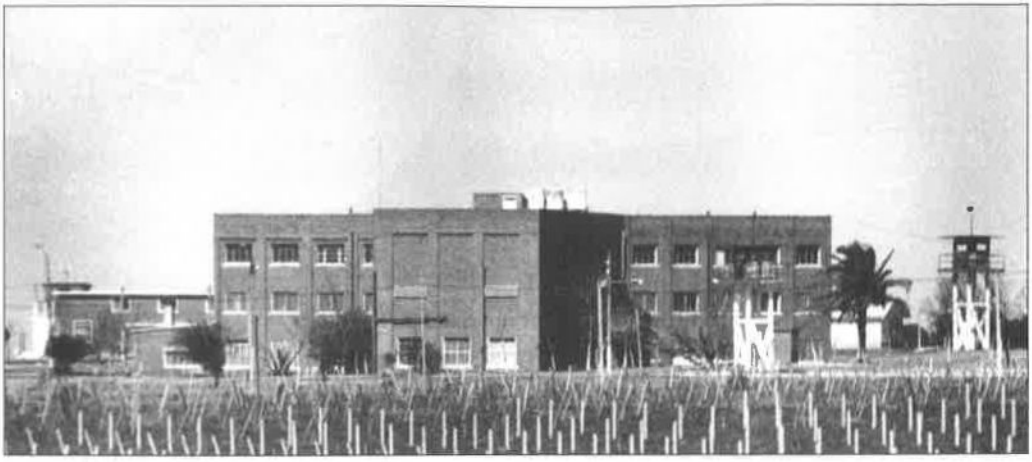
un poco de historia

La década de los sesenta y el comienzo de los setenta estuvieron signados por grandes cambios en la vida de la sociedad uruguaya, que culminaron con la instalación de una dictadura cívico-militar. Ese nefasto período, en el cual los uruguayos y las uruguayas vivimos una ruptura traumática de nuestra forma de vivir, de pensar y de relacionarnos, provocó –y aún provoca– graves consecuencias desde el punto de vista social, económico e institucional. Durante más de doce años, los uruguayos vivimos en el país de la arbitrariedad, y el miedo quedó integrado a nuestra vida cotidiana.

En nombre de la Doctrina de la Seguridad Nacional, la oposición fue violentamente reprimida mediante un poderoso aparato represivo que sembró el terror, acalló cualquier forma de reclamo popular e hizo víctima de ello a la sociedad toda.

A diferencia de lo ocurrido en Chile y Argentina –donde se apostó al exterminio por fusilamiento o desaparición– en el Uruguay se aplicó la estrategia del "gran encierro", donde el número de detenidos alcanzó uno de los índices más altos del mundo con relación a su población.

Para los militares, las mujeres presas fueron doblemente transgresoras: por estar en contra del orden político impuesto y por no ocupar el rol de género por ellos sustentado.



punta de rieles, penal de mujeres

Los jesuitas construyeron un edificio en la zona de Punta de Rieles como "Noviciado de la Compañía de Jesús". La obra fue adquirida por el Estado con el propósito de transformarla en "cárcel modelo" para delincuentes primarios, aunque terminó siendo, desde 1968, un lugar de reclusión de prisioneros políticos y a partir de 1973 una cárcel de mujeres.

El 16 de enero de 1973, varias mujeres fueron trasladadas desde distintos lugares de detención hasta el Penal de Punta de Rieles, que se constituyó así en lugar central de encarcelamiento de presas políticas, si bien se mantuvieron otros en diferentes puntos.

En marzo de 1985, las últimas mujeres fueron puestas en libertad.

El Establecimiento Militar de Reclusión N° 2 (EMR N° 2) tenía capacidad para albergar 400 detenidas, cifra máxima que alcanzó entre 1976-1977, distribuidas en cinco sectores dentro de un celdario y dos barracas separadas, construidas posteriormente, durante el período dictatorial. Todos los sectores estaban incomunicados entre sí.

mientras leuda la historia

"porque fuimos y somos parte de la historia"

Como el buen pan, las vivencias deben leudar hasta llegar a reverberar con su verdadero sabor y colorido.

Fue eso, sin duda, lo que ocurrió con el grupo de mujeres uruguayas, ex presas políticas, que poblaron las cárceles de la dictadura cívico-militar, del que somos parte.

Recién en 1997, muchos años después de que las últimas compañeras fueron amnistiadas, prendió la idea de juntarnos, porque teníamos ganas de reencontrarnos y abrazarnos. Y lo hicimos con la consigna "Porque fuimos y somos parte de la historia". En algunas ya había una intención decidida de registrar lo vivido en esa época, ante la certidumbre de que de lo contrario se perdería en el olvido.

La primera reunión, inaugural, emotiva, vibrante, logró convocar a más de trescientas mujeres. A partir de ahí se formaron varios talleres de trabajo en función de temáticas distintas: "Género y memoria", "Testimonios", "Cronología", "Vivencias", "Salud". Hubo luego otros encuentros.

En ellos volvimos sobre nuestros pasos, entramos en túneles del tiempo, revivimos paraísos e infiernos.

Desde la salida de la dictadura en 1985, muchos uruguayos y uruguayas dieron su testimonio, fundamentalmente desde la denuncia política y en procura de justicia. En general, fueron memorias de militantes más o menos conocidos. Posteriormente, con el triunfo de la Ley de Caducidad se instaló la desmemoria en nuestra sociedad.

Fue necesario esperar varios años para que nuevamente la discusión en torno del pasado reciente se reinstaurara entre nosotros.

A diecisiete años de que las últimas mujeres salieron en libertad, nuestras historias empiezan a estallar, mientras la otra historia sigue leudando.

senderos de la memoria

"porque el olvido está siempre del lado del poder"

Octavio Paz

Henos aquí, mujeres uruguayas, reunidas en torno de nuestros olvidos y nuestros recuerdos, empeñadas en volver a transitarlos y desovillarlos para tejer la memoria de un pedazo de tiempo, de un pedazo de vida.

Sentimos la necesidad de recobrar y reflexionar sobre el pasado, pero sin caer en el culto obsesivo de la memoria, ya que a ésta la entendemos como un camino de liberación y no de servidumbre.

La elaboración de nuestra memoria implica el conocimiento del pasado con todas sus consecuencias, aquella que debe inscribirse en la memoria colectiva como forma de dar una nueva oportunidad al futuro. Es por eso que nunca puede ser entendida como aceptación de la desmemoria. La memoria no es la repetición exacta de algo pasado, sino una construcción activa que cada uno realiza, dependiendo de su historia, del momento y el lugar en que hoy se encuentra. Es el pasado que se reconstruye y tiene efectos sobre el presente y, por supuesto, determina una relación con el futuro. Nuestro propósito es contribuir a la construcción de la Historia desde la Memoria.

Para nosotras, la tarea es tortuosa: mucho es lo que olvidamos, mucho es lo que recién conocemos, mucho es lo que nuestra memoria ha modificado de aquella realidad. Somos conscientes de que las que presentamos son versiones subjetivas, fragmentadas, que constituyen tan sólo un aporte a una tarea mayor, que tiene múltiples dimensiones y enfoques. Sin embargo, creemos que el esfuerzo de estos años por rescatar recuerdos ha sido válido, para que estas experiencias de vida no desaparezcan con nosotras.

los testimonios

Este trabajo recoge de manera desordenada –tal vez–, espontánea –sin duda–, la labor realizada por el taller "Vivencias" que, dentro del marco general de construcción de la memoria, integramos ex presas políticas uruguayas.

El taller "Vivencias" se formó en 1997, luego del "gran encuentro". Su propósito primero ha sido el de rescatar la vivencia cotidiana dentro de la cárcel.

La presente recopilación es obra de siete mujeres: Anahit Aharonian, Rosario Caticha, Alicia Chiesa, Graciela Nario, Raquel Núñez, Carmen Pereira y Graciela Souza.

El relato individual es reflejo de la sensibilidad, el enfoque, y en definitiva de lo que cada una es. El relato colectivo proviene de numerosas noches de viernes en que nos reunimos a rememorar nuestras vidas en común. También se transformó en un espacio en el que disfrutamos, hoy igual que ayer, de los lazos que nos unen en las preocupaciones, las alegrías, los proyectos, las controversias, las reflexiones de todos los días.

La vinculación entre memoria individual y colectiva pretende trasmitir experiencias y diferentes respuestas frente al intento sistemático de destrucción por parte de la represión. Quisimos mostrar también otros aspectos, usualmente no visibles, los de la creatividad, el afecto, la ternura, el festejo, el canto, las risas, que conformaron precisamente la resistencia desde nuestra condición de mujeres.

los tiempos del tiempo

Samber: Creo que el tiempo en la "cana" transcurría de acuerdo a esa cárcel particular que cada una de nosotras vivía. Era el sector, o más bien el grupo más estable con que nos había tocado compartir el día a día, esa pequeña cultura que se iba conformando, así como las historias personales, sus "debe", la forma de asumir los años de "cana" que nos habían dado, lo que iba marcando el paso del tiempo.

Anahit: Yo diría que a mis veinte y pocos años tenía otra dimensión del tiempo. Si bien en el momento en que me apresaron pensé que podía zafar, cuando me di cuenta de que había caído por una delación fui sintiendo –más que pensando– que de allí no me iba a ser fácil salir. Después constaté que los milicos tenían otra valoración de mi militancia, entonces me fui preparando para salir "cuando el pueblo abriera las puertas". En mis breves diálogos con los soldados de guardia, ellos me preguntaban "¿cuándo te largan?"; yo contestaba "y... en unos diez años". Y ellos, perplejos, respondían "¡Pah! Yo me suicido".

mentira, pero cuando salí en realidad sentía que cinco años no habían sido tantos.

Marmo: ¡Que no te oigan, Charo!

Paloma: Más vale.

Carmen: A mí me pasó igual. Al recobrar la libertad no entendía el asombro de los demás cuando les decía la cantidad de años que había estado presa. Lo que para la gente era una barbaridad, para mí no tenía la misma dimensión.

Paloma: Lo que pasa es que la visión del tiempo vivido en "cana" fue variando a medida que la perspectiva iba cambiando, con relación a la libertad iba cambiando. En la caída, una hora, un día eran eternos.

Marmo: Te diré que para mí no fue así. Recuerdo cuando me di cuenta que hacía un mes que estaba sentada en un colchón, con los ojos vendados, incomunicada. No podía creer que no lo sintiera como una eternidad. Fue un alivio comprobar que lo había vivido sin medirlo siquiera en semanas, mucho menos en días. Ni se me ocurrió pensar en minutos. Nos habían quitado los relojes.

Raquel: Esa diferencia entre ustedes, a mi entender, confirma que el tiempo es una experiencia totalmente subjetiva. Por eso me puedo referir a "mi" tiempo, pero no en general.

Charo: Eso. Coincido en que la percepción del tiempo de "cana" fue subjetiva y cambiante.

Raquel: Yo diría que no sólo el de "cana", Charo.

Anahit: Sí, es cierto, distintos períodos resultan más o menos lentos o rápidos según cómo se vivan, creo que eran nuestras defensas las que permitían sobrellevar mejor esa certeza de que nos estábamos perdiendo aspectos importantísimos de la vida de nuestras familias, de nuestros amigos, de nuestra sociedad. Fijate que después de transcurridos tantos años de mi liberación aún no logro ubicar montones de cambios.

Paloma: Antes del procesamiento yo mantenía expectativas de medidas de tiempo, quizás ensayaba internamente el "cuando salga", pero con reservas.

Raquel: Te acordás, Palo, que cuando caímos estábamos convencidas de que íbamos a salir, como mucho, al mes. Pasó ese mes, un mes movido, por cierto, como lo fue la caída, la tortura, la incomunicación, los primeros contactos con las demás compañeras todavía encapuchadas, tiradas todo el día arriba de un colchón y custodiadas permanentemente por guardias armados. Después, barajamos que nos tendrían no más de tres meses. Parecía mucho, pero se bancaba. En todo ese período, el tiempo tenía como referencia la salida, el regreso a la vida de afuera, es cierto.

Paloma: ¡Y después se puso bravo! Cuando nos dieron los famosos "6 a 18 años" dejé de manejar el tiempo en función de la salida.

Raquel: Sí. Ahí todo cambió para mí. Seis años me resultaban lo mismo que diez, veinte o la eternidad. Era algo que no podía manejar. Por eso empecé lentamente a cortar mi referencia con el exterior y el tiempo se empezó a desarrollar dentro de los parámetros de la vida de la "cana".

Paloma: Estaban los tiempos de nuestras vivencias, las tareas diarias, los proyectos de equipos de lectura, las cartas, las manualidades, las visitas.

Marmo: En mi caso, cuando supe que tendría un mínimo de seis años no pude siquiera imaginarme o pensar en un año. Pensé que mi vida sería esa por un tiempo y me aboqué a vivirla. No como tiempo perdido, sino como una experiencia nueva, con personas valiosas y queribles que pasaban a ser mi familia.

Charo: Sí, a mí me pasó lo mismo. Cuando me penaron tenía veinticinco años, y seis, por supuesto, eran para mí una barbaridad. Construí una vivencia cotidiana al margen del tiempo exterior. Así, el tiempo se fue pautando por parámetros distintos. Ya no más levantarme a las siete para dar clase, sino toque de bandera, visitas, manualidades y lecturas compartidas.

Marmo: En esa etapa el tiempo transcurría sin que me pesara. No existía el "hoy hago esto y mañana aquello". El tiempo era de quince días entre visita y visita, o el mes que me llevó tejer aquella bufanda.

Samber: Yo vivía muy sujeta al momento, al instante, y siempre apostaba a que el día siguiente me diera la oportunidad de "construir" algo más sólido. Era difícil para mí trascender el "¿qué pasará mañana? ¿con qué se saldrán ahora?". Sólo conseguía ponerme pequeñas metas, relacionadas en general con la familia y que entonces dependían mucho de las visitas. Vivía muy condicionada al presente, siendo que sabía que también debía seguir, que eso no era todo ni lo definitivo. El futuro me resultaba difuso, muy lejano.

Carmen: Yo trataba de ubicarme en ese presente colectivo sin plantearme fecha de salida. Cuando el tribunal supremo me penó con seis años sobre un pedido anterior de siete y medio, no sentí que hubiera una diferencia sustancial. En definitiva, para mí el tiempo que tenía que pasar en "cana" estaba estrechamente unido a los sucesos que se iban desarrollando afuera. Pero no podía dejar de pensar que las más jóvenes no tenían posibilidad de vivir situaciones que yo ya había vivido.

Raquel: Y una vez "afuera", ¿todo vuelve a cambiar?

Paloma: Para mí, una vez en libertad, el tiempo ya no lo medí igual que antes de la caída. Primero porque no era la misma, segundo porque el solo hecho de poder ubicarme

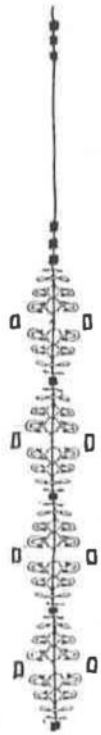
en una vida normal ya era motivo de alegría permanente. La jerarquía de los apuros cambió y hoy pesa más la intensidad de los hechos que los tiempos que duran.

Charo: Hoy, a veinticinco años de todo aquello, siento que todo ha pasado demasiado rápidamente.

Anahit: Cuando salí, no me ubicaba en mis reales treinta y cinco años. Claro, tampoco había tenido las famosas crisis de los veinticinco, de los treinta ni de los treinta y cinco. Aún hoy no me ubico en mi edad real. Fijate que mis compañeros de generación de Facultad ya han hecho un recorrido profesional y la mayoría tienen hijos adultos e incluso nietos.

Raquel: Creo que en la "cana" se vivía un presente muy intenso, difícil de registrar de igual forma afuera. Esta vida de ahora suele tener muchos horarios, planes, demandas, proyectos, urgencias. A veces demasiados ¿no?, que pueden restarle nitidez al momento si uno no sabe darles un "parate".

(Testimonios recogidos en agosto del 2000)



relato de alicia chiesa (samber)

Me llamo Alicia, soy mamá de dos gurisas preciosas: Cecilia, de 14 años y Lucía, de 16. Soy hija única y me sentía, sobre todo, muy oprimida por un padre que quería "protegerme de que nadie me oprimiera".

Cuando a los 19 años llegué a la Facultad de Medicina el mundo se desplegó ante mis ojos y empecé a conocer la realidad más allá de mi hogar, de mi situación económica. La rebeldía me creció junto con la solidaridad y las certezas. Era el año 70 en nuestra América y el aire se colmaba de ansias de vivir, de energía de cambios hacia un nuevo mundo sin poderosos y sin miserias.

Pasaron treinta y dos años. Hoy no soy médica, soy funcionaria administrativa en una mutualista.

Por aquellos años, un día de Reyes caí presa junto a mi compañero. Esa madrugada, los milicos con toda su brutalidad, tiraron al piso de un "camello"[1] toda mi inocencia, me pusieron venda sobre los ojos, capucha oscura y me llevaron al cuartel de Gavazzo y Silveira. Comenzaba otra etapa en mi vida.

Uno de los primeros días allí, cuando volvían por mí para llevarme a una nueva sesión de tortura, mientras se oía el "toque de bandera", me indignaba: "cómo son capaces de hacer tanta reverencia a la bandera y torturar después". Ese era mi asombro, descubrir una condición humana que nó concebía, que no imaginaba siquiera, a la que tantas veces se quería dar una explicación. Hasta aquello de "son enfermos" no me revelaba nada.

[1] Tipo de vehículo militar.

A los dos meses y medio me sacaron de allí y me llevaron a otro cuartel donde había otras compañeras: me volvió el alma al cuerpo. Era "el 14", Infantería 1, el cuartel más grande de Montevideo, lugar "de paso" para las mujeres que se trasladaban al Penal de Punta de Rieles. Primero me depositaron en un calabozo frío y húmedo por varios días, y luego, desde su pequeña ventana creí ver mi esperanza en la rama verde de un limonero recortada sobre un cielo muy azul.

Abruptamente, otro día me sacaron de allí. Abrieron una puerta y me empujaron a un barracón donde se encontraban varias compañeras. Esta vez fue para mí un estallido de luz. Allí estaría dos años y medio antes de que me trasladaran al conocido Penal.

En aquel cuartel fueron las primeras y fuertes visitas. Allí, algunas veces, nuestras familias nos vieron llegar con los ojos vendados, caminando "en trencito"; demasiado patético para un Uruguay que se decía tolerante y civilista.

Este lugar de detención estuvo siempre marcado por la inestabilidad: todo era pasible de convertirse en otra cosa en cualquier momento, era el reino de la arbitrariedad y de lo insólito. Convivíamos compañeras que salían de la primera etapa de los interrogatorios y la tortura, otras que venían del Penal de Punta de Rieles con su pena ya cumplida, pero permanecían retenidas sin destino cierto; y compañeras que no habían sido procesadas pero a las que igualmente hacían permanecer allí por convicción, no por pruebas. Todas podíamos ser enviadas a otro cuartel y ser incomunicadas nuevamente. El entorno también era cambiante: el régimen de cartas, de paquetes, de recreo; no había nada de dónde asirse.

Con cierto humor negro las compañeras me llamaban "Comité de recepción y despedida", porque estaba como "nacida" allí, mientras las demás iban y venían todo el tiempo.

En ese ambiente intentábamos existir con una rara noción del futuro cercano, sin plazos firmes, siempre con conjeturas, buscando asegurar afectos, rutinas.

Los dos primeros años en ese cuartel fueron muy difíciles para mí. Las angustias de mis padres, quienes no podían concebir que yo estuviera en ese lugar: "No, de acá salís en uno o dos meses, más no, no te preocupes", me decían y, sobre todo, se lo decían a sí mismos; las mil cosas pendientes con mi compañero, la caída, los otros compañeros, me creaban un estado de ansiedad inmenso. Casi no se percibía mi malestar, salvo quienes me vieran ir una y otra vez a la caja del pan sobrante. Tanto comía que luego me sentía mal del estómago y con trastornos intestinales. Fueron tiempos pesados. Pensaba: "A mí siempre me dejan. Las demás se van yendo, ¿y yo? ¿Me quedaré acá? ¿Por qué?".

A los tres meses de estar en ese sitio no pude recibir ni escribir más cartas a mi compañero, porque solamente estaba permitido hacerlo a familiares directos y a concubinos. Se hizo mayor la angustia por la separación: "Hoy sólo tengo un pañuelo a rayas verdes, una bolsa de nylon con su nombre y una canción...", le decía yo a mi madre en una carta. Después de lo vivido, ambos precisábamos señales uno del otro, indicios de cómo estábamos, cómo íbamos llevando la situación. Yo tenía clara una cosa: nunca podríamos saber hasta cuándo íbamos a soportar. En la medida en que yo no contaba con apoyo familiar para saber de él, empecé a

bregar por formalizar nuestra relación. Traté de que se acercaran mis padres y los de él. Insistí en mi derecho a decidir por la pareja que yo quería. Mi madre acogió mi pedido y con la valiosísima ayuda de la otra familia llegamos, tiempo después, cuando yo ya me encontraba en el Penal de Punta de Rieles, a casarnos. Sí, a casarnos. Nos casamos "por poder", qué paradoja. Se casó mi madre con mi suegro, yo firmé un papel frente a un escribano en una oficina del Penal de Punta de Rieles, y otro tanto hizo mi novio en el Penal de Libertad.

La familia de él, mi madre y el barrio festejaron el casamiento. Él y yo nunca nos veíamos, pero siempre nos escribíamos e incluso mi marido llegó a tener algunas visitas especiales con mi madre, lo cual fue muy bueno para todos. La vía de comunicación era necesaria y no dudamos en tomarla. Era una rendija por la que entraban otros aires a nuestras vidas, y abrían esperanzas a nuestro futuro.

Una vieja canción de las mujeres del Penal:

"los compas de mameluco,
de gorrito y alpargatas,
los que nos cargan de nafta
casi todas las semanas,
andan pensando en nosotras,
caramba ¡qué cosa rara!..."
"...se alborotan los sectores
es el correo esperado,
y corren de boca en boca
chimentos de los pelados..."

mostraba nuestras ansias. Los milicos también sabían la importancia de la comunicación y por ello ésta siempre estuvo sujeta a recortes, faltas, censuras, presiones.

En el 76 me llevaron a Punta de Rieles. Por fin había cambiado el escenario; estaba deseando salir de aquel sitio en permanente sobresalto. No obstante, el Penal estaba pensado como institución que maquinaba noche y día en cómo destruirnos. Todo era parte de lo mismo, pero éste estaba más armado, más siniestro. Allí marqué una raya que dividía el terreno en dos mundos: uno a defender, a fortalecer, repleto de lenguajes sin palabras, pleno de abrazos de compañeras; y un mundo lógico-ilógico, burlado, odiado. En el techo había un cielo lleno de estrellas, una vía láctea en verano que nos daba la medida de nuestra dimensión humana y la esperanza de otros mundos posibles.

A los 26 años de edad me sucedió algo que también le ocurrió a otros presos: falleció mi padre. Comenzó con una enfermedad que se hizo larga y culminó en cáncer. Llegaba a la visita con dificultades, sufriendo una obstrucción de arterias en las piernas que le hacía muy lento y penoso el camino desde la garita militar hasta el celdario. Luego se precipitó un cáncer de pulmón que fue demoliendo sus fuerzas. En esos treinta minutos de visita intentó hacer balances de vida. ¿Estarían grabando? ¿cómo se atrevían a escuchar?, pensaba, se me

apretaba la garganta. Pero era ése el único momento que teníamos, no había otro; esos breves minutos eran nuestros. Logramos encontrarnos y nos pudimos respetar un poco más.

Un día, mi madre me avisó que estaba internado, muy disminuido, y que iba a gestionar para que me llevaran a verlo por última vez. Pasaron unos días y una noche me llamaron a la reja y me sacaron del sector. Nadie sabía a dónde iba aunque todas imaginamos de qué se trataba. Los milicos en ningún momento me lo dijeron. Me instalaron en un vehículo, vi a una policía militar que pertenecía al S2 a la que llamaban "coordinadora" y a un grupo de hombres de particular, todos con algo en común: vestían pantalón y campera de *jean* azul oscuro. Procedieron como en un operativo militar: se cruzaron con otro vehículo con radio que, supongo, controlaba por si alguien nos seguía. Indicaron un cambio de ruta hasta que finalmente me bajaron y reconocí el Sanatorio Español donde sabía que estaba internado mi padre. Se notaban movimientos rápidos, nerviosos. La "coordinadora" iba adelante y fue la que encaró a mi familia como una señorita recién salida del colegio con las mejores notas en modales y urbanidad. Era una habitación reducida y allí, donde estaba acostado mi padre, mi madre frente a él, irrumpieron ella y dos más. Me hicieron entrar. Conversé con mi padre hasta que una milica me mostró el reloj: nos teníamos que ir. Ya no había otra oportunidad para ambos. Salí. Al pasar la puerta vi a tres familiares míos en el pasillo. Me abracé un momento con ellos y salimos nuevamente en medio de un rápido operativo.

Regresé al sector. Todas me esperaban ansiosas y me rodearon, me acogieron.

En este sector, que era la "capilla", convivíamos muchas compañeras, cerca de cuarenta: había veteranas, incluso una con una hija de veinte y pico de años, otras abuelas, otras jóvenes, con experiencia de vida o no tanto, pero todas hijas, por lo que se mostraron conmovidas por la situación. Esto sirvió para que no desaprovecharan la oportunidad de hostigarnos.

Por esos días nos estaban notificando del cambio de abogados. Llamaban de a una a la reja y salíamos, ahí nomás, a firmar sobre un papel y regresábamos. Al otro día del traslado me llamaron a la reja y salí, pero, para mi sorpresa, me hicieron bajar a las oficinas del S2. Sentí miedo, pensé: "murió el papo. Alguien va a hablar conmigo". Todas pensaron lo mismo. Cuando regresé, se abalanzaron para confortarme. Yo venía indignada, me habían hecho bajar para firmar el cambio de abogado, igual que lo habían hecho ellas, a un paso de la reja.

Días después –no tengo idea del tiempo que pasó– me volvieron a llamar a la reja: "254. Venga. ¿Número de cédula?" y cerraron. Al rato: "254. ¿Su domicilio?" y cerraron. Otro rato: "254, salga" y me bajaron al S2. Allí me esperaba el Mayor Vázquez, encargado de detenidas en ese momento. En tono "paternal" quería hacerme creer que ellos eran comprensivos en un momento como el que vivía. Pocas palabras sacó de mí, interpuse una barrera de vidrio, oía pero no escuchaba. Sólo pensaba en estar bien porque mi madre lo necesitaba y mis compañeras también. Me volvieron a subir; nuevamente todas, yo incluida, habíamos pensado que había muerto mi padre. Nos dimos cuenta que arriba, desde el espejo, estaban observando el sector como quien mira las reacciones de un cobayo en un laboratorio.

Una madrugada, cerca de las cuatro, una Cabo me sacudió la ropa en la cucheta y me dijo en voz baja: "254, vístase, se murió su padre".

Me llevaron al velorio donde pude estar con mi madre un momento. Creo que, en realidad, tuve mucha suerte de haber podido ir ya que después no volvieron a llevar a ninguna otra compañera en esas circunstancias.

Hoy tengo 52 años. Hace catorce, cuando mi hija menor tenía cuatro meses, tuve un problema importante de salud: un aneurisma en el cerebro. Es una malformación congénita que la tiene el cuarenta por ciento de la población pero no necesariamente se manifiesta. El estrés es una de sus causas fundamentales. Yo digo –y lo he dicho siempre–: "en la cárcel, yo viví", y además, digo una vez más: "estoy contando el cuento".

Crecí entre los 22 y los 30. Pude apoyar a otras compañeras y muchas me apoyaron. Desarrollé actividades que me sirvieron para expresarme, aun dentro de las limitaciones que teníamos para poder sacar manualidades del Penal. Tuve la satisfacción de ayudar a mi madre, aunque de manera ínfima, con pequeños trabajos de lana tejidos y bordados, con los cuales me sentía creativa y disfrutando de los colores.

Lo que más me gustaba era cuando recreábamos murgas y pequeñas obras de teatro, que nos provocaban emociones a todas.

Durante mi estadía en el cuartel "el 14" me pusieron un sobrenombre, tal como acostumbrábamos de buena onda. Una compañera, viéndome grandota, "buscadora" de cariño, comenzó a decir que yo era como un San Bernardo, el perro de las nieves, y entre risas empezaron a nombrarme Samber. A partir de allí, fui Samber en todos lados y hasta hoy en día así me llaman, y muchas ni siquiera recuerdan mi nombre verdadero.

diferentes realidades

Paloma: Tendríamos que hablar, además, de la forma en que lográbamos comunicarnos, como por ejemplo la actitud de trabajo a desgano que asumimos en forma generalizada, a pesar de no poder consultarnos.

Marmo: Sí, pero nosotras nos vichábamos mientras trabajábamos.

Paloma: Ahí está, tal vez ése era el proceso, porque no podíamos hablar con otro sector. Sin embargo, nos fijábamos en lo que hacían e interpretábamos de alguna forma. Alguna a quien mandaban al calabozo o a la enfermería se las arreglaba para comunicarse y traía ideas de lo que se había hablado. Era una forma de resolver en conjunto, de afirmarnos un poco entre todas.

Charo: Sí, era una estrategia de resistencia.

Carmen: De resistencia en común, no individual, pues evidentemente si te ponías a hacer una resistencia individual eras un blanco perfecto.

Charo: Estábamos aisladas, totalmente incomunicadas; entonces había signos que observar y que daban pautas de lo que estaba pasando. Porque se ensañaban a veces con un sector, a veces con otro.

Paloma: Pero adentro del sector tampoco podíamos discutir fácilmente, teníamos que reunirnos en grupos muy pequeños.

Marmo: Nosotras, en el sector C, teníamos el espejo por el que nos vigilaban, así que nos teníamos que meter en los rincones o en las cuchetas de abajo para que no nos vieran.

Carmen: No cerca de la puerta ni de la reja, porque te oían.

Paloma: En la barraca tenías una milica que miraba el baño desde la ventanita, y otra que miraba hacia la barraca. Había que salir a caminar con una compañera un rato, con otra otro, para poder ir conversando.

Anahit: En nuestro sector no había espejo pero las milicas recorrían constantemente; entonces, en cada celda de doce nos reuníamos de a cuatro como máximo para poder conversar.

Marmo: Claro, estas conversaciones nos llevaban tiempo porque nunca podíamos estar todas juntas a la vez, jamás, teníamos que discutir en grupitos.

Carmen: Imaginate lo que hubiera sido una asamblea de cuarenta.

Anahit: En este país estaba prohibido reunirse tanto dentro como fuera de la cárcel.

Charo: También dio lugar a elucubraciones que superaron la realidad. Me acuerdo que una vez se armó lío porque las milicas nos decían que hiciéramos desaparecer las toallas mojadas; entonces les decíamos "¿dónde las metemos?". "Es una orden", contestaba la milica. Y nosotras "pero ¿dónde la pongo, soldado?". La cuestión es que se dieron idas y venidas. Las sacamos al recreo y las colgamos en la alambrada. Vinieron las milicas y dieron orden de que las descolgáramos de inmediato. Un lío bárbaro. Hace poco tiempo, hablando con una compañera me dice: "porque fijate que nosotras nos sentimos tan mal aquella vez que ustedes, el Día Internacional de la Mujer, colgaron aquellas toallas simbolizando los distintos países y nosotras nada". Y yo dije: "¿qué?".

Marmo: ¿Era el Día Internacional de la Mujer?

Charo: Fue casualidad. Algunas ni idea teníamos de esa fecha o conmemoración.

Paloma: ¡Ay, no!

(Testimonios recogidos en mayo de 1998)

el trabajo forzado

Charo: En principio, tendríamos que decir que casi todas las del grupo presentes hoy estábamos en el mismo sector, porque el enfoque del trabajo fue diferente en el Penal según los momentos y realidades. Más o menos compartimos la misma época, entre el 76 y el 80 y pico. El trabajo no era voluntario para nosotras, todas teníamos que trabajar.

Marmo: Salvo las que estaban eximidas por problemas de salud.

Samber: No llegamos a conocer lo que era el trabajo voluntario, quinta voluntaria, taller voluntario.

Carmen: Que no duraron más de un año, según contaron.

Raquel: Cuando venían y te decían "usted, usted y usted, voluntarias para quinta".

Marmo: O decían "dos voluntarias para bajar los tachos".

Samber: ...y no aparecía nadie, entonces las milicas nombraban las "voluntarias".

Carmen: Bueno, cuando era para bajar el tacho sí, éramos voluntarias, ¿no te acordás que salíamos para vichar a los otros sectores?

Raquel: Pero para los trabajos te nombraban a prepo.

Charo: Un sábado dijeron "voluntarias", y yo entendí "para sacar los tachos", y me tiré en picada para saludar, porque con la última reestructura habían llevado una cantidad de compañeras a otros sectores. Resulta que no era para sacar los tachos, era para trabajar toda la tarde del sábado haciendo no sé qué.

Charo: De los otros sectores me gritaban "¡cómo has cambiado!", "¡cómo has cambiado!". Me clavé toda la tarde.

Marmo: Y pensar que en "el 14", que no había trabajo, deseábamos tener los trabajos del Penal, aunque no sabíamos cómo eran. ¡Bah!, teníamos cuentos. Lo que queríamos era salir. En el Penal, a pesar del desastre que eran los trabajos, igual a algunas nos gustaba salir a trabajar por el hecho de salir, por estar afuera, ¿no?

Samber: Me acuerdo que hubo un período, que no puedo ubicar en qué momento fue, que nos sacaron todos los trabajos, que no salíamos, ¿no se acuerdan? Yo estaba en el sector C. No se hacía nada de nada.

Charo: Fue en aquella época en que era tan brutal el calor que hacía en la quinta, que nosotras transpirábamos como locas pero las milicas se caían redondas. Los milicos decían "pero cómo es posible que las 'yeguas' no se caigan y están trabajando y las soldados se caigan redondas". Ninguna de nosotras se desmayaba. Yo añoraba desmayarme, caer, pero no nos pasaba nada. Ahí suspendieron los trabajos como por una semana.

Samber: En ese período ir a colgar la ropa era la única manera de salir, porque tampoco teníamos recreo.

Charo: Pero, ¿no sería una sanción colectiva?

Samber: No había explicación, justamente.

Charo: A mí me parece que lo que hay que decir básicamente es que en el Penal el trabajo forzado era una estrategia de represión. Estaba destinado a molestarnos, a desgastarnos y a obligarnos a realizar un trabajo que no era agradable.

Samber: Sin ningún sentido, eso creo que era lo más importante.

Marmo: Es la definición del trabajo forzado de Dostoievski, que lo leímos en "El sepulcro de los vivos". Dostoievski decía que era *"llevar la piedrita para allá y traer la piedrita para acá, después llevar la piedrita para allá..."*. Nosotras no llevábamos piedritas pero...

Raquel: Sí, llevábamos piedritas. Pedregullo, ¿no te acordás?

Charo: Llegamos a acarrear pedregullo de un lado al otro con las carretillas repletas, y cuando la montaña se terminaba nos mandaban volver con el pedregullo.

Raquel: Y "¡cargue más!", "¡cargue más la carretilla!".

Charo: Esa fue la causa por la cual fui al calabozo. Me tocaba cargar con la pala la carretilla de las que venían, y yo ponía...

Marmo: ...tres piedritas.

Charo: Tres piedras, y "ponga más", tres piedras, y "ponga más"; en un momento vino una compañera que estaba con un ataque de asma. Entonces la milica me dice "ponga más", y yo hice este gesto, que hago siempre, de poner los brazos en jarra, y le digo "pero, ¿usted no ve que esta persona está con asma y no puede cargar más?". En ese momento vino un oficial y así como estaba me mandó para el calabozo. Por hacer gestos desafiantes a la autoridad. Pero no fue acto de desafío, no fue un acto de heroicidad, ni de...

Marmo: ...era de petisa compadrona.

Raquel: Sí, pero era un desafío decir "pero, ?¿usted no ve?".

Marmo: No me olvido más de la vez que nos mandaron a cortar el pasto con la mano –no sé si fue el primer o segundo trabajo que me tocó–. Nos llevaron al jardín y nos dijeron que empezáramos a cortar el pasto y una compañera preguntó "¿con qué?", "con la mano", le respondieron. Quedamos mirándonos. Ella inmediatamente se sentó en el césped, como si fuera la Novicia Rebelde, y empezó a cortar delicadamente los pastitos de a uno, y todas hicimos lo mismo. Estábamos así, sentaditas, cuando vino el Sargento Lara como un bólido de adentro, enfurecido, gritando "¡No, no, no! Sentadas no". Entonces nos arrodillamos, y arrodilladas, así, apoyando la colita en los pies, seguimos cortando el pasto con la mano. Y vino de vuelta "No, no, no,", claro que no era arrodilladas. Vino como tres o cuatro veces, porque después nos agachamos, y agachadas tampoco. En realidad, él quería que estuviéramos paradas con el culo para arriba.

Charo: Sí, forzando la columna.

Marmo: Pero nosotras ¡no!, nos agachábamos a medias, no sé cómo hacíamos. Al final, quedamos así un rato y nos mandaron para adentro. Al otro día pasó el tractorcito con la cortadora de pasto y cortó todo el pasto. No podía creerlo. Como recién había llegado al Penal, no sabía que tenían tractorcito con cortadora de pasto. Ahora pienso que ese tipo de cosas, a pesar de todo, las tomábamos para la risa, algo que no podíamos creer que sucediera. Supongo que ellos no lo hacían para que lloráramos de risa. Evidentemente, estaban atrás de la ventana mirando para ver qué carajo hacíamos y por eso Lara vino como tres veces a cambiar la orden. No sé si estaban provocando para que pasara algo o simplemente se les ocurrió eso.

Paloma: Porque en todos estos casos lo que se siente es una gran presión. Buscan introducirse en tu vida y mandarte, ordenarte. Entonces, de alguna forma, a través del trabajo, de lo que te mandaban a hacer, pretendían entrar en tu cabeza, neutralizarte por medio de las órdenes para que te fueras amoldando de a poquito, cumpliendo órdenes y sometiéndote. Por eso la reacción nuestra de querer hacer lo menos posible.

Samber: Viendo las cosas en perspectiva, desde que llegamos al Penal el trabajo fue aumentando en horas y en presión.

Raquel: Porque las milicas nos acosaban permanentemente.

Paloma: ¿Ustedes se acuerdan del rodillo? Era un rodillo enorme que pesaba horrible. Cuando lo veíamos de arriba era impresionante: tres mujeres, con los uniformes grises, tirando del rodillo y tratando de arrastrarlo. Parecíamos animales de tiro.

Raquel: ¿Y el pisón? Aquel aparato pesadísimo que había que levantar de a dos y luego soltarlo. También para apisonar los caminos del feudo.

Marmo: ¿Y las azadas torcidas y sin filo que, además, por más que les buscaras el ángulo no había forma de que entraran? Mientras, tratábamos de charlar y mirar para todos lados.

Samber: Las milicas siempre diciendo "¡ponga voluntad!".

Raquel: La sanción era "falta de voluntad en el trabajo".

Charo: Hubo una etapa, al principio del Penal, en que las compañeras podían charlar, cantar y llevar el ritmo que querían. Después, la exigencia fue creciendo, y más adelante llegamos a trabajar hasta ocho horas sin poder siquiera hablar. Salíamos a las siete, siete y media de la mañana; los pies se te congelaban, las manos te quedaban duras con la helada. Después venías a comer y salías de nuevo cuatro horas más.

Paloma: Cuando estaba en barraca me tocó ir a trabajar con un grupo de compañeras. Era un día que lloviznaba; no daba para ir a trabajar, pero bueno, se les ocurrió que fuéramos igual. Estábamos en la quinta enfrente a la barraca con la azada, y empezó a llover más fuerte. La orden de suspender el trabajo demoró en venir y cuando llegó las milicas "bueno, rapidito, rapidito que nos mojamos", "el paso ligero", "el paso ligero". Nosotras, que estábamos ya mojaditas, qué paso ligero, ¡de dónde!, el paso fue lentito, lentito, lentito. La furia de ellas fue en aumento durante el regreso a la barraca. Cuando llegamos, por supuesto, a las tres nos tocó calabozo, pero como no había lugar en calabozo nos sancionaron a rigor adentro de la barraca: no podíamos movernos de la cucheta. Antes nos llamaron de a una a un interrogatorio para ver si no conocíamos las órdenes militares y lo que era paso ligero. Las tres contestamos lo mismo "nosotras vinimos ligero, todo lo ligero que pudimos". "¿Pero ustedes no saben que paso ligero es casi correr?". Y nosotras, "vinimos todo lo ligero que pudimos".

Marmo: Era como para contestarle, "¿y si me disparan de una torreta porque me pongo a correr?".

Paloma: También estaba el trabajo de la cocina, ¡era agotador!

Raquel: Pero era más agradable.

Samber: Le sacábamos cierto jugo para poder trabajar en otras condiciones, en las que podías conversar. Además, era un trabajo útil porque era nuestra comida.

Paloma: Un mal recuerdo que tengo de la cocina es la perversidad que había en aquello de que en un tacho enorme te ponían un "cachito" de leche, y después nos hacían poner la manguera con agua para llenarlo. Había perversidad en todo.

Raquel: Eso era porque se afanaban la leche.

Marmo: Igual que con la carne, ¿se acuerdan del que venía a hacer los chorizos para los oficiales, que los hacía con la carne que era para nosotras?

Carmen: Eso también me hace acordar de los gritos de los chanchos cuando los carneaban. Eran como gritos humanos. Había compañeras que no lo soportaban porque les hacía acordar a la tortura.

Charo: Volviendo a esa época del trabajo forzado de ocho horas la recuerdo como brutal, porque además, de tan molidas que quedábamos no podíamos ni hacer manualidades ni leer.

Marmo: Quedabas frita.

Charo: Además, creo que fue más brutal en nuestro sector porque era un sector con muchas compañeras que pasaban los cincuenta años.

Samber: Ese era el límite. Llegó un momento en que a partir de esa edad quedaban eximidas.

Charo: Fue cuando le dio un ataque al corazón a Rita. Desde ese entonces quedaron eximidas, pero tenían que renovar la eximición periódicamente. ¿Te acordás de las permanentes idas y venidas a la enfermería por la renovación? Eso les provocaba una gran angustia, un estrés permanente. Fue otra forma de tortura psicológica que ejercieron sobre las enfermas.

Samber: Creo que en varias oportunidades pasó que venía la orden...

Charo: ...las anotaban y tenían que salir a trabajar como cualquiera.

Samber: Hasta que después iban al médico y las volvían a eximir, pero mientras las hacían trabajar.

Charo: Además, había que hacer la fajina e ir a la quinta, y a veces te tocaba fajina y quinta, las dos cosas.

Carmen: Pero para ciertas actividades hacíamos una distribución interna. La responsable de las tareas de la despensa era por semana y la nombrábamos nosotras.

Marmo: En eso trabajaban las eximidas. Lo mismo para los libros. Las encargadas de tomar el pedido de libros o el pedido de cantina*, generalmente eran las eximidas porque estaban más desocupadas.

Charo: De otra cosa que me acuerdo es de la presencia de Barrabino –director del Penal en ese momento–, paseando a caballo por el predio mientras trabajábamos. Por lo general salía y te paraba la pata del caballo al lado de tu pie. Entonces empezaba a gritar "ponga voluntad en el trabajo", y vos trabajabas cada vez más lento. Seguía gritando y vos pensabas "este caballo me va a pisar en cualquier momento"; era algo extenuante.

Marmo: Marcación "cuerpo a cuerpo"

Charo: Eso significaba que alguna podía ir al calabozo, la que se le antojara a él. Resistirse al trabajo generaba una tensión permanente.

Marmo: ¿Se acuerdan de aquella etapa de las carpetas? Teníamos que coser con tiento distintas piezas de cuero para formar una carpeta chica. Nos dijeron que nos iban a depositar en la cuenta de cantina no sé qué cantidad de dinero –absurdo– por cada una, cuando se llegara a determinada producción.

Raquel: Pero eso fue voluntario, ¿no?

Paloma: No, no, ¡obligatorio!

Marmo: Al principio no sabíamos si iba a ser voluntario o no. Después vino como obligatorio. Era una inmundicia aquello.

Samber: ...todo lleno de pelos, ¿se acuerdan que perdían pelo?

Charo: ¿No te acordás de que a una compañera se la devolvían siempre porque la hacía mal? Hacía los puntos torcidos y nunca terminaba una a propósito.

Raquel: Ese negocio duró poco tiempo. Nunca nos depositaron nada, de todas maneras.

Marmo: Se ve que fracasó. Tengo idea de que era para una industria de exportación.

Raquel: No dudes de que haya habido presiones a nivel internacional, de la OIT, porque era mano de obra forzada.

Marmo: Nos dispusimos a hacer lo mínimo.

Samber: Como la quinta, como todo. Claro, porque además no teníamos ningún interés en hacerlo, vino como una orden. Nunca supimos bien qué historia había atrás de eso.

* Se trataba del dinero que depositaban los familiares para la compra de artículos de primera necesidad como café, té, azúcar, jabón, algodón, papel higiénico, etcétera, y que lo vendía el mismo establecimiento carcelario y lo hacían llegar a cada sector.

el "rey sol"

Raquel: En esa época de Barrabino, recuerdo una vez cuando entró a caballo en la barraca. Imaginate que tuvo que pasar agachando la cabeza porque tenía un alambrado arriba. No podíamos creer. Entró al área de la barraca con el caballo haciendo una demostración.

Charo: Esa es una etapa bastante característica del Penal. Barrabino siempre andaba a caballo y las milicas le tenían terror, porque lo vieran donde lo vieran, así fuera a tres kilómetros, tenían que gritar "¡atención!" y entonces el universo entero del Penal se paraba y mientras él venía por el camino, nosotras, cual girasoles, teníamos que ir girando derechas y mirándolo hasta que decía "pueden continuar". ¿Se acuerdan de aquel pobre hombre, el ordenanza de Barrabino, que tenía que correr atrás del caballo con una espada que le arrastraba por el suelo porque era petiso? Todo el tiempo corría, el ordenanza. Era como un lacayo, un siervo. Y nosotras dando vuelta, como girasoles, mirando a Barrabino hasta que a él se le ocurría.

Samber: Creo que hacía muchas cosas que eran como de demente, entonces más miedo generaba.

Carmen: ¿Y cuando empezó a los tiros adentro del Penal? Teníamos cuentos de que ya había pasado, pero yo nunca lo había vivido, hasta que una noche sucedió. Hasta tocaron alarma, y había sido él.

Paloma: Se habría peleado con alguien.

Marmo: Estaría borracho.

enfermedades

Charo: Siento que no nos enfermábamos tanto teniendo en cuenta las condiciones en que estábamos.

Raquel: Hubo momentos, como en "el 14", en que llegamos a ser por lo menos 48 mujeres conviviendo en un barracón con un solo baño.

Samber: Sólo algunas se enfermaron.

Charo: No quiero decir con esto que no hubiera enfermas, no. Había gente muy enferma. Pero, comparando, yo siento que mi salud fue de hierro.

Raquel: No puedo decir lo mismo.

Paloma: Bueno, como la Samber, que tuvo amenorrea de guerra. No menstruó por siete años.

Raquel: A algunas les pasaba eso, así como los dolores de cabeza brutales.

Marmo: Creo que al poco tiempo te dabas cuenta de que si te enfermabas la quedabas, porque estabas más expuesta a todo. Supongo que por eso, como una defensa psi-

cológica decías "a mí me hubiera gustado estar enferma para no salir a trabajar". Pero no te enfermabas.

Paloma: Éramos jóvenes. Veníamos bien alimentadas, yo creo que pudimos desarrollar defensas.

Charo: Puede ser. Pero cuando te enfermabas era terrible porque no tenías la seguridad de que te estuvieran dando un tratamiento médico adecuado, o cuando te lo daban lo aprovechaban para hostigarte más. Además, recibíamos un maltrato especial, ¿se acuerdan cuando viajábamos al hospital? Viajábamos en condiciones espantosas. Fui dos veces. Te llevaban esposada los 20 kilómetros de ida y vuelta, parada atrás en el furgón, y cuando frenaba, si te caías, el milico te ponía el fusil para sostenerte.

Raquel: Una vez llegada al hospital te ponían unos lentes forrados con leucoplasto para que no vieras nada.

Charo: Una vez fui porque tenía algo en las cuerdas vocales y se suponía que me tenían que operar. En el hospital me diagnosticaron, pero tenían que verme después de hacer un reposo de las cuerdas durante quince días. No poder hablar durante tanto tiempo para mí fue terrible, de la forma en que hablo; fue la única vez que tuve una depresión brutal. Me había hecho unos cartelitos, jugaba al truco con carteles, pero era desesperante.

Raquel: ¿Ni siquiera en voz baja podías hablar?

Charo: No, en voz baja es peor porque forzás más la voz. Llegó el día en que tenía que ver nuevamente al médico. Me metieron en el camión, llegué allá y el médico no estaba, o sea que hice quince días de reposo de voz, me agarré una angustia brutal y volví sin diagnóstico.

Raquel: ¿Y no te llevaron de vuelta?

Charo: Me negué a repetirlo. Nunca tuve claro si lo hicieron a propósito o fue una casualidad.

Marmo: Lo que es increíble es cómo ellos, como en tu caso, te llevaban al hospital por cosas leves. En "el 14" me llevaron ¡al oculista! Tenía dolor de cabeza, entonces consulté al médico, creo que fue una de las pocas veces. Me mandó al oculista, al hospital y me vio un médico muy reconocido. A otras compañeras con problemas graves, que se morían...

Carmen: ...y que se murieron, no las llevaban. ¡Cómo podían hacer ese tipo de cosas!

Charo: ¿Eso sería deliberado o dependería de la responsabilidad del médico?

Marmo: En el caso de la Hueso, según contaban las gurisas del B, tuvieron que presionar para que la atendieran. Buscaron mil formas para que la llevaran porque la mancha que tenía en la espalda le crecía, le aumentaba y Marabotto la veía ¡y no la mandaba al hospital! Cada vez estaba peor y sospechaban que era cáncer.

Charo: Pero si cuando Marabotto examinaba, ni te miraba.

Marmo: Al final comentaron delante de una colaboradora "¡qué horrible!, que la Hueso esto, que lo otro", y a hablar delante de ella. Y ella "pero ¿y cómo?, ¿y será?" y bla bla. Un día dijo "yo voy a hablar". Y tal cual. Al poquito tiempo la llevaron al hospital a operarse. Quedaron convencidas de que si no hubieran hecho eso, a lo mejor no la llevaban nunca. Pero, además, ya había pasado mucho tiempo, si la hubieran operado antes no le hubieran tenido que sacar tanto tejido. El tipo la dejó pasar a propósito.

Samber: Fue notorio que muchos casos extremos no los atendieron.

Paloma: Debían tener alguna orden.

Carmen: Yo creo que sí, que había alguna planificación.

Marmo: Cuando llegamos estaba Marabotto como médico fijo, pero antes rotaban. Había de todo, desde el que te atendía bien, el que era seco pero correcto, y el más inútil de todos, el peor de todos ¿quién era?, Marabotto.

Raquel: Tiene denuncias por haber dejado morir a un compañero en el 5° de Caballería.

Paloma: Cuando empezó la democracia el doctor Sacchi –que había estado preso– lo acusó en una asamblea del Sindicato Médico. ¡Marabotto estaba presente! Otras compañeras médicas denunciaron también su negligencia y responsabilidad en la muerte de Anita González, en 1979, en el Penal.

Carmen: Sí, fue por septicemia.

Raquel: Tenía 22 años y la libertad firmada.

(Testimonios recogidos en mayo de 1998)

relato de graciela souza (marmo)

recuerdos compartidos

Tengo claro que pertenezco a este proyecto porque es un hecho colectivo. Por modalidad, siempre busco el grupo, pero también cuenta una adolescencia vivida al final de los 60 y principios del 70, en un país polarizado política e ideológicamente, donde todos fuimos actores, de alguna manera, formando parte de un grupo de opinión o de acción.

En cuanto a este proyecto concreto de rescatar la vivencia de las presas políticas del Uruguay, el que sea colectivo se me hace esencial. Porque no solamente compartí 24 horas del día, durante más de tres años con más de cuarenta compañeras en un mismo espacio, sino porque los lazos que se crearon fueron el soporte afectivo, moral y político que nos permitió vivir dignamente, donde todo estaba organizado para destruirnos. Esta certeza, esta presencia y fuerza del grupo la compartimos en aquel momento y, tal vez lo que es más importante, nos ha acompañado a lo largo de nuestras vidas.

Nací en Montevideo, en el verano de 1955, dentro de una familia de clase media, con ideas progresistas y de izquierda, donde los temas políticos y culturales se debatían apasio-

nadamente en cada reunión familiar. Soy la mayor de cuatro hermanos que vivimos sin pasar necesidades pero con austeridad, ya que las sucesivas crisis económicas limitaban los salarios de nuestros padres.

A los 16 años ingresé al Instituto Normal, sin tener una clara vocación docente. Esta despertó en mí junto con un compromiso militante, o más definidamente como parte de un compromiso por construir una sociedad más justa en lo político y social, donde la educación fuera liberadora y formadora de conciencia.

Por esos años los debates ideológicos, políticos y gremiales eran de todos los días, en un país que se deterioraba rápidamente en su institucionalidad democrática y económica. Me alineé en una corriente ideológica marxista-leninista, muy crítica del papel internacional de la URSS y en lo local del Partido Comunista. Nos decíamos maoístas, aunque en mi caso particular, como no era buena lectora ni de los clásicos –Marx, Lenin, Engels–, ni de Mao, mi afinidad era con las posiciones concretas en lo gremial y en lo nacional. Debo aclarar que mi actividad militante era mínima. Siempre cumplí con mis deberes de estudiante y mis necesidades afectivas y de diversión, y ni se me planteaba "abandonar todo por la causa". Algunos compañeros y compañeras dejaron sus estudios para trabajar en una fábrica, porque allí era más necesaria su militancia. Eso no era para mí.

la boca del horror

La posibilidad de caer detenido estaba siempre presente en cada manifestación o reparto de volantes. Nos provocaba terror porque sabíamos que se torturaba. Después del golpe de Estado, durante las ocupaciones de facultades y fábricas, los riesgos aumentaron. Pero, cuando terminó la Huelga General parecieron disminuir, ya que no existía actividad gremial ni política permitida, y la clandestina era casi nula. Sin embargo, fue al revés. Comenzó una cacería y persecución feroz de cuanto militante gremial y político opositor existía.

El 30 de diciembre de 1974, fui detenida en casa de mis abuelos, en la ciudad de San José. Recién había llegado del balneario Kiyú, donde habíamos compartido unos días con la familia de José, mi compañero de entonces. Estaba disfrutando mis merecidas vacaciones luego de aprobar todos los exámenes. Con José nos habíamos conocido dos años antes en un baile. Bailábamos sueltos, sin pareja, cada uno por su lado y nos miramos, nos sonreímos y fuimos acercándonos, riéndonos y bailando.

Me despertó mi abuela diciéndome que el Ejército me buscaba. Me vestí y me sacaron a la calle para trasladarme en un camión. Era de mañana y pude ver un *jeep* con soldados en cada esquina cortando el tránsito, y al vecindario agolpado detrás, mirando el objeto de tan vasto operativo: yo, con 19 años, en medio del miedo, la incredulidad de tamaño despliegue militar y la certeza de que todo había cambiado para siempre. Y la soledad-desolación, rodeada de "ellos", que me acompañó durante varios días.

Han pasado 28 años desde aquel día que alteró muchos aspectos de mi vida durante algunos años. Comenzó una etapa importante, consecuencia de la anterior, pero con mayor conciencia de la realidad, que siempre había sentido mía. Imposible imaginarme sin haberla vivido. Imposible imaginarme sin los otros con quienes me tocó vivirla.

Hoy comparto la vida con Walter, desde hace 18 años. Estuvo preso por esos años y nos conocimos tiempo después de salir en libertad, gracias a celestinas organizadoras de encuentros. Fuimos consolidando nuestra relación y la idea de formar una familia mientras trabajábamos y recuperábamos estudios. Después vinieron nuestras hijas Carla y Rosina, que hoy ya tienen 16 y 12 años.

En la familia también estuvieron presos Luis y Elena, el hermano de Walter y su esposa –ella fue parte del grupo de mujeres que convivimos encapuchadas e incomunicadas en el 6° de Caballería–. Y en mi familia hubo otros presos políticos: mis únicos dos tíos. Carlos, el hermano de papá fue detenido un año antes que yo y permaneció hasta 1977 en el Penal de Libertad. Milton, "el Purrete", hermano de mamá, estuvo preso durante toda la Huelga General junto a otros sindicalistas, y luego, durante la dictadura pasó los días cercanos a cada 1° de Mayo en la Jefatura de Policía. A fines de abril preparaba el bolsito con sus pertenencias para cuando lo vinieran a buscar.

No es que mi vida sea más lógica por esos años de cárcel. Creo que no es la simple aceptación de lo que me tocó vivir. Sucede que no me imagino a mí misma sin haberlo vivido. Siento que mi vida de hoy no es diferente de la del resto. Soy maestra, madre, esposa y ama de casa como cualquiera. Bueno, como cualquiera no. Como cualquiera que fue parte de un movimiento de opinión y de acción en estos países del sur de América, por aquellos años. A muchos les tocó el exilio, a otros nos tocó la prisión, algunos murieron en la tortura, otros están desaparecidos y la mayoría resistió entre el terror y el silencio desde el anonimato.

De la casa de mis abuelos fui conducida al cuartel de San José, donde después llevaron a Virginia, mi hermana. Tuvieron que pasar tres años para enterarme que fue por su insolencia durante el allanamiento que se la llevaron. Según cuenta mi primo Bruno, una vez que comenzaron a revisar la casa ella le dijo a mi abuelo: "vos vigilá a esos que yo vigilo a estos, porque te roban todo". Cuando se llevaron a mi tío Carlos desvalijaron el apartamento, incluidas las puertas interiores. Esto lo sabía mi hermana, pero no el oficial a cargo que no disimuló su enojo frente a los comentarios de ella. Después, cada vez que el oficial preguntaba: "¿qué hay aquí?", antes de abrir, mi hermana respondía con lógica ironía: "qué va a haber, ropa, medias"; así frente a cada cajón y ropero. Mi primo, que veía la tensión en aumento, se subió al ciruelo del fondo. Ya conocía la Jefatura, detenido en una movilización estudiantil. Cuando el oficial llegó al garaje y se topó con un baúl, repitió la pregunta por el contenido. Mi hermana le contestó: "un muerto, ahí hay un muerto". El hombre sintiendo seguramente que le tomaban el pelo, abre el baúl y se encuentra con los huesos de anatomía que mi hermana usó en sus preparatorios. Bien limpitos y barnizados, pero huesos humanos al fin. Inmediatamente dio la orden de llevarla al cuartel.

A José no lo fueron a buscar porque no militaba en mi grupo ni estaba en sus listas. Igual temía por él.

Al atardecer viajamos a Montevideo en una camioneta militar sin puerta que enviaron por nosotras. Con el chofer, un oficial y dos soldados hicimos en silencio los 90 kilómetros de vuelta. Supongo que tendríamos prohibido hablar. Recuerdo que casi no intercambiamos palabras con mi hermana. Al pasar frente al Penal de Libertad, donde estaba preso mi tío pensé: "ahora me tocó a mí". También pensé en su angustia cuando se enterara, y todo el tiempo sufrí la culpa por el dolor que causaba a mi familia, mezclado con terror por lo que nos esperaba al llegar. Increíblemente pincharon dos veces. Nos cambiaron de vehículo y volvió la capucha. Ya era de noche cuando llegamos al 6º de Caballería y allí perdí la pista de mi hermana. Permanecí parada junto a otras y otros encapuchados en lo que llamaríamos "el patio del plantón". Se escuchaban los gritos de los torturados, provenientes de un vagón de trenes acondicionado para tal fin: "el vagón". Pasé parada toda esa noche y el día siguiente. A cierta hora, junto con los gritos humanos se escuchaban chillidos de animales. No entendía. Tardé en darme cuenta: estaban matando chanchos. Claro, para la cena del 31 de diciembre. Cómo no pensar en el fin del año 1974.

Esa noche también escuché gritar a mi hermana por mí, para que no me lastimaran más. Me di vuelta y le grité: "estoy aquí, estoy bien". Entonces, por debajo de la capucha vi un bulto sentado y encapuchado. La tenían ahí.

la culpa

La noche del 31 soltaron a mi hermana, pero antes tuvieron la cortesía de mostrármela sana y salva y decirme que se iba para su casa. A ella le dijeron que viera lo bien que estaba yo, y que contara eso. Mi sentimiento de culpa se alivió un poco. No éramos nosotros los que violábamos la Constitución y los derechos humanos, pero mi familia en ese momento sufría mucho por lo que me pasaba.

En la primera carta que pude enviar escribía:

> *...Espero no haberles causado muchos problemas. Que abuelo y abuela me perdonen y que no se preocupen. Lo mismo Virginia, pobre, yo sé que no le pasó nada; que me perdone por todo.*
>
> *...Mamá, espero que esto no te haya trastornado; tú estabas bastante bien, tratá de seguir así y mejor. No te preocupes por mí, yo estoy bien desde todo punto de vista. Con ponernos mal no hacemos nada, peor para nosotros. Papá, vos también tomalo bien y tratá de ayudar a mamá. Yo sé que ustedes tienen muchas preocupaciones, y que esto les rompe todo; pero es así y no hay vuelta que darle. Perdónenme y no se preocupen. Como se imaginarán los extraño muchísimo...*

Este sentimiento de culpa, consciente y explícito en los primeros momentos luego pareció desaparecer, pero creo que siempre estuvo actuando, influyendo actitudes y decisiones. Las presas políticas evitamos ser una carga en lo económico. Nos volvimos austeras en nuestros pedidos a la familia, con rasgos de ascetismo.

hablar con las manos

Después vino el galpón con nuestros colchones en el piso y medianera divisoria. De un lado hombres y del otro trece mujeres. La mayor con 35 años y la menor yo con diecinueve. Casi todas éramos estudiantes; tres casi médicas y dos casi maestras. Trabajaban dos en bancos, otras dos en mutualismo y una era obrera textil. Chiquita, la única mamá, con una niña de tres meses que dejó con la abuela, estaba recientemente embarazada pero perdió su embarazo debido a la tortura. También Elena estaba embarazada, pero de cuatro meses. Sufrió algunas pérdidas, pero afortunadamente sin consecuencias.

Este grupo de jóvenes mujeres soportamos el verano del 75 encapuchadas, incomunicadas entre nosotras y con el exterior, viendo pasar las horas de un tiempo que comenzó a rodar cada vez más lento, marcado por las horas claves de comer y dormir.

Del otro lado del muro había más de treinta hombres jóvenes en las mismas condiciones, vigilados ambos grupos por una guardia de soldados las 24 horas. Las voces que nos identificaban se escuchaban solamente para pedir la ida al baño. Los que estaban en pareja se despedían a la hora de dormir con toses. También nos reconocíamos por las toses.

La proximidad de los colchones nos permitía hablar a ambos lados en secreto. Así fue que salí de mi aislamiento de llanto ensimismado, cuando Nora me pidió bajito varias veces: "no llores más". Ya no era yo sola en ese mundo de horror. Pude hablar a pesar de la prohibición y me animé a ver a pesar de la capucha. Ya no estaba en un pozo angustioso y oscuro. Me fui enterando que algunas estaban hacía más de quince días allí. También de la variedad y crueldad en la tortura de que son capaces los hombres uniformados.

La posibilidad de volver al interrogatorio nos mantenía en estado de alerta. Observábamos cada movimiento de la guardia registrando rutinas: si de pronto se ponían de pie y en silencio: uno o varios oficiales venían de recorrida. Asimismo nos fuimos familiarizando con los códigos, lenguaje y uniformes militares. Integramos a nuestro vocabulario palabras como "rancho", "fajina", "tumba", "llamada", "toque de silencio" y muchas más. Aprendimos a distinguir por sus galones un cabo de un sargento, un alférez de un capitán. Con el tiempo y la estadía en otros cuarteles, diferenciamos claramente las botas de caballería de las de artillería y de las de infantería.

En el 6º una compañera me puso "la Marmota". Este apodo me identifica más con las ex-presas que mi propio nombre. Me lo puso por mi facilidad para dormir y mi dificultad para despertar. No alcanzaban los gritos de "¡llamada!" de la guardia, ni los susurros de mis

compañeras. Terminaban despertándome los soldados con golpes de tolete en los pies. Después vino el "cría fama y échate a dormir", como lo hago yo, claro. Tuve que aceptar que dormir me fue y me es muy sano. Una forma de evasión, tal vez, ya que evadirse de otra manera era impensable. Por suerte, los apodos pronto se modificaban, suavizándose. Pasaron así a llamarme "Marmo" o "Marmotín".

Un día apareció del lado de las mujeres un preso proveniente del Penal de Libertad. Bastante separado de nosotras, comenzó a mover los dedos de una mano con clara intención de comunicarse. Nos enseñó así un alfabeto mudo que corrió de mano en mano en zig-zag, y de costado. Conversamos con las manos la secuencia de detenciones, las informaciones admitidas y el posible procesamiento. Porque aun en dictadura, funcionaba una justicia: la militar. Llenaron dos camiones para llevarnos a declarar frente a un actuario. Nos procesaron por "Asociación subversiva", cuyo mínimo era de 6 años y el máximo de 18 años. A todos lo mismo. El disparate era tal que no era creíble. Así lo tomé yo. No podía ser que estuviera 6 años por pensar diferente a los militares. Hasta el día de hoy no me explico esa certeza infundada, pero fue así. Casi tres años después, la misma dictadura modificó la ley militar y bajó el mínimo de 6 a 3 años. Poco después fui penada con ese mínimo –ya cumplido–, y salí en libertad al cabo de dos meses y medio.

En el juzgado recibimos otro golpe. Nos dimos cuenta que faltaba un compañero: Luis Eduardo González, marido de Elena y padre del niño que veíamos crecer en su panza. Sabíamos que no estaba del otro lado del muro al no escuchar ni su voz, ni su tos. La última que lo vio, por Navidad, observó su físico destruido a consecuencia de la tortura. Pensamos lo peor. Lo peor era la muerte. No sabíamos entonces que para algunos estaba reservada la desaparición. El desaparecido no existía en nuestra mente, ni en nuestro vocabulario. Comenzó entonces una búsqueda que aún hoy continúa.

periplo cuartelero

A principios de febrero nos trasladaron al 5º de Artillería, donde nos recibió el doctor Marabotto para el correspondiente interrogatorio de salud. Esta rutina se repetía al ingresar en cada unidad militar. Al salir, había que firmar el papelito que dejaba constancia del buen trato recibido.

Nos ubicaron en un celdario, de a dos por celda. Con cama-cucheta, pero cama al fin. Dentro del celdario se nos permitía sacarnos la venda de los ojos e ir de una celda a otra. Una "maravilla". El detalle fue el baño: con puerta y agua caliente. Nos sacaban al recreo una hora por día, tomadas "en trencito" a causa de la venda. En el frontón recuperamos el cielo.

Supimos por la guardia que los compañeros también estaban en el cuartel. También supimos que no estaba Luis Eduardo González. Elena tomó coraje y preguntó por él al coronel en una recorrida.

Llenamos las horas contándonos la vida como en el 6°, ahora con mejores intercambios y gran alboroto de voces y risas. La risa no era nueva, pero ahora se tornaba más frecuente. No todas tenían la misma facilidad, pero para unas cuantas todo la motivaba. El sistema militar, que nos era ajeno, resultaba siempre absurdo y denigrante de la persona. Fácil a la caricatura y la burla era nuestro blanco preferido, nuestro desquite y nuestra forma de estar por encima de esa realidad. Así nos encontró Chiquita, cuando regresó del Hospital Militar con un muñeco hecho de pan para cada una. También trajo las primeras noticias de las presas del Penal de Punta de Rieles, de "las rehenes" en cuarteles y de la Sala 8 del Hospital. Los presos políticos internados en el Hospital estaban confinados en una Sala con sus correspondientes rejas y guardias armados. Era un lugar de encuentro de presas provenientes de diferentes cuarteles del país y de los dos Penales de mujeres. Un punto donde la información se cruzaba, reunía y volvía a desparramarse.

Pasadas dos semanas nos volvieron a trasladar, pero esta vez separadas. Fue la primera separación y pérdida, ya éramos hermanas. Elena con su embarazo y Ángela con su asma fueron trasladadas al Penal de Punta de Rieles. El resto a la Brigada de Infantería N° 1, llamado "el 14", por ubicarse en ese kilómetro del Camino Maldonado.

Nos esperaba un largo pabellón lleno de cuchetas. Allí estaban "en depósito" seis presas provenientes del Penal, ya liberadas por la justicia militar, pero "retenidas" por el Comando. También estaba Samber, quien esperaba hacía más de un año ser trasladada al Penal. Se autodenominaban el "elenco estable", porque todo el mundo pasaba por ahí pero ellas quedaban.

Fue nuestro primer contacto con presas con historia y con los uniformes grises que usaríamos de aquí en más. Vino la vorágine de cuentos y de información cruzada: ellas, de adentro; nosotras, con noticias frescas de afuera. Tan ávidas las unas como las otras.

la primera visita

Entonces, nos permitieron la primera visita. Ese primer contacto con la familia, deseado y esperado, fue emocionante y desestabilizador a la vez. Un paso más, tal vez uno de los más importantes, en la aceptación de la realidad. Esa realidad que nos tocaba ahora a nosotras: ver por primera vez a mamá y a mi hermana, a través de dos mesas, sin posibilidad de tocarnos los dedos o darnos un beso después de tanto tiempo; que me vieran de uniforme gris en ese lugar ajeno y desconocido, con ese particular olor a comedor, impregnándolo todo. Lloramos, sí, nos miramos y entre lágrimas sonreíamos y hablábamos las tres al mismo tiempo. Era mucho lo que queríamos decir y preguntar. Nos superponíamos, cumpliendo en parte con nuestra agenda mental. Pudo más el sentido de realidad que nos obligaba a comprimir esos menguados treinta minutos, que el impulso por desahogarnos. Esto recién comenzaba y no nos podíamos permitir debilidades.

Después sí. Al entrar al barracón, la mirada comprensiva de las viejas presas nos permitió aflojar, y de abrazo en brazos fuimos desgranando la angustia, pero siempre controlada, acotada por invisibles límites inconscientes. Para bien de cada una y del resto había un acuerdo implícito de no "desbordarse". Y qué bien nos hacía esa maternal protección-comprensión de las que ya lo habían vivido. Todas nosotras fuimos en alguna medida, para las que vinieron después, madres-compañeras del dolor y de la alegría.

Esta primera visita la compartimos con quince nuevas compañeras llegadas a "el 14" unos días después que nosotras, provenientes de un periplo por cuarteles similar al nuestro. Fue una experiencia colectiva que se materializó en una mezcla de lágrimas, risas y cuentos sin fin.

En cuanto a la información, siempre colectivizábamos aquel "dato" del abogado o de la realidad política de afuera, que aunque mínimo y parcial, nos parecía relevante. Agotadas y excitadas, la "hora de silencio" nos permitió rememorar ese encuentro con la familia, en una desmenuzada y prolija reconstrucción que solamente el sueño logró interrumpir.

vivir y convivir

En pocos días el barracón pasó a albergar a más de treinta presas, llegando en los meses siguientes a más de cuarenta. Llegaban en grupos de cinco o seis; algunas llegaron solas. Esta idea me aterraba. Que vivieran los interrogatorios y la incomunicación solas en un cuartel me parecía la más dura de las experiencias.

Todas militantes gremiales de base. Todas muy jóvenes y en su mayoría solteras, sin hijos.

Junto con el continuo arribo hubo un lento salir de a una o dos hacia el Penal. Suponíamos que el Penal estaba lleno, por lo que cada traslado se producía cuando había una liberada. Entonces, las "retenidas" comenzaban a barajar posibles nombres. Sí, se salía. Algún día se salía.

Convivir más de cuarenta mujeres en un único ambiente las 24 horas, con un único baño, puede parecer difícil. Seguramente lo fue, pero cuando no se puede elegir, ni se lo piensa. Nos reunimos a organizar la convivencia desde el inicio. Unas en los cuarteles y otras en el Penal veníamos compartiendo lo poco que nos permitían tener. Seguimos así. Implementos de limpieza e higiene, yerba, té, dulce, queso y frutas formaban la despensa. Un equipo lo administraba por semana. Los cigarrillos y el tabaco también se colectivizaban. No recuerdo bien si estos se repartían todos al llegar o se entregaban en cuotas administradas por un equipo. Recuerdo bien que muchas veces no alcanzaban. Armábamos cigarrillos con puchos que precavidas manos juntaban por ahí.

Nos turnábamos para hacer la limpieza y bañarnos. Aquí con agua fría y sin roseta. Un fuerte chorro que se nos hacía helado siempre.

Compartíamos los pocos libros que permitían entrar, y lanas y telas para alguna manualidad. Muchas lecturas se hacían en grupos de tres o cuatro, montadas en las cuchetas de arriba, acompañando un mate. "El arte de amar" de Erich Fromm fue de los preferidos en esta modalidad, provocando interminables debates. Otras lecturas se disfrutaban en la intimidad. Pero las opiniones y comentarios se colectivizaban rápidamente, ya que se leía lo que había, que era poco.

Se compartía cada carta recibida o escrita, cada recuerdo. Festejábamos cumpleaños y hasta casamientos, por poder, pero casamientos al fin. Los festejos eran la excusa para que un grupo planificara un regalo sorpresa y otro un acto teatral, también sorpresa. Aun hoy nos asombramos de esos ensayos secretos en el mismo espacio vital. Claro, allí estaban las que entretenían a la homenajeada en la otra punta del barracón con alguna lectura o manualidad.

Nos estaba prohibida la actividad física, el canto colectivo y la dramatización. Todo se hacía igual con las correspondientes corridas al sonar del candado, y las recordadas inquisiciones de "¿quién cantaba?". Así nos ligamos algunas sanciones colectivas sin visita ni recreo, más la amenaza de pasar la noche paradas en la plaza de armas.

El canto nos juntaba antes de dormir en una especie de comunión de cariño. Nos regalábamos el momento de disfrutar canciones y voces *a capella*. Algunas voces eran siempre requeridas y tenían su propio repertorio. Mercedes y la Piqui: repertorio completo de Serrat, la Eta: boleros, la Condesa: tangos, Ana y la Jerry: canciones "caneras" –del Penal–, la Gallega: españolas y Marita... Marita cantaba Borinquen. Con esa canción debutó de niña en su escuelita rural de Rocha. Para la ocasión la maestra le regaló sus primeros zapatos, ya que sólo tenía alpargatas.

En "el 14" el recreo era poco. Tres veces por semana, una hora en una cancha de fútbol. El trayecto lo hacíamos en fila con los ojos vendados. Si llovía se suspendía, por lo que, en ocasiones, pasábamos semanas sin ver el cielo. En el recreo unas caminaban, otras se sentaban al sol y las más inquietas preferíamos jugar al vóleibol. Siempre que no lloviera y nos llevaran, se podía colgar ropa todos los días en la misma cancha. Esta salida a tomar aire era muy preciada, por lo que se hacían turnos. Eso sí, no se podía colgar la ropa interior. Tampoco en el Penal. En esto no había contradicción ni matices. "Exacerba a la tropa", se explicó. Las más de cuarenta bombachas diarias adornaban como guirnaldas las altas banderolas, prendidas en perchas que fuimos muy hábiles en enganchar con el palo de una escoba. Con la puerta abierta la corriente a veces las tiraba al piso, y una vez una bombacha cayó sobre la visera de un alférez, tapándole la cara, en plena formación de presas. Ni así cambiaron el sistema. Las bombachas jamás vieron el sol.

lo posible

Junto con la visita recibía y entregaba carta, previa censura de ambas. El criterio más amplio de "el 14", me permitía escribirme con José. Ni marido, ni concubino, ni familiar, me estaría vedada la comunicación con él en el Penal. Había que definir el futuro de la pareja. Muy difícil con uno afuera y el otro en prisión. Más aún, cuando no iba a ser posible ni siquiera comunicarnos por carta. Muchas de éstas se consumieron en decidir la situación, más dolorosa para José. Eso lo tenía claro y se notaba. Releyendo mis cartas, hoy me arrepiento de no haber dado el paso decisivo en la separación de la pareja. Él no tenía a otros semejantes viviendo lo mismo, que lo apoyaran. Yo tenía mis compañeras. Seguramente sus hormonas fluyeran con normalidad, necesitando el contacto físico. Nosotras apagamos la libido o sublimamos deseos con el cariño fraternal. Desde su lugar, era muy difícil cortar la relación. Tampoco teníamos, me parece, la flexibilidad de buscar alternativas. La situación se mantuvo indefinida por meses, hasta que José necesitó su libertad. Era lo esperado. No recuerdo haberlo tomado mal, ni siquiera haberme deprimido. Eso sí, sentí que era yo quien lo apoyaba y le daba ánimo, y recuerdo que pensé: "qué hubiera pasado de haber estado yo mal". Esta idea me ha acompañado siempre. Sin embargo, leyendo hoy mis cartas, creo que no era tanto mi apoyo y que era yo quien lo presionaba para que tomara una decisión. Claro, me faltan cartas, muchas de las mías y todas las de él –se las quedaban en el cuartel–. Ahora ya no puedo comunicarle mis reflexiones ni intercambiar los recuerdos. Hace ya 21 años se lo llevó el cáncer. Cuando salí en libertad y nos reencontramos, reanudamos la relación. A ninguno se le ocurrió revisar el manejo de esa etapa, ni releer cartas. Creo que sentíamos que la situación condicionaba tanto, que no eran posibles otras opciones.

madres

Es imposible no recordar a los bebés que vivieron con nosotras: Luis Eduardo, hijo de Elena, y Nicolás, hijo de Susana. Los dos nacidos en el año 75. Ellas, madres primerizas, no supieron de antemano dónde las ubicarían con sus niños. Los antecedentes indicaban que con bebés no iban al Penal, se quedaban en cuarteles. En estos casos se mantuvo la tradición, que sería dejada de lado cuando las mellizas permanecieron hasta el año en el Penal. Nos vimos entonces beneficiadas, aunque sin poder disfrutarlos demasiado, ya que teníamos tres compañeras con hepatitis. No podíamos creer que trajeran un bebé a convivir con más de cuarenta mujeres, un baño y el virus, con la única ventilación de tres horas semanales. Sabían muy bien de nuestras medidas estrictas de higiene, de nuestros hábitos en ese sentido y de nuestro nivel de información para comprender los mecanismos de contagio. Nunca nos dieron la más mínima indicación o recomendación. Entre las compañeras, una era internista, casi médica y otra nurse. Con la sospecha del primer caso, establecieron las primeras medidas y explicaron el circuito de contagio. Por ser más limpias y cepillarnos las uñas no había

problema. El asunto fue usar cada una vajilla y cubiertos personales, y lo más complicado, el mate individual. Cuando llegó Luis, el primer bebé, nos impusimos la prohibición de tocarlo. Más aún, ni siquiera podíamos ayudar a Elena con el lavado y planchado de pañales. Tal vez esto último fue exagerado, siempre lo comentamos, pero también se dijo que los bebés se mantuvieron sanos.

Cuando me tocó ser madre me fueron invadiendo los recuerdos de vivencias con las compañeras madres, y sentí emociones diferentes. Mientras lavaba pañales, recordaba a Elena o Susana lavando a mano y sin pileta, mientras nosotras las cuarenta leíamos, charlábamos o tejíamos. ¡Qué estrictas que fuimos, o qué miedo teníamos por la salud de los bebés! Con Susana, me parece que después se permitió que una compañera la ayudara, ya que ellas podían tener a sus hijos durante tres meses solamente.

Me sorprendí a mí misma cuando mi hija mayor cumplió los tres meses y tuve que reintegrarme a trabajar. Recordé la situación de Chiquita, que fue separada bruscamente de su hija de tres meses al ser detenida. Me sobrevino una angustia enorme por la situación que ella tuvo que vivir, y estuve llorando, al tiempo que era consciente de que en aquel momento ninguna se angustió o, a lo mejor, no lo demostró. Incluyo a la misma Chiquita a quien siempre vi con el rostro iluminado de alegría al hablar de su beba. Durante varios días me rondaron evocaciones relacionadas con la separación de nuestras compañeras y sus bebés. Resolví no reintegrarme al trabajo y renunciar. Por supuesto que las razones que manejé en su momento no tuvieron nada que ver con estos recuerdos, pero poco tiempo después comencé a relacionarlos mi decisión.

el sonido de las rejas

Después de permanecer casi un año y medio en "el 14", me trasladaron al Penal de Punta de Rieles en junio del 76. "Apronte sus cosas", ordenaron, y la despedida con las miradas. No nos permitían abrazarnos ni hablar en esos momentos. Sonrisas y lágrimas, más algunos regalos de último momento. Pude conservar hasta hoy los guantes tejidos por Ana. Nos desgarraba la separación y nos desestabilizaba la incertidumbre del cambio. En mi primera carta desde el Penal escribía:

Miércoles 15 de junio de 1976.

Querida familia: ¿Cómo están?, ¿cómo han pasado queridos viejos con este frío? Me extrañaron un poco más que de costumbre, me imagino; y yo también. ¡Qué macana nos perdimos la visita del domingo pasado, y justo que iban los nenes! Desde que llegué a mi nuevo alojamiento me pasé pensando en eso, en cómo y cuándo se enterarían, si tendríamos pronto visita, etc. Así que se imaginan la alegría que tuve el domingo de noche, cuando llegaba de trabajar en cocina, y me dicen que tenía paquete. Ahora estoy más tranquila, ya que ustedes saben dónde estoy y habrán empezado los trámites correspondientes para vernos prontito...

Al llegar, interrogatorio médico de rutina –otra vez el doctor Marabotto– y calabozo de aislamiento. Uniforme con número y bolsillo de color azul. Una presa completa que respondería de ahora en más al 252. Por lo menos capicúa. Fue una alegría entrar al sector C. Abrazos, besos, lágrimas de emoción por el reencuentro con muchos rostros conocidos. Con algunas no nos veíamos desde un año atrás. Otra vez los cuentos cruzados y las preguntas sin parar. Por todas y cada una de las que estaban y las que quedaron.

Del nuevo lugar contaba en la misma carta:

...Ahora les escribo en hoja con renglones y sobre una mesa. Tenemos tres mesas grandes donde comemos, trabajamos, escribimos, jugamos a las cartas, etc. El alojamiento es más amplio y los baños también son más grandes, con duchas de agua caliente y una pileta grande para lavar. Creo que no es muy frío, pero de esto poco puedo hablar ya que son muy pocas las horas que estoy. Esto se debe a que estoy trabajando en la cocina, donde se hace la comida para todo el Penal y por lo tanto, el trabajo diario es de muchas horas. Se imaginarán que con la inactividad que he tenido este último tiempo, me cuesta bastante agarrar un ritmo de trabajo. Por suerte tenemos un par de horas de descanso después del almuerzo que aprovecho para dormir. Otra de las cosas nuevas es que en algunos momentos nos pasan música por un parlante. Lo primero que escuché fueron los Beatles y casi me muero de la emoción. El recreo es dos veces al día donde podemos caminar o jugar a la pelota...

...Otra cosa es que puedo tener visita con Pepe todos los domingos una hora. Me imagino que aquél no va a poder venir siempre pero espero que algunas veces sí. Me gustaría mucho estar con él más cerca y además nos viene bárbaro porque como somos tantos es difícil verlos a todos. Pepe, la visita, estoy segura, te va a gustar mucho porque es al aire libre y podemos caminar, jugar y charlar al sol, con otros gurises, algunos más chicos que vos; hasta un bebé. Como te imaginarás me voy a poner muy contenta de verte y desde ya te digo que no te salvás de unos cuantos apretones y besotes que tanto hace que no te doy. Vos, supongo, te vas a desquitar lindo con todos los chismes que me vas a traer de Ignacio y Virginia. Bueno, me muero de sueño y mañana tempranito, antes de que salga el sol salgo a trabajar...

Tener más recreo y visita de niños con hermanos menores era muy importante. Movilizarse dentro del predio sin venda en los ojos, también. Pero estaba lo que no se podía contar en las cartas. El espejo por donde espiaban el interior del sector, la vigilancia permanente, el trabajo forzado "voluntario", las continuas sanciones. Y rejas. Muchas rejas y doble alambrada con torretas custodiadas. Una cárcel de verdad. Algunos pueden parecer detalles, pero a la "hora de la bandera", cuando todas las presas formábamos por sectores bien separados, en el patio del recreo, la coreografía y el decorado se me hacían ajenos. Me desdoblé muchas veces en espectador de mi actuación de extra, viéndome en una película de la Segunda Guerra. Un instante de incredulidad: no soy espectador, soy parte.

operativo pantalón

Podían sancionarnos por cualquier cosa. Nos sancionaban por mirar. Nuestras cabezas tenían que ver hacia adelante. Las soldados siempre controlaban en las puntas. Así, las más favorecidas en estatura corporal también lo fuimos en sanciones. Perdíamos recreos con la sanción más leve. A tres sanciones superpuestas correspondía calabozo, me previnieron mis compañeras, preocupadas. Esto ocurrió más de una vez: no me mandaban a calabozo, ni siquiera me prohibían visita, que sería la sanción intermedia, ¿por qué era objeto de esa tolerancia? Porque no era mi hora y no estaba en la mira del señor oficial del S2, quien decidía.

Supe que mi suerte cambió cuando me dejaron sin visita por "vichar". Además, comencé a sentir una "marcación" sin respiro. Tenía una soldado propia que gritaba mi número al pestañear. Así, perdí en un corto período más de una visita. Estaba por cumplir la pena y salir en libertad, y vino entonces la sanción inventada: por matar el tiempo perversamente o por no salirse del orden militar el invento tenía que ser real. Desapareció de la cuerda de ropa un pantalón de mi uniforme. Cuando sucedía se reclamaba en "las novedades" por si estaba en otro sector. Al rato un grupo de soldados vino a hacer una "revista" de uniformes. Era la primera vez que se hacía. Debí sospechar, pero no. Cada reclusa sacó sus uniformes del armario. En mi turno señalé la falta y el reclamo reciente. "¿Pero cómo le falta un pantalón?", oí. "Siempre pasa, el viento lo tira y vuela a otra cuerda"..."No puede faltarle". Pude imaginarme el resto. Se retiraron de inmediato sin concluir la "revista" y vuelven para decirme: "Apronte sus cosas que va a calabozo".

Una semana sola entre cuatro paredes, sin cigarrillos, mate, libros, ni manualidades. Por supuesto, también sin visita.

Montaban estos operativos casi domésticos para "calabocear" con frecuencia. Hoy nos resulta inverosímil que se tomaran tanto trabajo cuando no hubo, ni hay lugar al reclamo. ¿Acaso disfrutaban planeando nuestra suerte? Un calabozo arbitrario y sin motivo, no nos hubiera hecho sentir tan ratones en las garras del gato.

el calabozo

Lo primero que recuerdo es el frío. El frío de adentro, porque afuera no se sentía, era primavera. Pensé que el lugar era frío por ser de construcción reciente. Era lo que se llama un celdario. Un pasillo central con celdas a cada lado y con sus respectivas puertas desencontradas. Al iniciar el pasillo a la derecha la habitación de la guardia, luego una reja cierra el pasillo. Pasando la reja a la izquierda la puerta del baño, metálica y con una ventana de vidrio transparente en el medio. A continuación las puertas de las celdas, todas metálicas, con una mirilla del mismo vidrio pero pintado casi en su totalidad. En la parte superior del vidrio una franja de unos dos centímetros sin pintar. Me tocó la antepenúltima celda de la derecha. Creo que había cinco celdas de cada lado. En la celda pequeña, como de dos metros por tres metros,

una parrilla con colchón. Nos permitían llevar implementos de higiene personal, una muda de ropa interior, un juego de sábanas y una frazada.

Apenas cierran la puerta inspecciono el lugar. Hay una banderola pequeña en la pared del fondo. Miro por el espacio sin pintura de la puerta si no hay "moros en la costa". Me subo a la parrilla para ver por la banderola hacia afuera. La ventana daba a los fondos del Penal. Un espacio de campo pelado, la alambrada y bastante próximo un camino vecinal. Podía distinguir las personas que pasaban en bicicleta o caminando de tanto en tanto. El resplandor de la luz de afuera y un soplo de calor. Adentro sentía frío. Éste comenzó a ser cada vez más intenso. Entonces, traté de caminar en el espacio reducido junto a la parrilla. De la puerta a la pared del fondo, y vuelta a la puerta. El frío parecía no disminuir, sino aumentar. Se hacía cada vez más evidente que provenía también del interior de mi propio cuerpo. Me di cuenta que mis dientes castañeteaban. ¿Sería la falta de cigarrillos? ¿De un mate caliente? ¿Del miedo? Seguí caminando para darme ánimo y calor y para no pensar que estaba con mucho miedo. Recurrente volvía la idea de la falta de un "pucho", del mate, de la humedad del lugar. No sé cuánto rato estuve así, a la vez que no descuidaba los ruidos del pasillo.

Me vinieron a buscar. Sin decirme a dónde, fui conducida al edificio central del Penal, en la planta baja, donde estaban las oficinas de los oficiales. Me hacen pasar y detrás de un escritorio me encuentro con el mayor Vázquez, el encargado de detenidas del momento. Cuando llegó al Penal, en su primera recorrida por el sector, Nadia se desvaneció al verlo. Al irse nos enteramos que había interrogado y torturado a muchas de las compañeras que estaban con nosotras. Un personaje bajito, que miraba fijo a los ojos con odio. Me hicieron sentar y la soldado se retiró. Comenzó a interrogarme sobre la vida del sector, con preguntas tan burdas como "¿quién manda en el sector?". "Nadie". "¿Quién dice lo que hay que hacer?". "Nadie". "¿Quién dice qué libros hay que leer?". "Nadie, cada una lee lo que quiere". "¿Quién decide quiénes van a descolgar la ropa?". "Nadie, van las que quieren". No podía creer, que a casi tres años de estar presa me preguntara esas cosas el oficial del S2. Y vuelta a preguntar lo mismo, haciéndose el enojado, el impaciente. Así un rato, hasta que me manda retirar. Vuelvo al calabozo con más miedo. Sí, mi temor no era infundado. La sanción fue inventada y planificada para tenerme aislada en calabozo, y hacerme este interrogatorio cuando estaba más vulnerable. Las preguntas no me asustaban, eran de risa. El problema era qué podía venir después. Pero pensé que seguramente no pasara de ahí, que era para hacerme pasar un mal momento, hacerme sentir que estaba a merced de la voluntad de ellos. Supongo que la pista me la dio el cariz de las preguntas; no justificaban algo peor que el calabozo.

Estaba deseando que llegara la hora de dormir para acostarme arrollada, calentita y pensar en otra cosa. No nos permitían acostarnos durante el día. El colchón debía permanecer doblado.

Al otro día nos despiertan y nos hacen pasar de a una al baño. Yo ya había visto a la compañera del calabozo de la derecha y a la del izquierdo por la rendija. A una no la conocía,

pero a la otra sí. En la celda del fondo estaba Margarita. ¡Qué alegría cuando la vi después de casi tres años! Margarita había caído con nosotros y fue de las primeras que trasladaron al Penal desde "el 14". Estaba en el sector D, el sector de "las pesadas". Después del café con leche frío descubro unos ojos, o sombra de ojos, detrás de la rendija del vidrio de Margarita. ¿Ella veía los míos? Entonces veo clarito un dedo pegado al vidrio, que comienza a moverse dibujando letras: MARMOTA CÓMO ESTÁS. ¡No lo podía creer! Le contesté con el mismo sistema, comenzando un diálogo que duró todo el día. Fue una sensación extraordinaria, de paredes que desaparecen, como si estuviéramos hablando frente a frente. Sin ninguna ansiedad, o con muy poca, fuimos poniéndonos al día después de tanto tiempo. Sin pestañear, con el oído alerta al menor sonido de pasos o rejas.

Creo que fue de tarde cuando se abrió la puerta del calabozo y allí estaba Vázquez. Mirándome fijo me preguntó: "¿lo pensaste?", "¿Qué, qué cosa?". "¿Lo que te pregunté?". "Pero, si yo ya le contesté". Para mi alivio cerró de un portazo la puerta. Cuando aún no me animaba a mirar para el pasillo, sonó fuerte la banderola a mis espaldas. La había cerrado con violencia. Otro alivio, se descargaba con la banderola. Seguramente la intención era montar un clima de terror. Conociendo sus métodos, que cuando quieren son muy directos, y no habiendo nuevas preguntas, todos estos gestos de amedrentamiento, parecían sólo eso.

Cuando llegó la hora de dormir me dolían las piernas. No llegué a preguntarme por la causa, cuando caí en la cuenta que había pasado casi todo mi segundo día de calabozo parada, junto a la rendija del vidrio, hablando con mi dedo índice. Parada, pero sin frío. Parada en calabozo, pero acompañada. Así me dormí, con dolor en las piernas de tanta compañía.

encuentro como en la calle

Un día en la tardecita percibí movimientos en el calabozo de la izquierda. Las luces ya estaban prendidas, entonces se veía mejor. Salieron al baño dos compañeras jovencitas y sin uniforme, del mismo calabozo. A una de ellas la reconocí de inmediato, era Silvia, la hija de Lidia, a quien conocía por una foto. Se me dio vuelta todo. Lidia estaba con nosotras desde hacía casi un año. Vecina mía de cucheta, conocíamos a sus dos hijos por una linda foto en blanco y negro. También la vimos llorar en silencio después de una visita donde supo que todos estaban detenidos: los hijos y el marido. Soltaron al hijo, pero Silvia y su padre permanecieron presos. Esto era reciente, y yo veo a Silvia en el calabozo del otro lado. Cuando cesan los movimientos del pasillo, empiezo a escribir en el vidrio: ¿SILVIA CÓMO ESTÁS?, confiada en sorprenderlas. De inmediato, aparece un dedo en su rendija que escribe: BIEN Y VOS MARMOTA, ¿POR QUÉ ESTÁS ACÁ? ¡No podía creer! ¿De dónde me conocían? Entonces escribo que estoy en el mismo sector con Lidia, que la conozco a ella por una foto y pregunto cómo saben quién soy. Me contestan que por cuentos de las "retenidas" saben que la 252 es la Marmota, y me vieron el número en la espalda cuando fui al baño. Aquello parecía un lugar

público de encuentros. No hacía más que pensar en la sorpresa de Lidia cuando le contara. Demasiada emoción para un espacio reducido entre cuatro paredes. Porque lo más importante es que se las veía bien y Silvia igualita que en la foto: linda, joven y sonriente.

Me contaron que las tenían detenidas en el Penal de Paso de los Toros. Las trajeron en tren a Montevideo para ir al Juzgado y como de vuelta no había tren, las llevaron a los calabozos a pasar la noche. Les conté cómo estaba Lidia, el motivo de mi calabozo y creo que no mucho más, porque pronto apagaron las luces y a dormir. Al otro día se las llevaron muy temprano.

problemas con el baño

Cuando fui al baño la primera vez noté lo molesto del ventanuco de vidrio en mitad de la puerta. Nadie estaba mirando, pero podían hacerlo. El lugar más visible era el duchero. También busqué el calefón y como no lo vi, supuse que la ducha era con agua fría. Estas dos observaciones me hicieron decidir de inmediato que no me bañaría. Registré que mi vecina de la izquierda se bañaba todas las mañanas, volviendo con el cabello mojado. Me daban ganas, pero la sola presencia de la ventana en la puerta me las quitaba. Entonces recordé cuando nos bañábamos en el 6° de Caballería, con un chorro frío y la vigilancia del soldado en la puerta. Todas nos bañábamos de espaldas y alguna sin sacarse la ropa interior. Era obligatorio el baño, el calor de enero sofocante en el galpón, pero fundamentalmente las condiciones de trato o maltrato eran otras. No es que el guardia de la puerta nos fuera indiferente, pero creo que no nos importaba demasiado. Ahora me moría de vergüenza de pensar que alguna milica se asomara a mirar, mientras me bañaba. Además, ya tenía el cuerpo acostumbrado al agua caliente. Los baños de invierno en "el 14", con chorro helado, en aquel baño de techos tan altos, eran solamente recuerdos que provocaban escalofrío.

A los siete días de calabozo, una soldado me preguntó: "¿usted se bañó?". Me agarró desprevenida y contesté la verdad: "no". "Se tiene que bañar ahora", me dijo. Habrá sentido que cuidaba mi higiene y salud. Me bañé lo más rápido posible, de espaldas a la ventana. Si me estaban mirando, prefería no enterarme.

Por suerte ese mismo día volví al sector. Recuerdo que cuando entré a la capilla se me vino todo encima. Me pareció el espacio mucho más reducido, repleto de cuchetas amontonadas. Ahora y siempre he tenido la imagen del sector C como un lugar muy amplio, con el techo altísimo, largas ventanas a cada lado, dando abundante iluminación. Pero en aquel momento, de regreso del calabozo y por unos segundos, lo vi pequeño y lleno de cuchetas que se me venían encima. Y aun más, se vinieron todas las compañeras a abrazarme. Ya tenía un "pucho" en una mano y un mate en la otra. Como de vuelta a casa.

a cualquiera le puede tocar

Le tocó a Miriam. Todas sabíamos que podían llevarnos a interrogar nuevamente, en cualquier momento. Por un dato nuevo, por algo que quedó sin aclarar, por algo del propio Penal, del sector, por lo que fuera y cuando ellos quisieran. No todas cargaron con el peso de esta posibilidad de la misma manera. Para algunas estaba a la vuelta de la esquina, otras lo intuíamos más remoto. Pero al igual que la detención, cuando llega toma de sorpresa. Es imposible prepararse para lo que nunca se desea que suceda.

Ellos siguieron la rutina acostumbrada. Nos hicieron formar frente a las cuchetas. Llamaron a Miriam por el número, le ordenaron vestirse de particular y preparar un bolsito con implementos de higiene. Se nos apretó el estómago, las tripas, todo adentro. Los ojos celestes –tan claros– de Miriam, detrás de los lentes, mirando con estupor, con terror. Esas órdenes podían significar una sola cosa: que la sacaban del Penal por algún tiempo, para llevarla a interrogar y torturar. Posiblemente a un cuartel, donde estaban otros que no tenían cómo identificarla por el número y el uniforme.

Se la llevaron a Miriam y fue imposible retomar la rutina. Junto con la angustia por su suerte, la evidencia de nuestra vulnerabilidad. Estábamos tan a mano.

En ese entonces Miriam era mi vecina en las cuchetas de arriba, pegada a la derecha. Llegó la hora de dormir y al acostarme recuerdo cómo nos miramos con Gladys a través de la cama vacía de Miriam. No nos dijimos nada. No había otro posible sentimiento más que el que teníamos. Durante los días siguientes esa cama siempre tendida era la puerta al dolor.

No recuerdo cuántos días pasaron, seguramente Miriam los retiene con precisión. Volvió, apareció. La cobijamos, la cuidamos, la abrazamos.

Para nuestra sorpresa el motivo del interrogatorio fueron los soldados del cuartel donde pasó la incomunicación. Tenían información de que algunos soldados llevaban y traían datos entre los presos y sus familiares. Si estaban vivos y sobreviviendo. Tal vez alguna caja de cigarrillos o un chocolate. Por esta razón, junto con Miriam llevaron a otras compañeras desde otros sectores, también a interrogar sobre esas sospechas.

el retorno

Todas nos perdimos acontecimientos importantes de nuestras familias. Algunos felices y otros tristes. En mi caso fueron gratos: se casó mi hermana y en octubre del 76 nació mi primera sobrina. Unos meses después, el día que cumplí 22 años, le dieron la libertad a mi tío Carlos. A través de las cartas y las visitas trataba de vivenciar los hechos, conformándome con la alegría que me provocaban. Compartiéndola con mis compañeras, quienes seguían como yo, paso a paso el devenir de nuestras familias.

La libertad se demoró unos meses con el cambio obligado de abogado y la feria judicial. En ese tiempo dejé crecer mi cabello al igual que otras expectativas. No nos animábamos a vivirlo en toda su intensidad, porque siempre era posible la retención. Pero algo dentro de mí fue creciendo. Una excitación casi hormonal. Lo que permaneció dormido, o tal vez reprimido, comenzó a hacerse sentir.

Entonces vino la señal. Siempre alertas percibimos lo obvio en la orden perversa: "252, tiene que cortarse el pelo". Esta vez me permití sonreír. Con el pelo cortado salí en libertad al día siguiente.

En el pasaje de rutina por calabozo no pude dejar de pensar especialmente en Marta. Allí la tenían por un motivo real: mostrar sutilmente nuestra realidad, en visita especial con matemáticos extranjeros. Visita sin escuchas aparentes. Después vino el operativo para inventar la falta: "falta de voluntad en el trabajo", cuando estaba eximida por problemas de salud.

Recuerdo con nitidez mis pasos por el largo camino hacia la barrera con la sensación de las miradas a mis espaldas, cariño y tristeza por la separación. A la vez, una especie de alegría anticipada por los que iba a recuperar. Papá y mi hermana esperaban para visitarme, no podían con la sorpresa de verme junto a ellos. A nuestros familiares tampoco les avisaron, no fuera que se prepararan. Era sábado, anterior a turismo de 1978. Mamá me encontró en casa al volver del liceo, y sorprendí a Pepe con amigos en su cuarto.

Con el paso de los días se sucedieron otros reencuentros. Entre ellos José. También recuperé lugares, sabores, olores. Entonces, la vida de los otros retomó su ritmo y me sentí sola, otra vez. Ya no tenía a mi lado las compañeras para compartir cada detalle, cada sensación o sentimiento, sin apuro, lentamente. Pero fue más fuerte el deseo de recuperar el tiempo, la ansiedad por encontrar trabajo y retomar estudios, por vivir amores y desamores. Retomamos la relación de pareja con José, reencontrándonos y desencontrándonos. Al cabo de unos meses pudo más el desencuentro, mis necesidades no eran las de él.

lazos con memoria

Así fui reintegrándome a una sociedad todavía en dictadura. En mi condición de "libertad vigilada" debía presentarme cada mes en una dependencia militar. Tenía prohibido reunirme con ex-presos políticos. ¿Cómo perder lazos tan fuertes? Poco a poco nos fuimos encontrando. Como hermanas de vida volvimos a compartir la nueva experiencia en libertad. Pero, sin desconocimiento, divorcio o negación de lo anterior. El pasado integrado en el presente y con él los recuerdos. Cada encuentro casual significaba "¿te acordás cuando...?", y siempre las preguntas por las compañeras que aún permanecían en prisión. Visitando sus familias, y a ellas cuando eran liberadas.

Cuando salí en libertad estábamos leyendo en grupo a Proust. Si mal no recuerdo, andábamos por el 5º tomo de "En busca del tiempo perdido". Como él, nosotras siempre quisimos recobrar ese tiempo que muchos intentan perder en oscuridades y agujeros de la nada. Seguramente teníamos otras urgencias de vida, porque han tenido que pasar más de veinte años, para comenzar este largo proceso de transitar los caminos de la memoria. En nosotras, aunque no ha sido el verdadero vivir de Proust, también ha sido una vida.

Al inicio de este proyecto pensamos en recuperar una experiencia para la comunidad, para las futuras generaciones, pero fuimos recuperándola primero para nosotras. Asombrándonos de nuestros olvidos y de la memoria de las otras. Descubriendo experiencias y realidades ignoradas. También reeditamos, de otra manera y en otro contexto, los grupos de trabajo. Eso sí, sin apuro, como entonces, con todo el tiempo por delante.

silbidos que no se llevó el viento

La solidaridad era uno de los valores que siempre estaba presente. Se manifestaba con y entre todas las compañeras. Fue necesario extremar la imaginación y el ingenio para poder desarrollar una comunicación lo más efectiva posible entre sectores totalmente incomunicados.

Anahit: Las que estábamos en celdas de doce, medianamente incomunicadas, nos encontrábamos en los momentos de la comida, nada más. La fajinera era la que hacía de nexo entre celdas. Ella era el punto obligado de conexión. Llevaba información y cosas de un lado al otro, incluso materiales para hacer manualidades, elementos básicos.

Marmo: Sí, una aguja, una lana naranja...

Anahit: ...y cariño y apoyo, y todo un montón de cosas que se precisan en esos momentos. Pero también las comunicaciones hacia otros sectores. ¿Cómo nos comunicábamos? Con un silbido, con una canción, cuando colgábamos la ropa afuera en el tendede-

ro común, con gestos, tratando de ver a cualquier compañera cada vez que salíamos hacia donde fuera.

Paloma: El saludo pasando la mano por el pelo, lo que también estaba prohibido.

Anahit: Tratar de ver quién era la compañera, vichar el número, porque era casi imposible reconocernos, éramos todas prácticamente iguales.

Charo: Todas de uniforme gris con el pelo bien cortito.

Anahit: Ahí está. Sentíamos que teníamos que tener datos de la compañera, porque una mujer de gris de pelo corto, no era dato. Cuando pasábamos frente a un sector, nos ingeniábamos para mirar a las compañeras. Por otro lado, cuando mandaban una compañera al calabozo –la sacaban de repente de un trabajo o del recreo o del sector, la llamaban y desaparecía–, entonces, a esa compañera había que armarle el paquete de ropa básica, nada más. Pero no le mandábamos sólo su ropa sino las medias de una, los zapatos de otra, la blusita de fulanita. Eran picardías. Entonces, le llegaba un toco de ropa y ella sabía de quién era cada cosa, tenía que ser ropa que reconociera. Le estaba llegando el afecto de las compañeras. Por ejemplo, las veces que me llevaron al calabozo Gloria me mandaba unas botitas porque tenían corderito adentro, ya que me congelaba horrible. Eran divinas. Ella se privaba de tenerlas, ¿no?

Charo: Claro, pero eso era absolutamente invisible para los milicos.

Anahit: Eso no lo veían. Y nosotras nos comunicábamos.

Samber: Eso es una comunicación afectiva.

Anahit: Pero además, en la mentalidad de ellos no creo que eso se les ocurriera como posible.

Marmo: Sí, sobre todo gente individualista como ellos, que no entendía mucho que nosotras compartiéramos tantas cosas. No creo que se le ocurriera que alguien se sacara su blusa o sus zapatos para mandárselos a otra.

Charo: No, pero de algunas actitudes sí se daban cuenta. Una vez fuimos a un trabajo y nos quedamos más allá de la hora de la comida. Al volver, escuchamos los gritos de una milica que le reprochaba a las otras: "las 'yeguas' se guardan la comida y ustedes a mí no me guardaron nada"

Samber: Pienso que creían que nos íbamos a pelear o que íbamos a estar mal por el encierro y las presiones, porque esas son cosas que se dan en la vida común. No podían imaginar el contenido que le dábamos a los objetos, a la ropa, a las cosas personales.

Anahit: Por otro lado ellos sabían que habiendo gente en el calabozo nosotras nos comunicábamos sí o sí. Cuando íbamos a colgar la ropa siempre gritábamos cosas: "Así que a la mamá de Fulana...," gritábamos su nombre, "Menganita tuvo un sobrino",

"¿cómo se llama?". Era obvio que tratábamos de comunicarnos, porque esas cosas se decían a los gritos y por eso trataban de hacernos callar.

Marmo: Eso sí, seguro.

Anahit: Íbamos a la ventana de las celdas del sur a cantar para las compañeras del calabozo, y cuando eso estaba prohibido y el canto de una sola no llegaba por la fuerza del viento sur, les silbábamos. Las milicas nos venían a sacar a prepo, pero igual volvíamos a silbar porque el silbido no te lo podían sacar. Terminábamos sancionadas con calabozo más de una vez.

Samber: Pero manteníamos esa actitud nuestra de estar siempre alertas, de estar apoyando.

Anahit: Constantemente alertas para comunicarnos, para llegar a la compañera, lo precisara o no, porque vos no sabías cómo estaba, pero por las dudas.

Paloma: Capaz que la otra decía "basta".

Anahit: El tema comunicaciones era una constante en nosotras.

Marmo: Estábamos en alerta permanente.

Anahit: Para saber qué pasaba afuera, nuestro sector para avisar a las de enfrente, las de enfrente avisaban abajo. De alguna manera buscábamos la forma de comunicarnos entre todas.

Paloma: ¿Se acuerdan que en una época íbamos a una dentista que prendía una radio FM, y moríamos por escuchar la pequeña noticia que daban cada hora? Llegábamos y contábamos. O cuando íbamos a la cocina y para tapar una mancha ponían un pedacito de diario, nos enloquecíamos por leer algún párrafo por pequeño que fuera.

Charo: Me acuerdo que una vez leímos lo de Nicaragua en un diario que estaba en el fondo de un tacho de basura que lo saqué así, asqueroso, sucio, y lo leímos. Pero ya era viejo.

(Testimonios recogidos en abril de 1999)

lo colectivo y lo individual

las musas y el plagio

Anahit: Las manualidades también eran una forma de comunicación con el exterior: esto lo hicimos Fulana y Mengana, o para los gurises se lo hacíamos las tías; todas éramos tías para ellos. O si estaba por nacer un bebé, todo el mundo se ponía a hacer algo. Yo, por ejemplo, iba a tener una sobrina y se hizo una colcha-acolchado, que era de cuadrados grandes tejidos, cada uno con un bordado grande de lana y todo cardadito, "pipí cucú", precioso. De colores. Una batita la hizo Fulana y otra Mengana. Vos podías hacerlo sola también pero lo más lindo era que todas las que estaban contigo querían colaborar en ese trabajo.

Charo: Acordate de los regalos de cumpleaños de los chiquitos.

Anahit: También eso era tomado colectivamente.

Samber: Como las lecturas en grupo, así como también nos gustaba juntarnos para leer alguna carta.

Anahit: Por otro lado, también a veces una sentía la necesidad de estar sola un rato. Que todo sea colectivo es bárbaro, pero también necesitás tu propio espacio.

Charo: Yo no sentía esa necesidad.

Anahit: De noche, después de la hora de silencio, buscaba algún rayito de luz para hacerle la carta a Ruben. ¿Cuándo podía concentrarme para escribirle algo a mi compañero con el cual había compartido pocos años de vida, y ya hacía más tiempo que estábamos separados?

Marmo: El silencio, sí, era algo que también necesitábamos.

Raquel: En barraca tenías más oportunidad de estar sola.

Paloma: Te ibas afuera y te sentabas. Sí, en barraca tenías otra libertad.

Marmo: Pusimos una hora de silencio para poder escribir o leer tranquilas.

Anahit: Cuando escribías tenías que inventar temas porque de lo que había alrededor no podías hablar. De las compañeras no podías hablar, de lo que estabas haciendo no podías hablar, de política por supuesto que jamás, de problemas de tal tipo tampoco, ¿de qué hablabas? Un día me puse a hablar de que tenía una sola neurona y que la pobre estaba aburrida y yo qué sé. Con poca imaginación literaria para mí era un drama escribir. Ruben tiene una imaginación divina y escribía precioso.

Marmo: Después de tantos años, seguir escribiendo ¿sobre qué base?

Anahit: Yo precisaba un momento de silencio, una concentración especial. No podía dejar de escribir e intentar mandar una carta aunque no llegara.

Marmo: Me acuerdo que nos pasaba a todas: había que entregar carta y ese día y el día anterior todo el mundo se "encuchetaba", y tenías esa tranquilidad. Aunque estábamos todas y nos veíamos, cada una estaba en su cucheta, dedicada a eso, y bueno sí, alguna iba y le leía: "mirá, le escribí esto", pero no era algo que distorsionara.

Charo: O agarrábamos el cuaderno de las frases.

Marmo: ¿Te acordás?

Paloma: ¡Ay! Juan Salvador Gaviota.

Charo: La Puri tenía un cuaderno de "frases para toda ocasión". Me acuerdo de una carta en que no tenía tema e hilvanó frase por frase. Nada de ella. Juan Salvador Gaviota, Serrat, Nassim Hikmet.

Raquel: Y, ¿cómo le quedó?

Charo: Perfecta. Una maravilla de la literatura.

Raquel: No decía nada personal.

Paloma: Es que en todas nuestras cartas hacíamos filosofía porque no podíamos hablar de nada concreto.

Charo: Utilizábamos las frases para toda ocasión, porque cada una se acordaba de un pedazo y entonces escribía, para cumpleaños, para el amor...

Paloma: Donde a alguien le saliera un poema lindo después lo usábamos todas. ¿No te acordás que la palabra "plagio" era permanentemente usada? Plagiábamos todo.

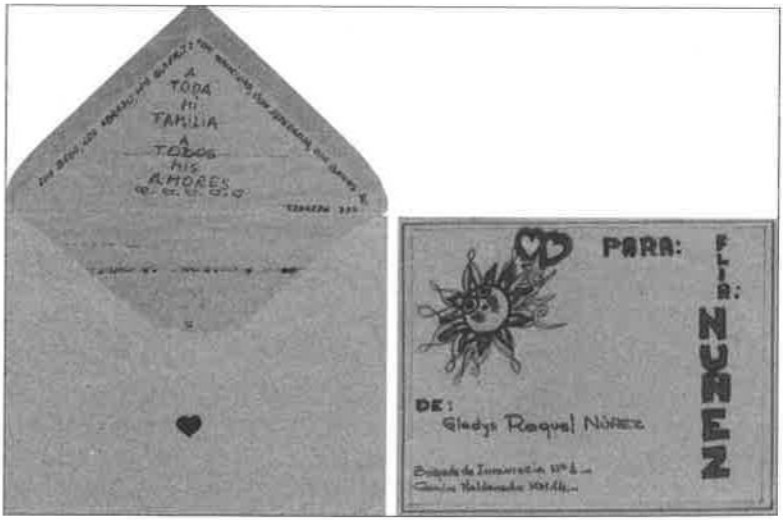
Raquel: Es que a nadie se le hubiera ocurrido reclamar derechos de propiedad intelectual.

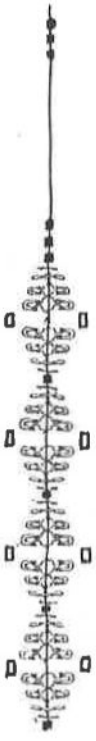
(Testimonios recogidos en abril de 1999)

Cada carta que salía del Fusna "lucía" estos tres sellos.

Estas tres tiritas son el resultado de la censura a que fuera sometida una carta desde el Cuartel de Transmisiones N°1.

Aprovechábamos cualquier espacio y oportunidad para mandar, cuando se podía (como fue el caso de "el 14"), cariñitos, mensajes de esperanza y fuerza.





relato de graciela nario (paloma)

para la libertad...

Graciela Nario es mi nombre, pero para mis compañeras del Penal soy Paloma. Suena lindo y delicado este apodo, pero el origen es un poco más vulgar. Cuando nos apresaron estuvimos cerca de dos meses en un cuartel en donde nos amontonaban en el piso, día y noche el primer mes, y luego pasábamos a estar algo más ordenados en cuchetas, siempre con los ojos vendados. En momentos en que el guardia permanecía muchas horas con nosotras, y para hacernos callar o que nos bajáramos la venda tenía que nombrarnos, a mí me calzó el nombrete de "Paloma". La historia de ese apodo es que yo tenía unas medias rojas y siempre estaba con los pies colgando de la cucheta superior. Como este guardia era del departamento de Rivera y parece que allí abundan las palomas de patas coloradas, y yo en ese momento era delgada y menuda, creyó que este sobrenombre me caía perfecto. Me parece que fue el único nombre que me dejaron, más que por el sentido que le dio el guardia, por el que le quisieron dar mis compañeras, porque Paloma tenía que ver con mi aspecto, y fue tomando más sentido que mi verdadero nombre.

A mí también me gustaba el apodo por la idea de volar, era como dar pinceladas de aire libre al clima de opresión que se vivía. Quizás también tenga algo de lo que siempre estaba presente: oponerse, rebelarse ante lo que se estaba viviendo.

Hoy tengo 50 años, estoy casada con Oscar, que ya era mi compañero cuando nos llevaron presos. Tenemos dos hijos: Ignacio y Cecilia, que nacieron luego de recuperar la libertad; tienen 21 y 19 años respectivamente. Estoy trabajando en un Banco, empleo que tenía cuando caí presa y que recuperé diez años después, con el advenimiento de la democracia. Oscar es jubilado bancario y tiene una actividad comercial familiar. Ahora que nuestros hijos por su edad nos dejan un poco de tiempo libre, estoy dedicando algunas horas a pintar, que es una de mis pasiones. También lo social pasa por nuestras vidas y se queda. Oscar tiene actividades barriales, yo gremiales. Mucho más que una actividad son las reuniones de este cónclave femenino que hace tres años nos reúne cada quince días y nos llevó a contar estas historias de vida de cada una. Reuniones donde se vuelcan desde las actuales vivencias de familia, trabajo, proyectos hasta nuestro objetivo común: dejar la memoria escrita de los años en dictadura, en cárcel que vivimos juntas.

Al caer presa tenía 23 años, hacía cuatro que era bancaria y no hacía aún un año que estaba casada con Oscar. Cuando conocí a mi compañero ya militaba en filas de la izquierda. Hace poco me pregunté por qué me atrajo la idea de militar en la izquierda, porque quizá esto sea lo que marcó las posteriores vivencias, tanto en lo familiar como en lo social. ¿Por qué yo elegí ese camino y otras amigas en ese mismo momento y lugar no lo sintieron como yo? No sé si será un buen análisis, pero sí recuerdo lo que más me impactaba cuando comencé a ver la realidad social y política con ojos más maduros, allá por el 68, con mis nuevitos 16 años. Estaba cursando bachillerato y allí se hablaba de los problemas de los gremios, de los grandes conflictos del momento en varios sectores de los trabajadores, que se reflejaban en mi propia familia. Se hablaba de la actuación del Movimiento de Liberación Nacional –Tupamaros–, que con sus acciones daba a conocer las estafas económicas, las vinculaciones del gobierno y los sometimientos al FMI, los negociados. No nos pasó inadvertido el movimiento estudiantil francés del 68 ni el Che Guevara como representante de aquel Hombre Nuevo, ni Cuba como ejemplo de cambio revolucionario. A esa edad vibraba con todos los acontecimientos del mundo, el cambio era sentido como vital, y concretarlo me hacía estar junto a los que pensaban como yo: aprender, conocer, estudiar cada día más para ir entendiendo esa realidad que nos llamaba la atención permanentemente con hechos nuevos y significativos. Estaba con aquellos que estaban por el cambio; y creer en ellos me retroalimentaba.

A esa edad no hay grises ni lugar para la discusión; hoy sí. En lo interno, siento muy profundamente y suelo exteriorizarlo. Quizás esto haya facilitado la unión con grupos afines.

En esos momentos creía que no todo era estudiar y trabajar. Consideraba que eran necesidades personales para crecer o para el sustento económico que debía cumplir, pero lo que me atraía era estar conectada con la realidad social y política mediante organizaciones.

Los primeros intentos fueron en el liceo, luego en el Frente Amplio por medio de su comité barrial, y por último en el sindicato bancario y en lo político en el viejo 26 de Marzo.

De alguna manera esta posición frente a la vida me enriquecía y me complicaba, como pasa siempre cuando decimos lo que pensamos sabiendo que es algo por lo que tenemos que luchar. La diferencia en esta etapa de la dictadura es que no podíamos decir lo que pensábamos; es más, hubo que adaptarse a "clandestinizar las ideas". Esto fue muy duro, porque exige estar siempre alerta, desdoblarse y tener siempre presente que existe un enemigo entre nosotros.

Las marchitas de los milicos, los comunicados sobre requeridos o presos, los decretos, todos golpes cotidianos que nadie sabía en qué iban a terminar. A veces pensaba al acostarme qué pasaría al día siguiente porque entre nuestros amigos ya teníamos exiliados, apresados, requeridos.

En el 74 nos avisan que un querido compañero, exiliado en Buenos Aires, muere súbitamente por un accidente vascular. Fue una planificación cuidadosa la visita para acercarnos a solidarizarnos con el dolor de su familia. Había que pensar que su casa podía estar vigilada, por lo que nos preparamos para responder preguntas. Allá marchamos, a comprobar que Juan se había muerto, a saber de su compañera, a abrazar a sus padres. Era necesario disimular, no demostrar. Lo bueno de esta actitud fue que logramos crear lazos fuertes, ineludibles para apoyarnos, y aunque en ese momento requerían mucha energía hoy me doy cuenta de que es una experiencia que enseña para muchas situaciones de la vida.

Por el mes de enero del año 75, nos enteramos de que el Ejército fue a buscar a sus casas a varios compañeros de nuestro grupo político, con poco funcionamiento orgánico debido a la dictadura que padecíamos desde el 73. Nuestro magro análisis político falló al pensar que no se trataba de un golpe fuerte a los grupos de masas como el nuestro. Hasta el momento, la mayor parte de la represión había recaído –aunque no exclusivamente– sobre los grupos que habían utilizado armas en algunas de sus acciones. Oscar y yo pasamos dos o tres días observando lo que pasaba, sin ir a nuestra casa por precaución, pero nos encontraron en nuestros lugares de trabajo. Yo pensé que Oscar, alertado de mi caída, podía haberse ido. Esa esperanza la mantuve por varios días, incluso en el cuartel, en aquellas épocas de interrogatorio en que tratábamos de toser o emitir algún sonido para irnos reconociendo. Una compañera me dijo que creyó reconocer la voz de Oscar y no puedo describir todo lo que pasó por dentro de mi corazón, estómago, ovarios, etcétera. Por un lado, "qué mal que esté acá adentro, en medio de los interrogatorios, la tortura, el destrato, la degradación", por el otro lado, "estar cerca en ese momento, es difícil aceptarlo porque es egoísta, pero es un hilo a la vida en medio de la oscuridad". También entiendo que por esa razón tuvo la valentía de afrontar estos desmanes, habiendo tenido tiempo para salvarse.

Los horrores que estos militares nos hacían padecer por turnos, estaban instalados por días y días en sus diversas formas. A veces me preguntaba si estábamos ante seres humanos

o ante una nueva especie que decidió aniquilarnos. Este sí era el momento de que las convicciones generadas en años anteriores nos dieran la energía necesaria para que los mecanismos de supervivencia funcionaran. Lo personal era muy importante, pero lo colectivo muy singular. Después de meses de interrogatorio en condiciones límite, pasamos a vivir presas en comunidad, bajo presiones psicológicas y ambientales, con características particulares de grupo.

Confieso que no es fácil tener que ordenar pensamientos que muchas veces afloran solos y que otras tantas convoco para recrear sentimientos. En ocasiones, porque quiero recordarlos, que no se me escapen, y volver a ubicarlos en algún espacio de este entretejido de experiencias con nombre. El nombre para mí tiene color. Había días blancos, otros negros, por lo tanto había también algunos grises, pero algunos se teñían de rojo, otros de amarillo. En esas combinaciones hacíamos vida, en espacios que iban desde una cucheta a la otra y al espacio entre ellas. Si comparamos la cantidad de metros cuadrados de los que disponíamos en proporción a la creatividad de mecanismos de supervivencia, las reglas de matemática se caen a pedazos.

La supervivencia era en ocasiones buscar la forma de vivir cargando con la separación de la familia y los amigos, el encierro, el hacinamiento, la tortura, la incertidumbre, la falta de contacto con el mundo, el "no saber", el estar al lado de compañeras que se enfermaban: se escapaban de la realidad y enloquecían. Esto siempre estaba presente pero lo guardábamos en un rincón para que no nos invadiera y entonces, como volviendo a empezar, buscaba yo en otra compañera lo que a mí me faltaba; así se armaba una convivencia de afectos, apoyos, planes –de cortísimo plazo–, esperanzas, discusiones, preguntas, malestares, festejos. Desparejo sí, pero continuamente apuntando a abrir ventanas entre nosotras y a cerrarlas cuando algo amenazaba nuestra intimidad. La construcción de nuestra propia realidad estaba plagada de sobresaltos, con la permanente vigilancia de las policías militares que tenían el único fin de custodiar todos nuestros detalles, hasta nuestra mirada.

En el cuartel del kilómetro 14, en una de las entregas de cartas de la familia no reconocí la letra de mamá o papá como era lo habitual. Era la letra de una prima, que si bien siempre estaba cerca de los viejos acompañándolos, no acostumbraba a escribirme. Esto me empezó a inquietar, más aún cuando me decía que papá estaba algo indispuesto. En el cuartel, una semana teníamos visita y a la otra semana sólo paquete y carta. Esa semana en que no había visita, a la hora en que los familiares entregaban el paquete, tratábamos de mirar a escondidas por la ventana para verlos pasar por la puerta del cuartel. Había sólo dos banderolas alargadas que estaban arriba de las cuchetas, y sabiendo esto la familia pasaba lentamente para darnos tiempo. Ese domingo no pasaron los viejos.

Al siguiente domingo mamá me contó que papá estaba internado en CTI como consecuencia de un paro cardíaco, y ella esperaba su respuesta día a día. Esto se desencadenó después de la primera visita de mi padre a Oscar, mi compañero, en el Penal de Libertad. La impresión de ver a los "peladitos" fue muy grande, quizá la culminación de mucho tiempo de tensión e incertidumbres.

Muchos de nuestros viejos tuvieron que vivir el enfrentamiento de sus hijos a la opresión de la dictadura. Crecimos juntos en esa lucha. En el caso de mis padres la prisión que sufrimos aceleró ese proceso de toma de conciencia. En la visita, mamá y yo nos dábamos ánimo una a la otra, pero en el fondo el susto era grande. Había que esperar y tener fe en que papá estaba poniendo todo de sí para recuperarse.

Cuando volví al barracón, la venda con la cual nos llevaban y nos traían del local de visitas, la entregué húmeda a la compañera que le tocaba encontrarse con sus padres. Soporté lo que pude durante la visita pero descargué el dolor junto a mis compañeras, quienes fueron mi apoyo para sobrellevar esos momentos de inseguridad, aun más de los que ya existían. Pasaron nueve meses antes de poder ver de nuevo a papá; como él decía "lo mismo que tuve que esperar para tu nacimiento".

Cuando papá se recuperó debía salir a caminar todos los días e iba cambiando sus trayectos para visitar a familiares que iba conociendo en este periplo o a compañeros que iban saliendo en libertad. Aun cuando Oscar y yo ya habíamos salido en libertad, él continuaba su rutina, trayendo y llevando novedades de las familias y compañeros. Esto me hizo confirmar que crecimos de golpe y por el golpe, pero tanto unos como otros entretejíamos importantes lazos afectivos.

La comunicación es uno de los ingredientes más importantes en la convivencia, por lo cual teníamos que luchar para vencer los impedimentos militares, minuciosamente planificados.

Hablar con los ojos fue uno de los lenguajes utilizados en aquellos momentos fugaces cuando dos compañeras de distintos sectores nos cruzábamos. Las más de las veces esas miradas intercambiaban mensajes de fuerza, vida, "estamos en la misma", en definitiva: afecto.

No hablar aunque lo pudiéramos hacer era otra forma de manejar nuestro lenguaje. Estábamos en un barracón de cuartel en donde hacía meses que vivíamos cuarenta compañeras, dos de las cuales fueron detenidas embarazadas, nacieron los bebés –Luis Eduardo y Nicolás– y se quedaron junto a sus madres –y junto a todas nosotras– durante cuatro meses. Además de hablar en voz baja para aplacar el efecto de cuarenta voces, había horas en que acordábamos hacer silencio. En cualquier situación a la que estuviéramos sometidas, la comunicación, en las formas más creativas y sutiles aparecía como sostén, apoyo, sentido a nuestras vidas.

Tararear una canción de Paco Ibáñez, de Serrat o de la Guerra Civil Española mientras hacíamos una tarea y sabíamos que otra compañera sola, sancionada o en situación más débil nos podía oír, era una forma de trasmitir fuerza y de recibirla. Era sentir que podíamos dar contenido a una dura realidad.

Con cuentos, con ideas, con preparaciones, todo se hacía disfrutable. En el intercambio encontrábamos que la vida no se había detenido en el momento en que nos bajaron las rejas. Recuerdo cómo disfrutaba de los cuentos de los viajes de Marta, que había tenido oportunidad de recorrer buena parte del mundo; con ella nos íbamos hasta países exóticos y revivía-

mos sus costumbres. La obra que preparamos entre cuatro compañeras representando un juicio por la violación de los Derechos Humanos en dictadura, hablar de literatura con una poetisa, leer libros en rueda, hacer grupos de estudio, era mucho más que una forma de comunicarnos; era compartir la vida interior de cada una para enriquecernos, entregar y recibir no sólo para sumar conocimientos, sino también para crear y afianzar lazos.

El vínculo con el mundo exterior eran los paquetes que recibíamos de la familia cada quince días, en donde venía algo de la ropa que necesitábamos, fruta, materiales para manualidades... Con la ropa –ropa interior, camisas o buzos, guantes, bufandas, gorros– también entraban recuerdos que pasaban a formar parte de nuestro mundo. Esta camisa es de tal persona, estos guantes me los tejió tal otra... En el Penal nos daban uniformes grises que parecía difícil confeccionarlos de peor gusto, salvo de haber sido a propósito. Entre mis "pertenencias" –jerga militar de lo poco que nos permitían entrar del mundo exterior– yo guardaba una camisa con flores que había sido de Oscar y que me la ponía para las visitas debajo del uniforme.

En la época en que estuve en el barracón del cuartel de infantería antes mencionado, luego del interrogatorio y antes de ir al Penal, le dieron la libertad a Ali, quien venía del Penal de cumplir su pena y estaba allí retenida. En ese momento sólo se me ocurrió darle un manotazo a mi camisa-recuerdo y que saliera en libertad junto a ella. Estaba empezando a recorrer el hábito del desprendimiento. Era una forma de sellar las buenas charlas que había disfrutado con Ali y de darle un abrazo que se prolongara. Esa camisa presenció otro recuerdo, porque Ali fue a visitar a mi madre al sanatorio donde estaba mi padre y se apareció con ella puesta. Ni hablar de la emoción de mi madre cuando sin conocer a la persona que allí estaba, reconoció la camisa que la acercaba al mundo que yo estaba viviendo.

Hablar con golpecitos también fue otro capítulo que recuerdo con gran intensidad. En la barraca del cuartel de infantería una tarde sentimos cantar a coro; eran voces de hombres que entonaban "Jazmín del país". Significaba que eran compañeros que estaban tan cerca y sin embargo tan separados de nosotras. Había una pared de por medio. No terminó la canción cuando ya estábamos contestando con otra canción. No pasó mucho tiempo para que los golpecitos a la pared empezaran a escucharse; de ahí se pasó a una especie de alfabeto morse, inventado en el momento. La conversación a través de la pared empezaba muy suave, pero a medida que se hacía interesante, la ansiedad hacía que por momentos usáramos un vaso contra la pared para escuchar mejor lo que del otro lado se hablaba. Hasta llegó un momento en que los compañeros nos dijeron que querían hacer un "buraco". Primero nos reímos, después nos convencimos de que ellos lo planeaban seriamente. Si llevaban a la práctica el agujero íbamos a tener serios líos, así que desistieron. Sacábamos turno para hablar "interpared". Después de meses de no ver ni saber nada de los compañeros era muy emotivo entrecruzar frases, aunque fuera en esas condiciones. Cuando me comunicaba con Oscar, que estaba entre ellos, parecía que saltaba todos los muros, y nos trasmitíamos fuerza, esperanzas, promesas

de vida juntos. Por un ratito robábamos esos intensos momentos burlando todas las vigilancias. Todo ese paisaje de rebeldías, de transgredir imposiciones, de conservar nuestras concepciones a pesar de todas las situaciones a las que nos estaban sometiendo, tenía un fondo de convicciones que nos sostenía. Los "compas", como les decíamos nosotras, del otro lado de la pared, hacinados en una pieza sin baño, usando un balde para hacer colectivamente sus necesidades, igual cantaban, igual nos comunicábamos, igual nos tomábamos todas las libertades que los represores no podían ni pudieron quitarnos.

Ahora que pasaron muchos años creo visualizar algunos elementos más de los que veía antes, nos ayudaron a sobrevivir, a conocer y medir la capacidad de generar mecanismos para vincularnos, no sólo para defendernos de la situación sino para aprender de ella como aporte personal. No existió la clásica competencia que se ve hoy en los lugares de trabajo, en los centros de estudio, en el deporte, que tanto estrés y conflictos causa.

En la vida actual el individualismo es exacerbado, importa mucho lo que se muestra. En nuestra convivencia el motor más fuerte fue la solidaridad y nuestros objetivos no eran personales, era imperioso que todas estuviéramos bien; si aparecía alguna flaqueza había que trabajar para superarla, pero todas juntas. Claro está que el "todas" era la gran mayoría, porque siempre hubo autoexclusiones, así como también alguna exclusión por haber perdido el rumbo de las convicciones.

Las compañeras que tenían penas de 20 o 30 años, más 10 o 15 años de seguridad, tenían más tiempo presas que el grupo nuestro; su perspectiva era distinta. Más allá de que la prisión de todas acompañaba los períodos políticos de la dictadura, era real que nosotras podíamos recuperar la libertad aun en dictadura, no así el caso de aquellas que tenían penas largas, y largas en todos los sentidos. Porque si bien el análisis era que la dictadura no tenía para tantos años como algunos soñaban, tampoco se podía calcular cuántos podrían ser. La vida de todas las compañeras era igual, no importaba cuánto faltaba para salir en libertad, pero no era igual la proyección que se construye hacia el futuro. Para compañeras cuya libertad estaba lejos, era imprescindible mantenerse enteras, desarrollar todos los sentidos de comunicación, de alerta, los lazos que gratificaran. Yo, que no estaba en el lugar de ellas, me complicaba tratando de ubicarme en su lugar. Eran mujeres con rostros marcados por el paso de años vividos en malas condiciones, pero con la admirable habilidad de transformarlos en el interior de cada una por la firmeza de convicciones y su generosidad. Al grito de "gurisas", de alguna manera, todas respondíamos.

El hecho de ser muchas tenía sus ventajas. El cumpleaños de cada una era de todas, las fechas que para cada una tenían un significado pasaban a tenerlo para todas. Las tristezas o los dolores también se compartían para que, naturalmente, se soportaran en un clima de apoyo. Así que también la libertad de las compañeras que iban saliendo nos dejaban una marca positiva.

No puedo olvidar aquel día que recibí una carta de mi familia y cuando la abro, la emoción fue ver que esa letra era de Raquel, compañera que estaba en libertad hacía muy

poco tiempo. A medida que iba leyendo, identificaba sus expresiones, sus encuentros y reencuentros, sus nostalgias, sus asombros. En estos casos, la comunicación jugaba un papel importante en nuestras vidas porque nos mostraba caminos de alegría.

Llegó el último día en que la policía militar gritó en las rejas: "Dos sesenta y cinco, a la enfermería". Después, ya no volví con mis compañeras de celda. A Ana le quedó el corte de pelo sin terminar, que era lo que estaba haciendo cuando me llamaron, pero a mí me quedó un pedazo de corazón allí, con ellas, en ese cúmulo de vivencias.

Al mundo de la prepotencia, del trato deshumanizado, de las prohibiciones, de la perversidad y los vejámenes, pensado por los torturadores para doblegarnos, o al menos neutralizarnos, se oponía ese mundo que nosotras construimos, acorde a nuestras ideas, para protegernos, salvarnos y mantener nuestras ideas. Qué intensidad tiene esta gran contradicción: "escapo del mundo del horror, pero dejo y me llevo un montón de afectos".

Por una orden militar me encerraron, por una orden militar en no más de dos horas recuperé la libertad. Luego de cinco años y medio pasé, en minutos, a sentir con todas las letras, sin tener que inventar nada para que la vida se parezca a la vida.

Más allá de las huellas que nos deja una experiencia como esta, es muy bueno hasta hoy recordar y revivir las sensaciones de esos momentos, de que todo lo que me está pasando yo lo estoy eligiendo y decidiendo, desde el abrazo con mis seres queridos, lo más deseado, hasta poder abrir una puerta y salir a la calle o abrir una ventana.

Todo lo que en una vida libre pasa inadvertido, entonces, se convertía en un festejo. Aquello que puede parecer banal e intrascendente fue por mucho tiempo un canto a la vida y aún lo sigue siendo para nosotras, en la medida de todo lo que significó recuperarlo. Aprendí que el camino hacia la libertad no termina en la salida de una cárcel, sino que continúa el recorrido en su defensa, en cada acto, en el entorno donde vivimos.

"...sangro, lucho y pervivo
para la libertad"

Miguel Hernández

cosas que perdimos

Paloma: A mí me parece que el tipo de comunicación que tuvimos entre nosotras sólo se daba en la cárcel. Afuera lo perdés; yo no lo encontré más. O lo encontrás pero muy pocas veces. Se daba que, por ejemplo, tenías algo que te gustaba, que te encantaba más que nada por la historia que tenía, por el hecho de que tenerlo ahí te acercaba a la realidad de afuera. Entonces, cuando una compañera se iba o la sacaban, le regalabas eso. Era como regalar algo tuyo, de gran valor.

Raquel: Expresaba el cariño.

Marmo: Lo mismo con las cosas que te hacían. Yo hasta el día de hoy tengo el buzo que me tejieron antes de irme del Penal, el negro y rojo. Vos hiciste una manga, ¿no?

Charo: Sí.

Marmo: Lo hicieron a máquina. Un buzo todo negro con unas guardas rojas. Todavía lo tengo, ¡y no está apolillado! Cuando me fui de "el 14" para el Penal, la Blanche me tejió unos guantes azules con lana de un buzo del compañero que mataron. Tejía para las compañeras con esa lana, y los tengo también.

Paloma: Tampoco se apolillaron.

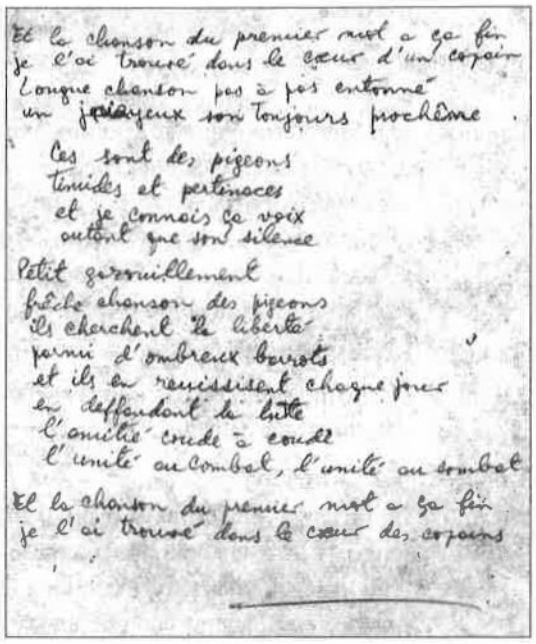
Charo: Yo tengo unas zapatillas que me hicieron para salir en libertad. Unos mocasines indios; la parte de arriba era en telar y la suela eran trenzas hechas a mano con arpillera.

Raquel: A mí también, con la misma técnica, me hicieron unas sandalias para la salida, con tiritas de cuero que se ataban hacia arriba en la pierna. ¡Eran divinas!

Charo: Otra cosa que me parece importante es cómo los regalos que te hacían el día de tu cumpleaños eran absolutamente personalizados y pensando en tus gustos. Una vez me regalaron un tesoro arqueológico, una cosa que fue imponente. Eso sí, me lo llevaron en una requisa. Era una cajita con vasijas hechas de barro. Como si me hubiera encontrado un tesoro inca. Pero con detallecitos: con un cordoncito y un papelito que decía "pieza hallada en el siglo...", acorde con mi manía histórica.

Paloma: Y la Piqui, que hasta hoy se acuerda –en el último encuentro estuvimos charlando de eso– me dijo: "todavía conservo una carpeta que hicieron para mi cumpleaños, en donde cada una dibujó o escribió –de la forma que quiso–, la canción que más le gustaba". "Me acuerdo que tu preferida era 'Todos los ríos, todos los pájaros'". Yo me había olvidado que en aquella época esa era una de las canciones que más me llegaban. Hoy se acuerda de cada compañera por la canción que le escribió.

Anahit: Hablando de canciones, para uno de mis cumpleaños Lucía compuso una canción para regalarme. Era en francés ya que ella se estaba preparando para su deportación a Francia y empezaba así: *Et la chanson du premier mot a ça fin, je l'ai trouvé dans le coeur d´un copain. Longue chanson pas á pas entonné, un jouayeux son toujours prochaine...*


Et la chanson du premier mot a ça fin
je l'ai trouvé dans le cœur d'un copain
Longue chanson pas à pas entonné
un joyeux son toujours prochaine

Ces sont des pigeons
timides et pertinaces
et je connais ça voix
autant que son silence

Petit gazouillement
frêle chanson des pigeons
ils cherchent la liberté
parmi d'ombreux bosquets
et ils en renaissent chaque jour
en défendant la lutte
l'amitié coude à coude
l'amitié au combat, l'amitié au combat

Et la chanson du premier mot a ça fin
je l'ai trouvé dans le cœur des copains

Marmo: A mí me duele pilas haber perdido ese tipo de cosas.

Paloma: Eso es lo que te digo que hace la diferencia con la vida de afuera.

(Testimonios recogidos en mayo de 1998)

tres fotos

Anahit: Al principio teníamos fotos, después nos sacaron todas las fotos y años después nos permitieron entrar de a tres fotos con nombre, apellido y prácticamente todos los datos filiatorios de la persona que venía en la foto. Para tener otras tres tenías que entregar esas tres. Igual que las cartas. Tenías derecho a tener una carta si entregabas la anterior.

Charo: Hubo épocas en que nos quedábamos con las cartas.

Anahit: Eso puede haber sido en un período, después no. En una época teníamos un "toquito" de cartas. Después tuvimos que entregar todo, se lo llevó la familia. A partir de ese momento recibías una carta y tenías que entregar la otra. Entonces, desesperadamente, cuando iban a entregar cartas que nunca sabíamos cuándo lo hacían, nos poníamos a releer la anterior para acordarnos de lo último y entregarla y poder recibir la nueva.

Raquel: Muchas veces volaban también en las requisas.

Anahit: Por eso no hacíamos ni guardábamos copias.

Marmo: Las fotos también.

Charo: Ay, pero me acuerdo una vez que me llegó a la barraca un rollo entero de mi hermana en España, que venía con el pelo *frisée* y con una capelina. Entonces mirábamos asombradas la moda, porque era una extravagancia total. También me acuerdo que lo que llegaban eran muchas fotos de niños, porque claro, eran insospechados, no iban a quedar fichados todos mis sobrinos.

Anahit: Los adultos quedaban fichados todos, cada nombre y apellido que ponías era un fichaje, por eso no pedías fotos de amigos, no podías permitir que quedara gente marcada. Pero las fotos eran también otra forma de compartir. Cuando contábamos la visita y luego las compañeras veían la cara de ese familiar en la foto, era una forma de acercarlo.

Marmo: Con el correr de los años, cuentos van y fotos vienen, nos resultaban viejos conocidos.

(Testimonios recogidos en abril de 1999)

aniversarios

Charo: Para mí "el" cumpleaños fue el de Luchi, que cumplía cincuenta –para nosotras veinteañeras, casi una vieja–.

Carmen: Luchi adoraba cantar tangos, de jovencita quiso hacerlo pero su padre no la dejó porque no era una actividad bien vista en esa época. Por eso decidimos hacerle su festejo sorpresa armando un espectáculo de tango.

Samber: Ay, qué divino cantaba "No habrá ninguna igual..." o "Naranjo en flor", porque le ponía el alma.

Paloma: Para no despertar sospechas, porque nos miraban por el espejo, decidimos sentarnos todas en la larga mesa y hacer como que tomábamos el té.

Samber: Habíamos hecho "masitas" y...

Charo: Volviendo al espectáculo, comenzó el canto y todo bien, tranquilo, disimulado; pero el entusiasmo creció y el coro se hizo grito, "yira, yira...".

Samber: ¡Qué imponente! Me acuerdo que la milica entró de golpe. Por supuesto, preguntó "¿quiénes cantaban?". Nadie, silencio.

Charo: Sí, el silencio se hizo insoportable y Luchi, sintiéndose responsable porque era por su cumple, dijo "yo soldado, yo cantaba". Ahí la cosa cambió, no podíamos permitir que la sancionaran sólo a Luchi. Nos miramos, fue cosa de segundos –pensá que éramos más de treinta–, yo no sé si alguien dijo "Fuenteovejuna", o lo pensamos. Lo cierto es que todas empezamos "yo soldado, yo soldado". Un griterío.

Carmen: La milica se puso muy nerviosa.

Raquel: Ese tipo de actitudes las asustaba mucho.

Paloma: Para colmo, la completó Enriqueta que salía del baño y no entendía nada, y la milica le preguntó: "usted, también cantaba, ¿no?". Y ella, que ¡tenía cada salida! dijo "no soldado, yo canto muy mal, acompañaba silbando".

Charo: Eso fue el acabóse, porque nos empezamos a reír. La milica se fue y volvió con una sanción a rigor para todas, menos para Luchi y creo que para Gladys.

Raquel: ¿Cómo les hicieron cumplir la sanción a rigor a las treinta?

Samber: Nos obligaron a quedarnos sentadas por quince días en la cucheta, sin recreo, ni visitas, ni paquete.

Carmen: ¡Ni mate!

Charo: Lo gracioso fue que las únicas que podían circular eran las dos no sancionadas. Corrían todo el día tras los pedidos de las demás. Después de aquellos quince días quedaron molidas.

Samber: ¿Te acordás que la vieja Amelia resistió la prohibición y pasó el mate a la clandestinidad?

Anahit: Los cumpleaños de las compañeras eran un día de homenaje. Por otro lado estaban las fechas políticas, ¿no?, el 1º de Enero, Revolución Cubana; el 26 de Marzo, primer acto del Frente Amplio. Después incorporamos y asumimos las fechas nicaragüenses y nuevas canciones, como aquella de "Augusto César Sandino, fue General de hombres libres, de su Nicaragua amada, el terror de los marines...".

Marmo: ¿Festejaban esas fechas?

Paloma: Nosotras no.

Carmen: En nuestro sector se conmemoraba el 1º de Mayo.

Charo: Ah, de eso sí me acuerdo.

Anahit: Siempre conseguíamos algún trapo rojo de algún lado. Estaba prohibido el rojo pero siempre había, incluso no sé cómo, me había entrado una frazada doble, que la tengo en casa, de un lado azul oscura y del otro lado totalmente roja. En las

requisas terminaba en el piso desparramada, todo arriba de ella, pero no se la llevaban. Esa frazada era el telón de fondo de todos nuestros "actos" del 1° de Mayo.

Carmen: Hacíamos conmemoraciones.

Anahit: Alguna vez fue alguna representación teatral, pero siempre se hacía algo de recogimiento y de conmemoración de la fecha. El primer silbido de la mañana se lo dedicábamos a la "Internacional", para trasmitir a las demás compañeras, "Hola, hoy es 1° de Mayo", u "hoy es 1° de Enero" con alguna tonada cubana. Nos dormíamos cada 31 de diciembre pensando en ese año nuevo y todo lo que representaría, nuestros anhelos, pero también pensando en comenzar con los festejos de un nuevo aniversario de la Revolución Cubana.

Samber: Nosotras, aun en el mismo Penal, me parece, por lo que vos trasmitís, que no siempre priorizábamos con el mismo énfasis ese tipo de festejos. El 1° de Enero era el primer día del año.

Charo: Claro, sí. Eran mundos cerrados, es obvio que se generaban microclimas.

(Testimonios recogidos en abril de 1999)

relato de carmen pereira

para que a mis palabras no se las lleve el viento

La mujer camina lentamente; aunque nadie lo perciba sus ojos tratan de abarcar lo que la rodea. Cruza la plaza, mira hacia el banco donde sabe estarán sentadas como siempre dos esperanzas; una joven, la otra ya entrando en la vejez.

Son las dos partes indivisibles que forman su vida: su pasado, su presente.

Le tocó vivir un tiempo que nadie eligió por ella, ni ella tampoco eligió. Mil veces se ha repetido que cuando escogió ese camino para su vida, tenía la certeza de que también estaba asumiendo responsabilidades. Responsabilidades que no rehuyó aun sabiendo que quizá tendría que pagar un precio.

Hoy, cuando ya ha superado los 60 años mira hacia atrás volviendo al camino que empezó a recorrer a los 14.

inicios

Quizá todo se fue dando por la influencia que sin querer fue ejerciendo el medio que la rodeaba. Es la menor de una numerosa familia; apenas unos meses después de su nacimiento, sus padres se separan. La madre, una mujer ejemplar, los fue criando con férreos principios basados en su condición de católica militante, no sólo aferrada a su fe sino plasmando en hechos cotidianos aquello en que creía. En esa casa, en esa mesa, siempre hubo un lugar para quien lo necesitara. Compartir lo que se tenía, que nunca sobró, era algo corriente.

Así fue creciendo, conjugando siempre los verbos en plural. Desde el liceo empieza a ser ella, primero como joven de la grey católica incursiona en todo aquello vinculado con la solidaridad hacia los demás, enfrentando injusticias, tratando de aportar lo posible para hacer menos triste la vida de los necesitados. Paysandú, la ciudad donde nace, empieza a transformarse. Se va convirtiendo en una ciudad de grandes industrias. Industria equivale a trabajadores, obreros, explotación, en este sistema. Los jóvenes con inquietudes van haciendo suyos los postulados de los trabajadores. Por aquellos años los estudiantes progresistas del interior se vinculaban mayoritariamente al Partido Socialista, y con el paso del tiempo ella toma otro rumbo, sin vincularse orgánicamente a otras filas.

compromiso

Las luchas por la autonomía universitaria primero, la Revolución Cubana después, van haciendo que su compromiso sea mayor. Participa con conciencia clara de lo que quiere y por qué lo quiere, va dejando de lado su yo, el tú, transformándolo en nosotros.

Al comenzar la década de los sesenta, por vinculaciones pasadas conoce la represión y es detenida por primera vez. Más tarde comprueba que no es allí donde debe estar y se incorpora al Partido Comunista. De ahí en más la militancia ocupa todo su tiempo libre. Durante la Huelga General contra la dictadura se incorpora a la resistencia, colabora con diferentes sindicatos, participa en la pueblada del 9 de julio y es detenida durante un mes, luego continúa en la clandestinidad con optimismo.

Un domingo de octubre del 75 pasea con su compañero por el Parque Rodó. Habían planificado casarse el 7 de noviembre: ¿casualidad? Aún hoy no se explica por qué ese día fue vivido como algo especial, con ansiedad, con hambre de atesorar colores; de luz, tratando de grabar el azul del cielo, el amarronado del mar, los distintos tonos verdosos de los árboles. Fue como si algo o alguien le estuviera alertando sobre lo que pasaría.

En la noche, cuando se despide de su compañero, al verlo alejarse por la calle Rivera corre hacia él, lo abraza muy fuerte y le dice "pase lo que pase, tu recuerdo me ayudará, pues eres lo más hermoso que me ha dado la vida". Durante los largos siete años que pasaron separados por la prisión, y aún hoy, ambos lo recuerdan sin poder encontrar explicación a esa actitud. Esa misma noche es detenida por la Ocoa.

punta gorda

Primero la llevan a la casa de Punta Gorda, uno de los centros especializados de tortura. Desde el momento en que la introducen en ese lugar se enfrenta a un mundo insano, de horror, que es difícil comprender, porque quienes mandan y se afirman poderosos parecen seres humanos.

Siente miedo y no hay razón para negarlo, una cosa era haber oído o leído sobre la tortura y otra muy distinta enfrentarse a ella desnuda. Desnuda también de la presencia de alguien que le pueda susurrar "no estás sola, acá estoy para apoyarte".

De los tormentos que pasó, sólo ha hablado una vez en el exterior, a un equipo médico.

Hoy, a más de 25 años, aún le duele recordarlo, no quiere contarlo a sus seres queridos para no agregarles sufrimientos, y para el resto asegura que la realidad supera a la imaginación. Lo importante es que en ella no hay ni habrá olvido.

Vuelve al tiempo en que estuvo allí, oye nuevamente las voces de los detenidos, algunas conocidas, muy queridas, otras no, pero hermanas todas; revive el dolor de los tormentos y la capacidad de no hacer lo que no se quiere. En aquel entonces se dice por primera vez "aún sigo viva, no me derrotaron", frase que repetirá cada vez que vuelvan esos recuerdos a la conciencia. Todavía hoy sigue asombrándose de la capacidad de resistencia del ser humano ante situaciones extremas.

Rememora que allí sólo se aferró a las evocaciones de su infancia, confluyeron canciones cantadas en el colegio junto con cantos litúrgicos en latín. Las tablas de multiplicar, sus juegos y diabluras, que ninguna otra cosa ocupe su mente, ni sus amigos, ni sus compañeros, ni direcciones, ni teléfonos...

Oye la voz ronca de aquel compañero que pide "mocito, bájeme de aquí, lléveme al agua". Aunque parezca imposible, ella esboza una sonrisa ante este pedido, ¿qué pasó por su cabeza? ¿Cómo es posible que ella, mujer sensible, en esos duros momentos sonriera? Indudablemente ese hombre también seguía vivo y no les decía lo que los torturadores querían escuchar.

Desde el momento mismo en que llegó y la desnudaron, comenzaron "su rutina", no tiene clara noción del tiempo. Allí los días y las noches andan sin que se sepa cuándo es uno u otra, el tiempo en ese sitio no pasa, sólo se sabe que todavía se vive.

Hoy reconoce que resistió, que a pesar de todo no la derrotaron, que todavía no ganó pero sigue con la convicción de que la utopía es posible y que el ser humano derrotará a la bestia.

prefectura naval

En algún momento que no puedo precisar, me hacen vestir. Por los movimientos intuyo que están trasladando a los que allí estamos. ¿A dónde iremos?, ¿continuará el horror? –más

de lo que nos han hecho no nos podrán hacer– pienso que tal vez seguiré viviendo o llegará para mí el alivio final.

Oigo pasos apresurados y me siento arrastrada por un brazo –mis manos siguen esposadas para atrás– me introducen en un vehículo, creo que estoy sola pues no he sentido ningún otro cuerpo junto al mío.

Luego subo escaleras, oigo el ruido de una puerta y de un empujón me introducen en una habitación, alguien quita la venda que cubría mis ojos y en segundos me doy cuenta de que estoy sola, me colocan una capucha negra que no me permite ver absolutamente nada; pasado algún tiempo, no sé cuánto en el que he "vivido" en una pequeña celda con un foco de luz permanentemente encendido, y con la sola compañía de un mugroso colchón al que sólo puedo desenrollar en la noche para acostarme. La puerta de la celda se abre ruidosamente; desde el rincón donde han transcurrido mis días levanto la cabeza como si a través de la negra capucha que la cubre pudiera ver algo.

Oigo la voz del guardia que dice: "tenés compañía", el llanto acude a mi garganta y doy rienda suelta a mis lágrimas que no había querido derramar ante nadie, quizá como un mecanismo de autodefensa, para no darles el gusto de que noten mi ¿debilidad?

Nos quedamos solas, es una mujer, la recién llegada pregunta ¿cómo te llamas? Pronuncio mi nombre y ella con una voz muy tierna me dice: "no llores más". Comenzamos algo parecido a una conversación, tratando de no decir mucho y preguntar poco, ambas nos preocupamos por medir cuidadosamente lo que contamos, así seguimos no sé por cuánto tiempo hasta que oímos la voz del guardia que nos dice: "basta de charla, no pueden hablar entre ustedes".

En el silencio que sigue me doy cuenta del porqué de mi llanto, la angustia contenida afloró al sentir que otro ser humano compartiría mi celda, pasaríamos el tiempo juntas y aunque fuera poco lo que se nos permitiera hablar y lo que cada una sentía que podía decir, era diferente.

En el largo año que compartí la celda con María soñamos con el reencuentro con nuestros seres queridos, con los hijos que nacerían, recordamos canciones y poemas como forma de mantener nuestra mente siempre clara apoyándonos la una a la otra. Cada vez que oíamos pasos en las escaleras e intuíamos que algún compañero era llevado para ser interrogado tosíamos o cantábamos para trasmitirle de esa manera nuestra fuerza para que siguiera resistiendo. Cada grito nos desgarraba el alma, apretábamos muy fuerte nuestros puños en un desesperado intento de que no se repitiera, que terminara el martirio en ese mismo momento.

Sentir el sufrimiento de otro hiere de manera profunda, tanto que hasta parece que una lo viviera nuevamente. Se siente el "olor" del miedo, la angustia de pensar qué vendrá después, la piel vuelve a ponerse sudorosa, la sangre se hiela, el corazón late de manera inusual y toda una percibe el ultraje no sólo al cuerpo sino también a su dignidad de ser humano.

Con la boca seca y los puños apretados vamos recreando paso a paso el suplicio del compañero. Cuando oímos sus lentos pasos o que es arrastrado por las escaleras, sólo nos queda abrazarnos fuerte, muy fuerte, y preguntarnos en un susurro: ¿quién será? ¿Acaso eso importa?

fusna

Al año la llevan al Fusna. Quienes pasaron por allí saben lo que ese lugar fue, el personal que allí operaba había sido especializado en Panamá. A pesar de ello, siempre recuerda aquel 9 de noviembre del 76. Estaba en un corredor junto a tres compañeras –encapuchadas como habían pasado la mayor parte del año que estuvieron en prefectura–, sentada en un colchón; de pronto escucha la voz de una fusilera que le ordena estirar las piernas. Siente que sobre las mismas le colocan algo, luego la misma voz dice: "ahora pueden levantarse un poco la capucha". Lo hace y para su sorpresa ve lo que le colocaron sobre las piernas: es una bandeja con comida ¡y cubiertos!

No puede dominar la risa, la voz grita: "039 ¿de qué se ríe?". Toma los cubiertos, empieza a comer como si nadie hubiera hablado. En su interior sigue riendo, ¿por qué? Porque desde el momento de su caída, el 27 de octubre de 1975, hasta ese día nunca había comido con cubiertos. De pronto, de un lugar que ubica a su derecha oye que alguien canta "Gracias a la vida". La mayoría de las mujeres que estuvieron presas concuerdan en que el canto jugó un papel muy importante en la prisión. Con él se recibía a los que iban llegando, se daban ánimos unas a otras, festejaban, sufrían, resistían la impiedad de sus carceleros.

Todo esto es muy cierto, sólo le basta recordar que en el Fusna las requisas eran casi diarias, y cuando se retiraba el malón, todas procedían a ordenar sus cosas. Para hacer que su rabia y dolor no afloraran habían hecho de todas la canción que por primera vez, ante estos hechos, cantara una compañera del departamento de Artigas que supo acompañar a los cañeros en sus marchas. La canción parafraseaba una tonada brasileña de moda algunos años atrás: "Canta, canta minha gente, a vida vai meiorar".

el mar tan cerca, tan lejos

En el Fusna no sólo había requisas, también oportunidades que fueron gaseadas. Con los ojos vendados y tiradas boca abajo en el piso, escuchan rodar las bombas de gases lacrimógenos. Al otro día el Contraalmirante Márquez visita el celdario, cínicamente pregunta: "¿se está bien acá, verdad?, están un poco pálidas, ¿qué comieron?". A renglón seguido agrega: "pueden abrir la ventana, si quieren". Inmediatamente sale de la fila donde se formaban cada vez que alguien de uniforme se acercaba, la compañera que está más cerca de la ventana y abre una; cuando pretende hacer lo mismo con la segunda, llega la orden: "una sola".

La mujer vuelve con su memoria a ese día, recuerda que miró el mar, allí, tan cerca, que hasta oye el ruido de las olas que rompen contra la escollera.

Un atardecer de verano en que consiguen que les abran las ventanas ven cómo se va acercando el vapor de la carrera –al cual habían denominado "la torta" por las luces que traía encendidas al acercarse al puerto–. Pasados unos minutos ven, como si fueran hormigas, descender del barco a varias personas. A medida que van avanzando sus formas se agrandan y se les distingue con nitidez. Un hombre joven que ha bajado del barco mira hacia las ventanas y comienza a caminar como si tuviera unas copas de más, todas cruzan sus manos adelante en señal de presas, él comienza a cantar La Marsellesa tambaleándose al caminar hasta que lo sacan los fusileros. En ese momento, todas saben que ese hombre les había brindado su solidaridad.

En esos tres años sólo ha visto el mar pocas veces. Tampoco el sol ha acariciado su piel. Cuando llueve y el viento sopla del sur, se trepa sobre el inodoro y lleva sus manos hacia el ventanuco de vidrios rotos, para sentir en ellas el beso de la lluvia. Por ese mismo hueco vio un 17 de julio a su compañero. Lo vio a lo lejos parado junto al auto frente al Neptuno. Desbocados caballos de emoción, dolor y alegría cabalgaron por su corazón y su mente. Sueña, pero sueña con realidades. Sabe que un día estará libre y se promete a sí misma que su primer paseo será por la escollera en un día de lluvia.

Este sueño lo hizo realidad cuando fue puesta en libertad, llovía, y ahí mismo le pide a su familia que la lleve a cumplir, por todas, la promesa que un día se hiciera a sí misma. Camina lentamente, sus lágrimas se mezclan con la llovizna, es feliz, aunque no del todo. Allá quedaron las *gurisas*, sus compañeras, y mientras no salgan todas no será plenamente feliz. En esa extraña mezcla de alegría-dolor, es imposible el reencuentro total con ella misma, su corazón recuerda a las que visten de gris y se pregunta: a esta hora ¿qué estarán haciendo? Esta semana nos tocaba cocina, y allá va, con el recuerdo, recorriendo lentamente la distancia que separa la cocina del celdario, mirando el cielo que también estará gris, pero de lluvia.

Quizá recuerda los cumpleaños que organizaban para cada compañera en Punta de Rieles:

Un lugar de esta ciudad
donde la gente es sencilla
forjada en la dura arcilla
del trabajo y del dolor.
Con callecitas que suben
con callecitas que bajan...

La lituana del Cerro cumplía años e idearon para ella un paseo por ese populoso barrio, cada una en su cucheta era una calle. Como las calles del Cerro tienen nombre de países, hubo que recordar geografía e historia.

Todos los cumpleaños eran distintos. El ingenio y la creatividad lograban darle su tónica particular, acorde con la característica de la "cumpleañera".

Por la mañana temprano bajan a colgar la ropa en la cuerda.

La cuerda, elemento de comunicación, pues en ella se colgaba algo de color rojo –aunque prohibido, siempre aparecía en cada sector– para decir presente los 1° de Mayo, los 26 de Julio, los 26 de Marzo, los 7 de Noviembre, los 1° de Enero, y todas las fechas que importan.

La cuerda, vestida de negro, para anunciar la muerte de alguna compañera.

La cuerda, llevando mensajes de un sector a otro, con frases bordadas en bordes o puños.

La mujer con los ojos fijos en las hojas de papel donde vuelca sus memorias, mira en lo más profundo de sí misma, mientras se pregunta: ¿de todo lo pasado, qué quiero recordar?

la primera visita

Fue en abril de 1976, es la noche anterior: el enfermero de guardia entra a la celda y dice mientras alarga su mano sosteniendo un vaso de agua, "10, tómese esto, mañana tiene visita", por supuesto que el "esto" quedó atrapado en la boca de la mujer, y luego escupido. Se levanta lentamente la capucha y mira hacia donde está la compañera con quien comparte la celda; ésta hace meses que recibe visita, y hasta el momento lo habían vivido como si fuera para ambas. De la misma manera habían compartido el paquete. A la mañana siguiente trata de poner su mejor cara, además de lucir la camisa que le ha prestado su compañera. Mientras sube las escaleras, guiada por el brazo del guardia –como siempre encapuchada–, se repite: "no llorar, no llorar" –y ¿cómo pregunto por él?–. Hacen que se detenga ante una puerta. Allí le quitan la capucha. Abren la puerta y entra en una pequeña salita donde hay dos mesas con dos sillas. En una de ellas está su hermana, se miran y la otra mujer rompe en llanto. Ella le dice, "no llores, no hay ningún motivo para hacerlo". Les permiten abrazarse, se sientan frente a frente. Llueven las preguntas por parte de su hermana. Ella no contesta, la mira a los ojos y pregunta: "¿y papá?", es la forma que encontró para preguntar por él, su compañero. "¿Está muy triste? ¿se cuida?"; su hermana responde, y lo que le dice le llega al alma. "Está bien, aunque triste, pero la quiere, la quiere mucho y la espera". Hablan del resto de la familia; al despedirse, su hermana le alcanza un pequeño pañuelo que ha estrujado en su mano durante la visita.

"Vi que no tenías pañuelo, te dejo el mío" Lo toma, y algo en la mirada de la hermana le hace notar que trae "algo"

mensajes

Ya en la celda, y mientras comparte con su compañera la visita, abre el pañuelo. Entre los pliegues descubre en un pequeño papelito un esperanzado mensaje de él. "Cuando veo una pareja besándose en la calle, te veo y me veo, cuando veo un negrito jugando en la calle te veo y me veo".

Siente en estas palabras el sufrimiento de su compañero, quisiera ser una mosca para poder llegar hasta él, lo ansía con tanta fuerza que le parece sentir la tibia caricia de sus manos y la fuerza que siempre le han dado sus brazos.

De ahí en más, cuando ve que tiene posibilidades de hacerlo, ella le envía poemas escritos en papel biblia. Para ello va cortando trocitos de un libro de poemas que le ha mandado su padrino. Se las ingenia para esconderlos en una cápsula de vitaminas, que ha vaciado, y la lleva en la boca, ahí no la revisan. Al saludar a su hermana con un beso, le da el pequeño mensaje.

Al ser trasladada al Fusna ya no puede hacerlo, allí las visitas son a través de una ventanita tapada con un tupido tejido. No recibe mensajes, pero a través del tejido puede ver caritas de bebés que en brazos de su hermana van para ser conocidos. El más grandecito de ellos la mira y acerca su manita al tejido ofreciéndole un caramelo. Ternura y dulzura, con la inocencia propia de los más chiquitos que entran a su vida como una ola de sentimientos, allí donde los marines volcaban su despiadada ferocidad, torturando a pocos pasos del celdario, obligando a las que ya estaban detenidas a utilizar los baños donde la sangre de los torturados se mezclaba con el agua y la suciedad.

Eso fue el Fusna; al mismo tiempo que sometían a crueles torturas físicas a quienes iban deteniendo, torturaban psíquicamente a quienes allí estábamos. Por eso, y aunque parezca incomprensible, cuando es trasladada al Penal de Punta de Rieles, la mujer siente que sale del Infierno para ir al Purgatorio.

punta de rieles

En el Penal se encuentra con compañeras de militancia, a las que la unen años de lucha en común y momentos compartidos de sueños y certezas. También están las otras, a quienes no conoce, pero las une a ella el haber corrido la misma suerte.

Allí puede ver el cielo, el campo. Siente en su piel el sol, el aire.

En un mismo país y bajo la misma dictadura, en cada lugar de reclusión los mecanismos de destrucción empleados por los represores varían. No se puede decir que unos son menos crueles que otros. Todos tienen un fin común: la destrucción del individuo.

La resistencia de las detenidas se deja ver de distinta forma: la inmensa mayoría discute cómo actuar ante los trabajos, la no voluntad de realizarlos se deja ver en la lentitud con que lo efectúan.

La mujer vuelve al pasado y se ve con otras compañeras arrastrando un enorme rodillo, para el "bacheo". Recuerda que se veía como los antiguos esclavos. Hasta ella llegan los cantos; éstos empezaban en un sector u otro y desafinado o no, lograban su objetivo: animar, sentir menos duros los trabajos y llegar hasta el calabozo.

El calabozo era un lugar aislado, al que llevaban por "faltas" que iban desde trabajar a desgano, hablar de temas considerados prohibidos por ellos en la visita, por reclamar una carta y por cuantos motivos a ellos se les antojase fabricar. También ahí la mujer puede oír los silbidos mañaneros de sus compañeras, que le decían que aunque aislada, no estaba sola.

Tiene bien claro que la prisión no fue lo mismo para todas. Hay cosas que ella quiere trasmitir porque entiende que la ayudaron a crecer; quizá le causen dolor pero entrañan parte de su experiencia de vida que quiere compartir. No niega discusiones de ideas, propias y legítimas, de un colectivo donde confluyeron distintas filosofías, extracción social y edades. La mayoría comprendió que el enemigo estaba del otro lado de las rejas. En el sector estaban sus compañeras; las que por distintos caminos, o no tan distintos, habían perdido su libertad por creer en algo, por luchar por lo que creían. No importa cuánto supieran, no importa hasta dónde comprendían lo que hicieron. En el acierto o en el error le habían puesto carne y alma a sus ideas. Conoció lo que siempre aparece en las situaciones límite: lo mejor y lo peor del ser humano.

Con limitaciones, trata de comprender el porqué de actitudes propias y ajenas. La supervivencia trae consigo el desarrollo de mecanismos internos y externos para ayudar a continuar. Ello hace que se vayan tomando distintos elementos, de aquí y de allá, ya sea para evitar que el llanto aflore, que el simple roce de una mano hermana mitigue la tristeza cuando ésta llega, o que la rabia contenida se aquiete con el susurro de una palabra compañera, o la risa brote.

Ella tiene presente que si hoy está aquí –junto a otras– trasmitiendo sus vivencias, es porque no ha sido derrotada, aunque ello no implica desconocer la realidad de otras que se quebraron. Sabe que el ser humano se va dando múltiples formas para resistir, y que en sitios como estos poder ser útil a los demás es serlo a sí mismo.

Vestidas de gris, las veo pasar,
tocándose el pelo para saludar.
Cantando canciones, que tienen sentido,
usando sus letras
para trasmitir
mensajes que el viento traslada
lugar por lugar.
Van urdiendo el tiempo,
van sembrando sueños,
todas juntas van.

Ha pasado el tiempo,
algunas no están.
Hoy quisiera verlas,
mis compas,
gurisas, gurisas,
¿por dónde andarán?

¿Dónde andarán? Las más viejas, las de su edad, piensa, las más jóvenes que fueron el aire fresco. Llegaban trayendo nuevas canciones, toda una alegoría para esos tiempos, sobre todo trayendo noticias de que la lucha continuaba afuera, y así se acortaba el tiempo de aguardar, a pesar del dolor de verlas casi niñas golpeadas, violadas pero enteras en su dignidad, con el mismo orgullo de pertenecer al "ingobernable" pueblo uruguayo.

No importa el origen ni la concepción ideológica; recuerda emocionada la manera en que se fusionaban las mayores y las jóvenes, las obreras, las intelectuales, las estudiantes, medio ambiente en el que nunca más volverá a encontrarse. Por una de ellas recibe noticias de él.

La recién llegada muy conversadora y con poco o nada de noción del lugar en el que estaba, desconocida por todas, pregunta: "¿alguien conoce a una compañera llamada Carmen?". En el sector había tres mujeres de nombre Carmen. Las otras dos tenían sus compañeros en el Penal de Libertad. Sólo quedaba ella; siente que en su corazón ha anidado una paloma: ha sabido de él. Alguien lo ha visto y hablado con él. Lo mira a su lado, rememora la risueña mirada de sus ojos, la ternura de su voz y la cálida confianza de sus manos. Ella jamás había comentado con sus compañeras de sector que tenía compañero.

Se lo había negado al enemigo, y así lo mantenía ante sus pares, no por desconfianza hacia ellas, sino como forma de reafirmarse en que la negativa era lo correcto.

La recién llegada insiste y agrega: "ella nunca sabrá cuánto la quiere ese hombre, milité con él, por eso sé que su compañera está presa".

¿Por dónde andarán? Se lo ha preguntado muchas veces. En los encuentros que se han realizado desde julio del 97 pudo volver a abrazarse con las que ya conocía. También conoció y pudo abrazar a todas aquellas que sólo había visto de lejos o conocía de "oídas".

La mujer de estos recuerdos pudo reencontrarse con su pareja, volvió a trabajar, a ocupar un puesto de lucha aportando su granito de arena en pos de la recuperación democrática.

Nunca habló con su hermana sobre las visitas, ni le preguntó sobre los vejámenes que ésta padeció sin quejarse jamás del manoseo al que eran sometidos todos los familiares. Todos los que aun pensando de forma diferente no las abandonaron. Pero la mujer sabe, ambas saben, que la solidaridad se da sin ponerle precio. Y no sólo la de los suyos sino también de muchos amigos, aun de aquellos que nunca había conocido.

valió la pena

Hoy la mujer sabe que la vida pudo haberle golpeado duro, pero tiene muy claro que lo poco o mucho que dio, tiene su valor, por eso en la medida de sus posibilidades sigue aportando.

Ya en democracia, las utopías siguen rigiendo su vida, la solidaridad sigue siendo un valor algo golpeado pero vigente.

Todo ello tuvo y tiene sentido, hoy algunas cosas las haría en forma diferente o quizá no, pero orgullosa de mantener los principios siente paz, la que seguramente no tendrán los verdugos por generaciones.

Cada una de las mujeres que se reúne periódicamente para recordar y analizar el pasado se siente parte viva de la Historia, entienden que deben contarla con la intención de proyectarse en las nuevas generaciones.

Mientras tanto, siguen ocupando diferentes frentes de lucha, la mayoría modestos, pero contribuyendo a construir el futuro.

Pienso, recuerdo.
Mis retinas preñadas de imágenes
me trasladan a sitios que hace tiempo no veo
en aquella misma plaza
el sol de otoño baña los bancos,
en ellos
se han sentado dos esperanzas.
Una muy joven
la otra vieja.
De pronto me preguntan:
¿Cuál es tu historia?
¿por cuánto tiempo no te besó el aire?
Las miro sin dolor
y les contesto:
¿qué importa el tiempo?
quizá fue ayer
importa que no vuelva a ser mañana.

los presos de "afuera"

¿Es esto parte de mis recuerdos? Creo que sí, porque así lo siento, por eso quiero decirlo: sé que cometería el mayor de los pecados, que es el olvido, si no recordara a las madres de los detenidos, presas ellas también del dolor al que supieron sobreponerse, para igual que miles seguir combatiendo calladamente de la manera que les era posible.

Recuerdo a todos aquellos que clandestinos o no –pero presos en la gran cárcel que fue el país– lucharon día a día contra la dictadura, apostando a su derrota.

A la "vieja" Amelia, a Rossina, con quienes compartí la cárcel y hoy ya no están. Nos contaban del duro camino "de las rosas y el pan", de las frías madrugadas entregando volantes en las puertas de las fábricas, organizando la resistencia al golpe cívico militar que nos privó de la libertad.

Recuerdo a Juan, un silencioso y modesto hombre, que con sus zapatos gastados recorría los centros de trabajo para llegar a los obreros –sus iguales– con noticias de la resistencia acercando el boletín clandestino, la palabra esperanzada de que era posible salir del oscuro túnel, mostrando la luz que algunos no llegaban a ver. Hablaba de los compañeros presos y de sus familias, y recogía la solidaridad efectiva aquí y allá.

Juan, el que en algunos días su único alimento era un trozo de pan con unos mates lavados, pero calientes, "estufita de los pobres en el invierno".

Son los pares del Purrete, tío de la Marmo, que todas las mañanas salían de sus hogares y no se sabía si regresaban. Purrete, el que cada víspera de 1º de Mayo armaba su bolsito por lo que podía pasar.

Cuántos Juanes y Juanas de todas las edades y clases fueron urdiendo el tejido solidario, combativo y unitario con que fueron cubriendo el paisito, los apagones, "caceroleadas", organizando a los trabajadores en el PIT.

Supe que Juan seguía en su constante labor clandestina al recobrar la libertad y reencontrarme con él, más viejo pero siempre esperanzadamente optimista.

Hoy ya no está, pero tengo la alegría de saber que Juan pudo vivir la derrota a la dictadura. Su siembra como la de tantos miles dio sus frutos.

Sé que por ellos, y gracias a ellos, recobré la libertad.

los vínculos en la boca del lobo

Carmen: Las relaciones con las demás compañeras eran fundamentales para todas porque cuando decíamos "bueno, ahora esta es mi familia, yo estoy viviendo acá", no era que la familia de afuera no contara, sino que una volcaba una cantidad de afectos, miles de cosas en las compañeras que estaban alrededor.

Marmo: Pero la relación no era igual con todas. Allí entraban, me parece, por un lado cuestiones de afinidad y por otro el vínculo político partidario o no, no sé. Por ejemplo, en el cuartel donde yo estaba éramos todas del mismo grupo político, después cuando nos juntaron con las de otros grupos, me abrí a todas. Ya no me condicionaba tanto lo partidario, contaba, pero me parece que no siempre pesaba. De todos modos me sentía más segura, quizá por lo vivido en el cuartel, con algunas compañeras que eran del mismo grupo, con las que además nos conocíamos de antes. Por ejemplo, mientras estuve en "el 14" con la compañera que dormía a mi lado conversaba mucho, como con otras, pero de noche siempre "chusmeábamos". Cuando se fue yo me quedé como... no sé.

Anahit: Amputada.

Raquel: Desamparada.

Marmo: Más que amputada.

Charo: Creo que había razones de vecindad de cuchetas.

Marmo: Y la vecindad también contaba...

Charo: Contaba, yo me daba con gente que no tenía nada que ver conmigo, pero eran vecinas y tenía una relación muy afectiva con ellas. La vecindad con la vieja Amelia y con otras significaba que de noche, al acostarnos hacíamos un resumen del día. La gente que cayó sola es otra historia.

Paloma: Eso es lo que nos pasó a casi todas; en cada lugar que estuvimos establecimos diferentes niveles de relación. Con unas hablabas mayor cantidad de cosas, con otras de repente tenías gran afinidad en las manualidades, con otras en las lecturas, con otras te gustaba caminar. Estaba la afinidad y ahí establecías tu grado de relación.

Anahit: Eso se daba más en la vida tipo barraca o como en el C.

Marmo: No sé cómo se daba en las celdas, yo no conozco.

Anahit: Cuidábamos muchos aspectos. Cuidábamos el recreo sabiendo que era un punto de observación del enemigo y que éste estaba pendiente. Tratábamos de que nadie quedara sola caminando, en ese caso se le pegaba otra. Quedaba una sola caminando y allí se le pegaba alguien. Salías con otra a caminar –no podíamos más de tres a la vez– porque tenías algo para contar, para comentarle, y era justamente el recreo el momento de verse. No te olvides que con compañeras de otras celdas no nos veíamos. ¿Cuándo nos veíamos? En el desayuno, en el almuerzo que era cortito y al pie. Cuando muchas veces nos preguntan "¿era mala la comida?". No es tanto cuestión de si era buena o mala, sino las condiciones en las que comíamos que eran estresantes porque estábamos amontonadas en un pasillo angosto, donde tampoco se podía circular, se acababa el tiempo para la comida y cada cual debía volver a su celda. O sea, a las compañeras de las otras celdas las veías en ese rato o te chocabas con ellas en el baño. Si querías hablar con alguien con quien tenías más afinidad y estaba en otra celda se tornaba más difícil.

Paloma: La vida en las celdas la tenías que programar mucho más que en las barracas.

Carmen: Vos viviste las dos, la celda y la barraca.

Paloma: Sí, viví las dos experiencias. En la barraca no se planificaba casi nada, era todo más libre, estabas con quien querías. En el sector, en las celdas era totalmente diferente. Entrabas en una estructura en la cual era muy difícil moverte, no era aquello de largarte a lo afectivo. Si tenías ganas de hablar con alguien porque querías contarle algo, tenías que esperar a la hora del almuerzo, como dice Anahit, o a la hora del

recreo, y no pasarte tres recreos seguidos hablando porque te estaban mirando. Cuando llegabas al sector, la gente que ya tenía experiencia traía esa "onda", y por algo la tenía, una entraba en esa "onda" también.

Anahit: También estaba eso, si a vos te veían mucho tiempo con alguien era posible que te separaran de ese alguien. A veces me da la sensación de que sobre el sector nuestro hay una idea de que éramos muy "cuadradas", y quizás fuéramos "cuadradas" en algunas cosas, pero también hay que pensar que la vida en celdas te condicionaba de otra manera.

Paloma: Claro.

Anahit: Nos "calaboceaban" por saludar a una compañera, por todo lo que hacíamos nos castigaban: ¡hasta el último momento estuvimos sancionadas! Cuando fuimos a Jefatura los días antes de la amnistía ¡estábamos sancionadas!, y éramos cuatro gatas locas. O sea, siempre estaba la persecución y no era un chiste. Estaba. El objetivo de ellos sí era destruirnos de alguna manera, y teníamos que planificarnos la vida no porque estuviéramos paranoicas, sino porque teníamos una perspectiva por delante. No podías pasar de afecto en afecto porque te hacían mierda la vida. Tenías que planificar un estudio, por ejemplo, y mientras estudiabas hacías alguna manualidad que para mí eso fue un logro imponente. Nunca había hecho manualidades más que coser algún dobladillo. Aprendí ahí. Después, hacer una manualidad y hablar a la vez era un éxito para mí, aquello de tejer y hablar, bordar y hablar, o escuchar y estudiar no era nada fácil. Todas esas cosas creo que son parte de las estrategias de supervivencia, además de cuidarte de que el enemigo no te agarre los puntos débiles, ¡porque después te separa y los usa!

Paloma: Claro, lo que pasa es que ahí había que ocultar el plano de los afectos en función de lo que no tenías que mostrar a los milicos.

sueños y cine

Charo: ¿Se acuerdan de cuando poníamos en común los sueños en "el 14"?

Marmo: ¡Y en el Penal! De mañana temprano yo estaba dormida y Marita se ponía a contar su sueño. ¿Cómo podía hablar a esa hora de la mañana?

Paloma: Los que se podían contar y los que no.

Charo: Me acuerdo que en "el 14" había un sillón. ¿Se acuerdan del sillón viejo? Nos sentábamos en rueda y empezábamos a contar. Me agarraba unas broncas porque no soñaba. No me acordaba de lo que soñaba mientras todas lo hacían y contaban sueños divinos.

Paloma: Creo que Cristina era una de las que más recordaba los sueños.

Charo: A mí me daba una envidia brutal, hasta que empecé a soñar provocado por mi propia psiquis, porque no podía ser que todas contaran sueños y yo no contara nada. A mí me encantaba esa hora de la mañana, el desayuno, ¡nos contábamos todo! Algunos no se contaban porque eran los que...

Paloma: Los que querías que se te cumplieran.

Marmo: Esa costumbre se continuó en el Penal, me acuerdo. No todas juntas, porque no había lugar y desayunábamos en tres mesas separadas.

Paloma: Era algo que seguramente lo rememoramos como especial. La diferencia con la vida en libertad, ¿no? Porque el consumo, todo lo material, estaba afuera, ya lo teníamos resuelto: no teníamos nada. Pero eso no era problema y compartíamos lo poco que teníamos. Vivíamos enriqueciéndonos espiritualmente a partir de lo que contábamos o podíamos armar entre todas. La lectura de un libro compartido y los comentarios, las reuniones que hacíamos con las veteranas que habían viajado. Para nosotras era como ir al cine.

Charo: ¡El cine!

Paloma: ¡Cuando contábamos las películas!

Marmo: Mirta contando "Lo que el viento se llevó". ¡Por favor! Con lujo de detalles. ¡Divina!

Charo: ¡Se acordaba hasta del color de las cortinas!

Raquel: Era fantástica.

Charo: Después, en el Penal, contaba Tona. Nunca vi una persona que contara como ella. Saben que después vi una de aquellas películas, "Alicia ya no vive aquí"; parecía que la estaba oyendo a Tona, porque la había contado con todos los detalles.

Marmo: A mí me pasó con "Atrapado sin salida". Cuando Enriqueta llegó al Penal y vio la cola de los medicamentos, dijo "esto es igual a una película que vi". Entonces empezó a contar. No contó la película, contó la parte en que hacían la cola de los medicamentos y pasaban música. En el Penal a la hora del mediodía ponían música por los parlantes, entonces coincidía la cola para los medicamentos con la música. Pero en el manicomio de la película ponían la música para que los locos se tranquilizaran. En el Penal era más bien para molestar, para distorsionar. También coincidía que tenían que tomar el remedio delante de la enfermera y la milica. Los locos todos de pijama; nosotras con los uniformes tan parecidos a pijamas. Igualitas las escenas. Me acuerdo que después, cuando vi la película... ¡Ay! No podía creer. Me acordaba de Enriqueta, de lo que había contado y de la cola del Penal para tomar medicamentos igual a la de la película.

(Testimonios recogidos en mayo de 1998)

relato de raquel núñez

en la espiral del tiempo

Treinta años atrás. ¿Hay tanta diferencia entre lo que era y lo que soy? A veces la distancia me parece abismal. Pero otras, cuando enfoco el tiempo en su dimensión circular, me doy cuenta que he sido y sigo siendo el mismo ser esencial, en constante devenir.

ayer

Demoré en subirme al tren de la historia. Porque era insegura, tímida, sobreprotegida.

Después de una formación en colegios católicos ingresé a la Universidad donde me topé de lleno con nuevas lecturas y formas distintas de analizar la realidad. Se abrió otro universo para mí.

No tenía muchos elementos políticos, aunque sí fuertes sentimientos de raíces humanistas. Entonces leía y leía. Descubrí la plusvalía, la importancia de la propiedad de los medios de producción y la superestructura social. Y los Olimareños, Viglietti, Numa Moraes, Paco Ibáñez, le ponían música y letra a un despertar que me salía del alma, se asentaba en la razón y me llevaba a buscar como podía, un poco sola, el camino de salida.

Eran tiempos de compromiso, de agitación, de tintas enteras. La libertad era un valor a conquistar. Nacía de un afán de libertad personal, también. Creo que mi realidad se fundía en la historia colectiva; de ahí tal vez que haya sentido un compromiso tan profundo con ese tiempo.

El círculo en que me movía no iba al mismo ritmo, así que debí superar timideces y abrir otras puertas.

Comencé a trabajar a nivel barrial. Nos reuníamos y salíamos "de barriada", producíamos boletines, redactábamos volantes, salíamos de pegatina, hacíamos pintadas con las consignas del momento: por la libertad de los presos políticos, contra la carestía, denunciando las torturas, en rechazo al avance militar.

Soñábamos con un mundo de iguales, de colores brillantes, sonrisas dispuestas. Parecía que estaba a la vuelta de la esquina, y que era cuestión de un poquito de esfuerzo.

Pero lo que encontramos a la vuelta de la esquina fue una mueca dolorosa. Los colores se derramaron por las alcantarillas y en nuestras tierras, como en muchas otras, se alojó la hiena.

Así, con 22 años, con muy poca vida detrás y muchas incógnitas por delante, caí presa en las primeras detenciones de militantes de base de movimientos de masas.

el pus

Me fueron a buscar a mi casa. Era previo a la noche de Reyes de 1975. Había salido a hacer unas compras y cuando regresé estaban allí –algunos uniformados y armados, otros de particular–, esperándome, parados al lado de mis padres a quienes tenían sentados en el living.

Ahí entendí lo que quiere decir la expresión de que se te va el alma a los pies. Se siente eso, realmente.

O que la sangre deja de correr.

O que una podría derretirse de tan floja que queda.

El miedo tiene una textura resbaladiza y fría. Y dan ganas de ir al baño, pero no de llorar. Porque, por otro lado, una se tensa como una cuerda. Todo se pone en estado de alerta y la cabeza empieza a mil.

Mi primera preocupación fueron mis padres, que no se asustaran, que no me vieran nerviosa. Los milicos dijeron que aprontara alguna ropa, que me llevaban para averiguaciones.

Cuando subí al auto me pusieron contra el piso y empezaron las preguntas. Me taparon los ojos con un buzo o algo así. Después, la llegada al cuartel, el 9° de Caballería. Todo como en una pesadilla, ciega, sin noción del tiempo, entre voces, gritos, risas, amenazas, recibiendo golpes, picana, manoseos, plantones, ayunos.

El sentimiento es de soledad. De un hoyo profundo, de asfalto.

Una contra el mundo. El mundo son ellos, sólo ellos. Los demás quedan en otra dimensión; cerca, lejos, como al otro lado de un puente al que hay que cortarle la entrada, para que queden cada vez más lejos. Y una, colgadita de un hilo.

No es que no se supiera de las torturas y vejámenes. Al contrario, formaban parte de una fuerte denuncia popular. Pero cuando la denuncia se convierte en choque eléctrico en tu propia carne y los denunciados pasan a ser gritos, puños y risas de escarnio, el universo gira en una vorágine y una se queda en el vértice, en el ojo del huracán, inmóvil, aterida e irremediablemente sola.

Desde ese ojo furioso los veía estupefacta. ¿Son prójimos esos? ¿Cómo es posible que amen, que acaricien, que descansen? Es que no son meros ejecutores sino aplicados mastines de caza que disfrutan de su tarea.

Yo, acurrucada en mi vértice, los miraba en su oscuridad aferrada a mi luz vacilante.

Miedo e incredulidad ante lo chocante, lo grotesco. Ante la crueldad, que aunque aquí suena ridícula, como de película, es la incredulidad de descubrir que existe así, lisa y llana, enferma.

Existió. Fue. La viví. El pus del país.

deditos al habla

Después, en el barracón.

Éramos doce mujeres sentadas todo el día en el piso, cada una sobre un colchón doblado al que nos hacían estirar en la noche para acostarnos. Varios compañeros varones estaban en la misma situación, en otro recinto vecino pero separado. Los ojos siempre vendados hasta para ir al baño –al que a veces nos llevaba un guardia "baboso"– y para lavar el piso o los platos de lata.

Poco a poco, empecé a animarme a mirar por debajo de la venda, alzando un poco la cabeza. Y al romper la soledad, empezó la vida.

A la primera que vi fue a Paloma –en ese entonces era Graciela, recién después le quedaría el apodo–. Estaba frente a mí y nos pusimos en contacto. No sé cómo y de quién surgió el idioma de los dedos. Se dibujaba letra por letra en el aire –con la mano a ras del piso y pegadita al cuerpo, para que no la vieran– y así las palabras y las frases. La cosa es que en poco tiempo desarrollamos una calidad brutal para dialogar de esa forma, con tal sofisticación que escribíamos las letras al revés para que la que estaba enfrente la leyera al derecho.

Como en la hendidura de una roca apenas tocada por la humedad surge una planta, así, los deditos de Paloma, delgados, ligeritos en el aire, trazaban palitos y círculos: los primeros pastitos.

Al tiempo nos trasladaron a un cuarto más pequeño con seis cuchetas casi pegadas dispuestas en torno de un pasillo estrecho, y un guardia adentro o en la puerta. A pesar de

eso, allí estábamos más distendidas. Supuestamente no podíamos hablar, pero la guardia se aflojaba y conversábamos bastante, aunque seguíamos pegadas todo el día al colchón, sentadas en las cuchetas, sin poder salir salvo para ir al baño. De venda sobre los ojos siempre. Cortábamos la carne con los dientes porque no repartían cuchillos –cuestiones de seguridad– y sólo teníamos cuchara para comer.

Con los días siguió creciendo vida, en lo cotidiano, en la primera carta que pudimos escribir a los familiares, en que me sacara de quicio que a la hora de comer cuando me colocaba en la punta de la cucheta de arriba con las piernas colgando y el plato en la falda, Marta se parara e indefectiblemente me las llevara por delante.

Allí todavía pensábamos mucho en salir. Estábamos seguras de que nos tendrían un mes o tres meses a lo sumo. Veníamos todas de una militancia gremial o barrial de base. ¿Cuánto más podíamos estar?

Más tarde supimos qué tanto más...

las retenidas

Como a los dos o tres meses de la caída nos llevaron a la Brigada de Infantería N°1, "el 14".

Llegamos con los ojos vendados, ya casi nuestro estado natural. Nos dieron la orden de sacarnos las vendas. Recuerdo claramente ese instante, o la sensación que me quedó de él: veo un barracón rectangular grande, con muchas cuchetas paralelas alineadas contra la pared de la derecha; a la mitad del barracón, y apoyada contra la pared izquierda, una mesa más bien grande, y banderolas en lo alto. Hay muchas compañeras paradas cada una frente a una cucheta. Quedamos como en dos bandos. Todas ellas de un lado; nosotras, las recién llegadas, del otro.

Casi todas son jóvenes. Algunas me parecen más como nosotras, luego nos enteramos que efectivamente cayeron presas hace poco, pero otras, de uniforme gris, pálidas, con algún diente de menos, parecen salidas de un campo de concentración. Ésas son las retenidas.

Apenas se va la guardia los bandos se funden. Abrazos, presentaciones, preguntas. Muchas preguntas.

Venidas de Punta de Rieles, las retenidas estaban por Medidas Prontas de Seguridad. Hasta nuevo aviso. Un aviso que no llegaba. En el año que pasé allí con ellas, no llegó nunca.

Ellas fueron especiales. Lo fueron para mí.

Venían con la experiencia de dos años o más de "cana". ¡Dos años! En ese momento me parecía una eternidad.

Se me ocurre que la perspectiva del tiempo detenido, bueno, retenido, les daba un dejo de melancolía. Así las evoco, algo melancólicas. Generosas, protectoras, cada una en su estilo. Algunas maternales. Con historias pasadas, con historias pesadas.

Tuvieron la sabiduría de trasmitirnos lo que era necesario que supiéramos, en la medida justa como para no convertirlo en carga. Fueron discretas, comprensivas, tolerantes. Ellas, que venían saliendo, supieron aguantar el torbellino que puede ser la irrupción de un montón de recién caídas, con sus historias truculentas, sus expectativas, las primeras visitas y todo el trance que supone empezar a armar el colectivo en prisión.

el pastito crece

"El 14" marcó época para muchas de nosotras, y lo recuerdo con un cariño enorme. Allí se consolidó un grupo de compañeras que veníamos de medios y experiencias bastante parejos. Fue una época de conocerse, de charlar todo el día, de leer, de aprender. Empezó un proceso de discusiones, ensayo y error en las cosas prácticas y no tan prácticas de la convivencia. Discutíamos cómo usar el jabón, el papel higiénico, cuál era la mejor manera de consumir el queso y el dulce que nos venía en los paquetes. Había argumentos científicos, políticos, prácticos.

Yo dejaba hacer. Venía de ser "muy hija" y seguí adentro con ese papel. Me limitaba a sentirme protegida. Había encontrado un sentido de pertenencia que me daba fuerza, y por el momento eso me bastaba. Obviamente, el referente se consolidaba en grupos más chicos dentro del grupo grande, por afinidad o cercanía de la cucheta.

Disfrutábamos charlar de mañana mientras nos contábamos los sueños, o de noche en invierno sentadas en rueda mientras nos pasábamos el "samovar", un frasco de vidrio como esos de dulce de leche, al que le poníamos té y todo tipo de cáscaras de fruta. Leíamos novelas en grupo, aunque también individualmente, y los personajes en parte se hacían presencia de tan fuerte que los vivíamos.

También fueron épocas de reírnos mucho, muchísimo. He dicho que la risa era nuestra terapia. Nos reíamos cuando no se podía, claro, durante las formaciones. Hay relatos inolvidables que cuando nos encontramos los volvemos a disfrutar una y otra vez.

También mandamos nuestros primeros "castiguitos", en general lamentables manualidades dedicadas a familiares y amigos. Es cierto que no contábamos con elementos, pero sobre todo se sumaba que no estábamos preparadas para lo que luego pasaría a ser, junto con los libros, una de nuestras actividades fundamentales: las manualidades; tejido, trabajo en hueso, en cuero, repujado, trenza, macramé, telar, crochet, para todos los gustos.

Y lo lúdico: representación de películas, o descubrir el personaje, o el clásico truco criollo.

Y cantos, actuaciones, sátiras, hasta cine, en un enorme despliegue de creatividad.

En una carta a mis padres les escribía:

...y la vida está en todos lados: en la ausencia, la compañía, el recuerdo, la presencia, en esos pinos que se ven por la ventana, frente a mi cucheta, con el brillo metálico del sol del mediodía en sus hojas; en los aviones que cruzan el cielo de nuestro recreo, en la ternura de quienes lloran

una partida, en la alegría hasta las lágrimas de quienes nos reciben. Vida sin cines, diario, TV o bocinas, pero vida, ¿dudan acaso que intensa, rica, maestra?

los pastitos se hacen pradera

Después siguieron llegando más compañeras, de a una o en grupo. Pero la columna vertebral de esa etapa ya estaba formada.

En general, creo que hubo la necesaria flexibilidad como para que cada cual tuviera sus tiempos. Así, se contempló la diversidad que suponía la convivencia entre mujeres ya hechas y derechas, trabajadoras, con hijos, con otras casi adolescentes que seguían pidiendo material para depilarse, o tal o cual champú, sin perder la unidad central del colectivo con sus pautas y exigencias.

Teníamos poco recreo, tres veces por semana, y si llovía no podíamos salir, y si nos sancionaban tampoco, y si se olvidaban, y si no se les antojaba, y si... Apenas si los recuerdo, salvo el primero, con el cielo azul, las nubes, el pasto, la tierra. Algunas compañeras habían tejido una red de lana y la usábamos para jugar al vóleibol.

El día que amanecí amarilla de la punta del pelo a los pies, pasando por los ojos, Perla diagnosticó que irremediablemente se trataba de hepatitis. Se tomaron decisiones de emergencia. Me acuerdo de esa mañana, en que todo se aceleró. Los milicos alarmados cuando miraron el líquido cocacola que les mostraba, juntado en un frasco, corrieron a avisarle al médico. El médico me miró y corrió a avisarle al encargado. No recuerdo si el encargado me miró, pero ahí estaba yo, sintiéndome como una piltrafa esperando que los altos mandos decidieran qué hacer conmigo. Aparentemente me llevarían al Hospital Militar, pero había dudas. Mientras, eficientemente las compañeras médicas nos reunieron para explicarnos de qué se trataba la enfermedad, cómo se contagiaba y qué precauciones debíamos tomar. Nos quedó grabado a fuego aquello de que había que cortar el circuito culo-mano-boca.

Finalmente, me llevaron al Hospital Militar, donde quedé internada cerca de mes y medio. Un mes entero en una pieza con reja y guardia armado, totalmente sola, sin libros y sin visita. Venía una enfermera cuatro veces al día a traerme la comida. Se hizo largo, realmente. Lo único bueno era que escuchaba los gritos del Estadio y tenía una ventana desde la que veía el cielo, la luna, las estrellas.

Luego me pasaron a la sala general con otras compañeras, algunas de las cuales supe después que murieron: Raquel Cúlñev, con quiste hidático, Clarisa Bonilla, apenas una chiquilina, con lupus.

Y estaba María Elena. Inmovilizada, con espina bífida totalmente agravada por las torturas que se ensañaron en su punto débil, con problemas de líquido raquídeo que la obligaban a dormir con la cabeza inclinada hacia abajo, con los pies deformados. Estuve poco con ella y no charlé demasiado, seguramente ella no me recuerde. Pero bastó verla ahí, con todo

eso encima y sin embargo tan viva, tan "para adelante", tan querida por todas: roca y faro de la sala 8.

Allí pasé quince días más. En el ínterin, me procesaron.

"Asociación subversiva", fueron las palabras que rescaté de todo el "chamuyerío". Yo durita ahí, frente a un juez militar, o su representante. El fiscal, o su representante. El secretario –¿tendría representante?–, el abogado. En realidad, no presté mucha atención.

Estaba sola, sentada en el borde de un banco, en un vestíbulo del Hospital Militar, frente a una mesa con papeles y todos ellos de un lado. Yo del otro. Tenía puesto un salto de cama rayado, me acuerdo, que daban a las "reclusas" para eventualidades de ese tipo, supongo. Por debajo, el pijama.

Casi no hablaba, pero más que nada por desprecio.

En realidad, dada la situación política y viendo cómo se venían desarrollando los acontecimientos, las compañeras que habíamos caído más o menos juntas en las primeras caídas en masa de grupos de izquierda ilegalizados, nos habíamos hecho a la idea de que se nos descolgarían con algo así. Esa carátula representaba una sentencia de 6 a 18 años. Para mí era lo mismo que si fuera de 30 o 50. Era nada, era todo. Era el fin, era el comienzo. Era... punto y a otra cosa.

Lo único que quería era volver a "el 14" con las demás compañeras.

Cuando volví, fue como volver al hogar.

Pero apenas llegada, vuelta a empezar. Otro caso de hepatitis en Isabel. Pero esta vez el Hospital Militar dijo nones, infecciosas no. Entonces Isabel marchó al calabozo. ¡Yo atrás de ella! El porqué, vaya una a saberlo. Decisiones insondables. El caso es que, aunque estábamos en calidad de enfermas, igual nos comimos la incomunicación y el maldito foco de luz prendido eternamente, día y noche, con los vidrios de las ventanas pintados. A veces lograba ir al calabozo de Isabel, pues como en realidad yo ya estaba bien, pedía para ir a arreglarle la cama y entonces charlábamos un poco. De nuestras vidas, de amores y desamores, como saben hacerlo las mujeres cuando apenas se conocen.

Leía como loca, todo el día o la noche, ya casi ni distinguía. Podíamos quedarnos en la cama si queríamos, pero para ir al baño nos hacían atravesar todo el cuartel, en pleno invierno, y nos llevaban ¡al baño de la enfermería, donde iba toda la tropa y sus familiares!

También es justo decir que lo único bueno de esa situación fue que nos dejaron ver a nuestra familia en la propia pieza. Fue una visita como se le decía, "directa". Poder abrazarse, besarse, agarrarse de las manos con la familia no era cosa de todos los días.

El cariño de las compañeras nos llegaba en los detalles que nos mandaban. Pedían para ir a limpiarnos los calabozos, y alguna vez pudo ir la Marmota. Paloma me preparaba compota de manzanas en un calentadorcito que había en la barraca. Ese mimo me ha quedado en el recuerdo, y la veo –pues lo siguió haciendo durante mi convalescencia–, agachada, revolviendo con la cuchara la ollita sobre el calentador que apoyábamos en el piso.

cosas veredes

Pasaron más cosas en ese "14". La Hueso se quemó feo en la espalda con agua hirviendo. Solíamos calentar el agua con el "sun" y en general se apoyaba la jarra en un estante. Y se le cayó encima. Sufrió mucho la Hueso. No la oí quejarse casi. Era un hueso duro de roer. Le trajeron una carpa para la cama. Tiempo después, y a raíz de la quemadura, le empezó a crecer un tumor y terminaron haciéndole varios trasplantes. Mucho dolor, y mucho aguante.

También presenciamos el lento tránsito a esa zona gris que recibe el nombre genérico de locura. Un día, una compañera comenzó a reírse de manera verdaderamente rara. Tenía la mirada perdida, y se reía. Miraba a alguien y se reía. Se quedaba todo el tiempo en su cucheta. Se hamacaba. Yo sentía que ese asunto me quedaba grande. Estaba dispuesta a ayudar, pero no tomaba ninguna iniciativa. No sabía qué hacer; me sentía pendeja, realmente.

diploma de presa

"El 14" se fue moviendo. Empezaron a irse compañeras para Punta de Rieles. Expectativa y desgarrón. Zurcido, remiendo, y a seguir puntada tras puntada.

Un día me tocó a mí. Entrar al Penal de Punta de Rieles era como recibirse de presa. Algo así.

Ahí todo era en serio. Había un contacto mucho más directo con la policía militar femenina adiestrada de manera dedicada y especial, que llevaba a la perfección su papel represor. Estaban los oficiales encargados del Penal, casi todos ellos protagonistas de las sesiones de tortura.

Había más gente, más ruidos, más horarios y actividades, disciplina, movimiento, formaciones en masa, honra a la bandera, trompeta, alambrados, torretas. No éramos unas agregadas del lugar, era todo el personal y el entorno dedicados especialmente a nosotras.

Anteriormente, el Penal había sido un lugar para retiros espirituales así que su apariencia no era desagradable. Las celdas tenían parquet. Increíble ¿no?

Me mandaron a lo que en ese entonces era el sector B –luego los cambiaron todos, tuvieron muchos años para eso–, con bolsillo blanco –cada sector se identificaba con un color del bolsillo–. Me reencontré con Elena, también con la Hueso, conocí nuevas compañeras. En esa época las ventanas, por lo menos de ese sector, podían estar abiertas, así que veía campo y campo, horizonte, cielo y soles. Poco después nos cortaron la película. No sólo cerraron las ventanas sino que les pintaron los vidrios.

El día estaba lleno de horarios: para levantarse, para el toque de bandera con formación afuera cuando la izaban, para el desayuno, para salir a quinta, para volver de quinta, para el recreo, para el "rancho" –comida– del mediodía, para volver a salir a quinta, para regresar de quinta, para el recreo, para el toque de bandera del atardecer en que la bajaban, para el "rancho" de la noche, para acostarse.

Al principio extrañé el cambio. Venía de estar en una isla en el tiempo y toda esa agitación me resultaba llena de tensiones, estresante.

En la cárcel en general, pero mucho más en el Penal, el transcurrir del día implicaba una pulseada permanente. Que no se podía saludar a compañeras de otros sectores –y siempre teníamos códigos para hacerlo–, que los sectores no podían comunicarse entre sí –y hablábamos fuerte para que nos oyeran las compañeras si queríamos trasmitir alguna noticia–, que había que trabajar sin hablar –y mascullábamos–, que no se podía mirar para los costados cuando transitábamos por el Penal para ir a la quinta o a algún otro lugar –y los ojos se nos ponían oblicuos–, que había que poner voluntad en el trabajo –y ahí, muchas, en un tire y afloje con el ritmo–.

Aquello resultaba bastante agotador y muchas veces terminaba en alguna sanción para alguien.

Desde el sector B empecé a ver la llegada de varias de las compañeras que habían quedado en "el 14". Pero la mayoría se iba al C, de bolsillo azul. Las extrañaba. Extrañaba aquel colectivo grande ahora que estaba en un sector bastante reducido.

la barraca

Se realizaron varios traslados, finalmente me mandaron a la Barraca 1B, de bolsillo negro. Las barracas eran construcciones de bloques y techo de zinc, agregadas y externas al edificio central o celdario a unos cuantos metros del mismo. Allí podíamos estar gran parte del día afuera de la barraca y dentro de un predio circundante rodeado de alambradas –una de las capas de cebolla de alambradas que era el Penal–. En sucesivos traslados y cambios me fui reencontrando con varias de las compañeras de "el 14" y conocí a muchas, muchas más. Entre las dos alas de la barraca éramos cerca de ochenta, a veces más, a veces menos.

Si la llegada al Penal supuso un cambio de ritmo, la vida en la barraca fue el agite total. Era un lugar de gran tránsito y movilidad, donde continuamente llegaba y se iba gente.

A la entrada del barracón, a cada lado, se disponía una mesa de tabla con caballete con dos bancos largos donde comíamos. A continuación, la clásica hilera doble de cuchetas con el largo corredor en el medio que desembocaba en el baño, con cuatro *waters* cerrados enfrentados a un largo lavabo con varias canillas. También había unas ocho duchas, similares a las de un club deportivo. Todo eso se duplicaba en espejo en la otra ala, y al medio, atrás, dominando el panorama y en un nivel más alto al que se accedía por una escalera trasera, el cuarto en que día y noche se estacionaban las policías militares femeninas, que cambiaban guardia cada seis horas y que vigilaban todos los movimientos por amplias ventanas que daban a ambas alas de la barraca. Desde allí gritaban, a veces insultaban, hablaban fuerte y lanzaban risotadas durante la noche; en fin, exasperaban con su presencia. Las milicas eran nuestros demonios de la guardia. A donde quiera que fuéramos, allá nos acompañaban. Eran especial-

mente odiosas. Algunas se esforzaban por serlo, a otras les salía naturalmente. Pero recuerdo con gran incógnita a una, una sola e increíble –la Payasito le decíamos– que nos trataba bien. No nos gritaba, prácticamente pedía las cosas. Hablaba bajito. No podía entender que estuviera allí.

De la barraca recuerdo el paisaje del campo, los cielos invernales y brumosos, o anaranjados y brillantes, sobre todo a la hora de formación para bandera en que la mirada se perdía en esa inmensidad desde la obligada posición de firmes. Hubo buenos momentos de una época distendida, cuando todavía no nos atormentaban con los trabajos forzados, en que disfrutábamos del sol, recostadas afuera contra la pared, leyendo y haciendo manualidades, estudiando en grupo o caminando. Era un privilegio que las compañeras del celdario no tenían. Recuerdo también los partidos de vóleibol con la Yogui como profesora. El calor sofocante de las noches de verano, encerradas en el barracón donde parecía que no había aire para respirar. O las noches de invierno en que para enfrentar el choque de las sábanas heladas, con Lolita trillábamos el corredor que quedaba entre la hilera de cuchetas, de arriba para abajo, ida y vuelta, una y otra vez, mientras charlábamos, envueltas en frazadas, hasta que se nos calentaban los pies y podíamos acostarnos, casi vestidas, con gorros de lana y guantes, para protegernos del "chijete" de frío que entraba por las banderolas abiertas.

Allí vivimos situaciones difíciles, internamente difíciles. Había que convivir con quienes habían elegido el pobre e inútil camino de la delación o el del aislamiento. Por otro lado, la gran movilidad de gente conspiraba contra la necesidad de cierta estabilidad que tendíamos a tener en general. Debimos enfrentar la situación de dos compañeras que estuvieron mal psíquicamente –hacíamos guardias nocturnas–, en la misma época en que Mary atendía a sus bebas mellizas, con sus llantos nocturnos a dúo. Una de las compañeras que estaba mal terminó colgándose de la cadena del baño, en un momento en que logró escapar a los cuidados que le prodigábamos. Dolor, angustia, bronca, impotencia, algunos cuadros de histeria. Fue uno de los momentos más amargos para mí.

Pero como plantas tenaces, encontramos la luz suficiente para realizar la fotosíntesis que nos permitía reverdecer.

Transcurrió la vida. Mucha vida. Difícil, y buena en los resquicios. Dolorosa, riente, áspera, ondulante. Siempre para adentro. De las rejas para adentro.

La mayoría de nosotras ejercíamos ámbitos de libertad en la medida en que seguíamos con nuestros sueños, ensayábamos la vida en comunidad, creábamos, aprendíamos. Era nuestra resistencia activa.

Estudiábamos, hacíamos manualidades, leíamos, festejábamos cumpleaños, fabricábamos regalos, cantábamos, nos contábamos nuestras vidas, compartíamos los haberes y los quehaceres, las visitas y las cartas, discutíamos, reflexionábamos. Hilamos las hebras sutiles y firmes con las que tejimos la trama que nos mantuvo en la superficie respirando aire fresco.

Un surco por el que transcurríamos plenamente y que a veces nos costaba conectar con la vida de afuera. Alguna vez escribí a mis padres:

> *No sé cómo explicarles lo difícil que se me hace a veces desprenderme de todo el acontecer cotidiano, dejar las cosas y preocupaciones diarias para sumergirme en otro mundo tan distinto, a veces lejano y hasta desconocido, como puede ser el mundo de afuera. Ponerse en otro estado de ánimo, rescatar recuerdos, inventar temas, olvidar lo necesario, tratar de llegar con algo que diga algo sin caer en la reiteración de los mismos conceptos, puede ser una tarea difícil y en algunos momentos sumamente costosa.*

las cartas

Las cartas se iban y llegaban, en vaivenes que marcaban nuestros días. Eran el cable a tierra, el cable afuera. Al principio eran la continuidad recobrada con el exterior. Más adelante, con el paso del tiempo, podían llegar a ser como el hilo de una cometa que costaba remontar.

Las cartas de mi madre fueron inolvidables. Con su inigualable cariño y sapiencia, con su frescura para enfrentar la vida, tejía un *collage* de novedades y eventos, adelantos científicos, películas, libros, en medio de los clásicos "chimentos" familiares. Su espíritu sencillo y abierto me enriquecía en esos ratos de lectura, y su increíble amor, tan certero, abría compuertas y me regalaba el mundo de extramuros.

En general, para nosotras, escribir la periódica carta quincenal exigía un gran esfuerzo, demandaba capacidad de concentración y a veces podía insumir varios días. Encaramadas en las cuchetas, sentadas al sol, ensimismadas sobre la larga mesa de caballete el comienzo era duro, enfrentadas a ese silencioso muro de papel, una hoja inamovible de cincuentaicuatro reglamentarios renglones, ellos también prisioneros de los barrotes del margen estipulado.

La birome me daba vueltas y vueltas entre los dedos, en espera de que en medio de tanta censura, autocensura, retrocensura, se escurriera alguna veta fresca de pensamiento original.

Difíciles diálogos, a veces atascados como teléfonos descompuestos. El tiempo, infaltable tópico poético; filosofías retroactivas, reflexiones, promesas, transcurrían entre pedidos prácticos y recomendaciones caseras. A través de las cartas los amores se exacerbaban, las familias se reencontraban, las diferencias se extinguían.

Finalmente, después de pasar por los ojos avizores de los encargados de turno y cuando éstos lo permitían, llegaban a su destino, rengas palomas mensajeras.

el miedo

Hablo por mi experiencia y digo que en general entre las compañeras había "buena onda", disposición a estar bien, cariño, tolerancia. Eso no quiere decir que no hubiera chisporroteos, cortocircuitos, malhumores, discusiones. Había tendencia a juzgar, claro. Había afinidades y desavenencias, simpatías y "compatías". Lo habitual.

Y estaba el miedo. Nosotras teníamos la vida, los colores, los cantos, la creatividad, la libertad de nuestra idea. Del otro lado ellos, con poder para matar, torturar y aislar, oponían el miedo. Se encargaban de alimentarlo permanentemente, de reforzarlo cada vez que algo lo atenuaba. Nosotras nos encargábamos de airearlo, de alivianarlo, de ignorarlo, pero estaba. No era que viviéramos con el miedo a flor de piel, no. Pero estaba ahí, subyacente y sobrevolante. Y nosotras de sándwich. De sándwich del miedo a ser sancionadas, a perder la visita, a quedar aisladas en el calabozo, al cambio y otra vez a adaptarse, a la enfermedad, a la tortura, a la pérdida de un ser querido, a la muerte, a la locura. Alguna tendría miedo a que la olvidaran del otro lado de las rejas. Otra quizá tuviera miedo a olvidarse de este lado de las rejas.

Una experiencia existencial, no obstante. En el límite se aprende mucho; a veces lo más terrible, como dice la canción, se aprende en un instante. Y a algunos les costó la vida.

lo que no recuerdo

Siempre hay cosas que olvido. Suelo olvidarme mucho de los detalles, de las anécdotas. Pero hay cosas que las olvido porque las quiero olvidar, porque no me gusta recordarlas, por conflictivas o por desagradables.

El tema de las colaboradoras es tal vez uno de esos. No se trata de la gente que llevada al límite en la tortura habló. No. Se trata de quienes después, ya en frío, cambiaron el rumbo. ¿A cambio de qué? Difícil es decirlo. Seguramente, resultado de un proceso sutil y psicológicamente complejo. No hay una respuesta única, pero sin duda perdieron la referencia. Las compañeras habían dejado de ser el lugar seguro. ¿Tal vez lo seguro pasaba a ser el poder militar? Más allá de eso, lo cierto es que la mayoría no obtenía a cambio casi nada, sólo la ilusión de que las trataran menos mal, con menos sanciones, con alguna que otra visita especial. Migajas.

Esta gente vivía entre nosotras, vestía el uniforme, tenía la misma rutina. La cosa estaba clara, no eran encubiertas. Se sabía que iban a hablar con los oficiales y contaban todo, quién hablaba más con quién, qué cosas cotidianas se proponían, quién tenía más iniciativa. Minucias.

Había distintos grados y distintas historias. Algunas daban lástima, muchas indignación, y todas desprecio. Igualmente, convivíamos, se hablaba lo mínimo, cada una en su lugar. Y ya.

Si este recuerdo no ocupa un espacio importante en el relato de la memoria, es también porque en definitiva no incidió en la esencia. Pero sentí que tenía que hacer referencia a él.

y empezaron las retiradas

Por encima nuestro, por detrás nuestro, lento, lento, iba el papeleo.

Los familiares visitaban a los abogados, los abogados visitaban a los juzgados, los juzgados casi nunca nos citaban. Y no pasaba nada. Por años, no pasaba nada.

Hasta que la coyuntura debe haber dictado la orden.

Llegó el alboroto con la noticia que alguien trajo: "¡Gurisas, bajaron el mínimo de la carátula de 'Asociación subversiva' a tres años!".

Es que la mayoría tenía ese "comodín".

Isabel había cumplido como tres años y medio cuando tuve el privilegio de traerle la noticia de su libertad.

Esa semana yo tenía visita, pero Isa no, así que mis padres me avisaron que el juez había fallado y le había "conmutado" la pena. Eso quería decir que saldría en libertad de inmediato, lo más inmediato que puede ser dentro de un sistema militar dictatorial, claro.

Cuando me trajeron del locutorio a la barraca, y mientras esperaba en la fila a que nos abrieran la reja, empecé a hacer señas a las compañeras que se amontonaban esperando al grupo que llegaba de visita. Movía la boca sin ruido nombrando a Isabel, señalándola y riéndome. Me sentía aturdida. No se podía hablar mientras estábamos formadas y escoltadas por las soldados, pero, con la cara pegada a la reja, quería que la noticia llegara antes que yo si era posible. Apenas abrieron entré a los gritos, avisándole a Isa su inminente salida. Ella estaba desconcertada, la noticia la agarró de sorpresa, no la esperaba. Algarabía general.

Resultado, quedé sancionada.

Desalojaron un ala de la barraca y me mandaron para adentro con la prohibición de salir.

¡Y a mí qué me importaba! Pronto saldría una compañera y amiga con la que habíamos entretejido una fuerte red fraterna. En ese momento la alegría, después cabría algo de nostalgia.

Le escribí un poema:

Veníamos de entonar himnos
de adorar dioses, de colorear las palabras
de ensayar lo que pensábamos.
Teníamos estudios y cinemascope
padre y madre
zapatos grandes
demasiado equipaje.
Y un día, un camino,
éste como cualquier otro,
nos muestra la horma y el color

nos saca la ropa
nos deja ateos y a solas con el hombre
ensaya por un momento el dolor del paria
la castración del que no tiene espacio para los sueños
la impotencia del que no tiene tiempo para vivirlos
la violencia, en fin
que vivida en carne propia aunque sea por un momento
nos deja así
nos lega esta conciencia
que es carne aterida
remolino
frío
pájaro sin nido
aullido en el desierto
llaga de estos tiempos.

En los meses siguientes salieron algunas compañeras más de nuestro expediente. Pero el papeleo –¿ya lo dije?– era lento, y las decisiones inescrutables.

Era casi fin de año y finalmente me tocó a mí.

Después de cuatro años, finalmente, la salida. Fantasear con la posibilidad de caminar en la noche, de volver a ver nuestro preciado mar sobre el que balconea Montevideo, de volver a abrazar seres queridos, y de tantas otras cosas de las que estaba privada era algo que me lo permití solamente cuando tuve el veredicto del fiscal por el que me conmutaban la pena. Para mis padres, que acompañaron amorosa y sufridamente todo el periplo, significó un renacer.

Mi madre me escribió:

Mi alma: tremendo lío tengo conmigo. Finalizaba el 78, del que ya no esperaba nada, cuando en diciembre el inocente 28 sacudió nuestros corazones al mediodía con la noticia de tu defensor de que tu pena había sido compurgada. ¡A prueba de cardiacos! No cabíamos en nosotros mismos. La alegría salía en burbujas por todos los poros. Comunicación inmediata con todos los que tenían teléfono. Puedes imaginarte cuántas lágrimas cayeron de tantos ojos... Víspera de Reyes. Hacía años que no amanecíamos tan contentos. Hemos pagado la fianza y ahora esperamos confiados las realidades de este bebé 79. Los deseos necesitan un momento singular para expresarse y los fines de año llevan al humano a reflexionar sobre su devenir. Se mira hacia atrás, para recordar y balancear. Hacia adelante para convocar esperanzas, y es así que en lo que a nosotros concierne, se muestra auspicioso. No creas que olvido y en medio de esta sana alegría cae la gota amarga por los que no pueden vivir esta felicidad que hoy nos embarga.

Salí un 19 de enero, en pleno verano. Quise irme sola, pues me ilusionaba disfrutar en intimidad conmigo misma el primer contacto con las calles, la gente, poder caminar sin alambrados y sin la escolta de guardias armados.

Me "soltaron" al atardecer, coincidentemente con la hora de regreso de las compañeras de los trabajos en la quinta. Ya vestida de particular pero todavía a punta de fusil me fui cruzando con ellas mientras recorría el largo camino que separa el edificio y las barracas de la entrada al Penal, sin que pudiéramos abrazarnos, saludarnos ni darnos vuelta. Pero nuestros códigos rompían las barreras –la mano pasada por el pelo era nuestro saludo– y, una vez más, su empecinado intento destructivo se desvaneció pues no lograron impedir el intercambio chispeante de nuestras miradas y las sonrisas amplias que saltaron por encima de metralletas y alambrados de púas.

Atrás quedaba un "cachón" de vida y –a riesgo de ser cursi– la mitad de mi corazón; por delante tenía la otra, y el desafío de lo por venir. Expectativas y nostalgias, entreveradas como en botica.

hoy

En este presente cumplo otros papeles. Tengo dos hijos –mis dos centros, mis dos mitades, Rafael y Gabriel–. Trabajo con sentido en lo que me gusta, siempre encuentro algo para seguir aprendiendo y sigo custodiando cariños, sueños y afanes.

Siento que mi esencia sigue intacta, lo que no quiere decir incambiada. La búsqueda de una conexión con el orden universal, de un camino por el cual ir y volver transformada para poder desplegarme, le agrega una proyección hacia lo profundo a lo que había estado buscando.

Desde este presente y con mi historia me vuelco ahora a recuperar aquella vivencia. ¿Por qué? Porque lo pide este tiempo y me lo pide no sólo mi pulso sino varios otros que laten al unísono. Porque es hora de recoger las historias anónimas, de mujeres comunes que forjaron un trozo de la historia colectiva. De seres de humanidad imperfectos, solidarios, miserables y grandiosos que envolvieron su idea en el manto protector de los afectos y colectivamente atravesaron el miedo, el silencio, las mezquindades, los claroscuros, la soledad, la muerte, la traición, el dolor. Porque cuando nos despojaron de todo lo que era nuestro mundo supimos transmutar ese despojo en creación y vida. Esa memoria quedó impresa en mis células y ahora, justamente, en que la difícil situación que vivimos los uruguayos –aunque con otro cariz– tal vez guarde cierta semejanza, la rescato. Para mí y los demás.

Es eso, la recuperación de nuestras memorias como un canto de esperanza. Como parte de la historia que se hace con carne y huesos, fatigas y arrebatos.

Y me dan ganas de decirles(nos) esto:

Llegamos hasta aquí
inmoladas, rebeladas, desgajadas, desdobladas
llegamos para quedarnos
como perlas de nácar, con la caparazón abierta
atrevidamente, tímidamente
para las postrimerías, para el pasado
llegamos para otras y otros
entre tules y sargas
capullos y costras
porque nos legaron y legamos
la tarea de reproducir la vida
desde el eterno femenino con olor a café con leche
con uniformes grises
pelo corto y bolsillos de colores
las juanas de arco, afroditas, marías uruguayas.

cartas

Gladys Mutter, mi madre, con su amorosa dedicación y a pedido mío hizo copia de las cartas que me enviaba, y eso permitió que estos textos escogidos llegaran hasta aquí.

desde el hospital

Cartas de mi madre

...He pensado permanentemente cómo estarás, dolorida del cuerpo de estar en la cama tanto tiempo; nada nos has dicho pero lo supongo.

...Papá te explica que ciertas cosas no aceptan recibir: ondulines, espejo y tampoco algodón, papel y birome. Cuando no recibas lo que pides no es por causa nuestra.

Cartas mías

...No les voy a decir que es divertido estar en cama todo el día, pero dentro de todo es una enfermedad que no es dolorosa para nada y el tratamiento es sencillísimo, lo único que tengo que hacer es comer y dormir.

...Yo sé que esto va a ser doloroso para ustedes, más que para mí, pero también sé que no estarán solos y eso me tranquiliza. Como tampoco me siento sola yo, ya que en todo momento me siento acompañada por vuestro cariño y el de todas las compañeras de las que me separé; con ellas vivo todos los momentos, pienso: a esta hora deben estar en el recreo, a esta otra deben estar almorzando, y sé que ellas hacen lo mismo.

...Yo paso los días de cara al techo, mirando correr las horas, sola (porque estoy aislada), con la única distracción de comer, mirar los atardeceres, escribir la carta para ustedes y esperar la vuestra.

...Aquí también vivo el fin de semana, por dos cosas, principalmente: porque cesan los ruidos de las obras en construcción y porque vivo un ambiente de víspera de entrega de carta y recibo de ella; también los domingos gozo las tardes en el Estadio, que como les dije, se oyen clarito los gritos.

...El censo llegó, sí, hasta mi solitaria cama de postrada.

...Yo estoy muy bien, cumpliendo hoy mi primer aniversario (un mes de internada, o sea un mes de cama). La segunda quincena se me pasó volando.

...El lunes o martes me harán un nuevo funcional hepático y posiblemente para el fin de semana me lleven a la sala general. Aún no me levanto. No paso frío. El pelo está largo, ya hace cinco meses que no me lo corto. Lo que sí estoy deseando desesperadamente es poder bañarme y lavarme la cabeza. Creo que eso será para cuando vaya a la sala general.

...Bueno, ¡terminó mi aislamiento! Estoy desde el miércoles 11 en la sala general... Se imaginarán que estoy radiante: me levanto normalmente para ir al baño y lavarme, etc. Eso sí, no veo más los hermosos atardeceres ni las noches estrelladas de luna, ni oigo los gritos del Estadio...

...En cuanto a tu deseo de convertirte en hormiguita, espero que no se le haya ocurrido a nadie más esa idea de transformarse en bicho para estar conmigo, sobre todo que se le haya ocurrido convertirse en araña, porque entonces muerto está. Digo esto porque la semana pasada, al levantar las sábanas, me encuentro con una que sale de adentro de mi cama, y realmente, como no se me ocurrió pensar que era algún conocido, la maté.

problemas de los familiares con los paquetes y cartas

Cartas de mi madre

...Este martes, cuando retiré la carta, pedí paquete y me dijeron que no había. Menos mal que leí tu carta y que habías anotado lo enviado, así que reclamé, esperé y me lo dieron. Anotá todo.

Querida hija: luego de los tres fracasos de hacerte llegar mis cartas, espero que nuevamente reiniciemos nuestra correspondencia.

Cartas mías

(desde el hospital) Mis queridos: quedé tan disgustada al enterarme de que no recibieron toda mi carta, que para desahogarme me puse a escribirles enseguida. Yo había preguntado cuánto debía escribir y me dijeron que toda la hoja; yo así lo hice creyendo que quien lo dijo estaba informado. A la otra semana me dijeron que era una carilla. Tenía especial interés en que les llegara en esa fecha justo la parte mutilada...

(desde el Penal) Queridos míos: heme aquí, escribiéndoles, y con varias cosas en contra: la carta mía anterior que no recibieron, la carta de uds. que yo tampoco he recibido aún...

Querido papo, empieza la carta ésta no con el mejor ánimo, o con el ánimo que yo querría tener para escribirte esta vez ya que te llegará en tu cumpleaños. Bueno, pienso que no tiene mucho que ver que me lamente y me lamente, un lamento que se está haciendo bastante habitual; resumo: el hecho es que tengo que escribir y aún no he recibido la carta de uds. Ya me he extendido en otras oportunidades acerca de lo que esto me significa, y, mal de muchas, por otra parte; me descargo, punto y a otra cosa.

las manualidades

Carta mía

...El hueso lo trabajamos con un clavo o una aguja y un ondulín. Primero se dibuja la figura con lápiz sobre el hueso y después se empieza a raspar hasta ahondar bien las líneas. Como terminación se le saca brillo con pulidor y pasta de dientes. Y he ahí el "castiguito" pronto.

¡Esos "castiguitos" que hacíamos! Los huesitos, que los queridos familiares usaban estoicamente y bien lo sabíamos, con tanto cariño, con el mismo cariño con que los hacíamos: recolectar huesitos de las "tumbas" –aclaro que la tumba es la carne hervida–, dejarlos en hipoclorito de sodio, rasparlos contra baldosas para lijarlos, y después de elegir el dibujo, clavo, aguja, cualquier cosa con punta en mano, a cincelar nuestro cariño.

(junio de 1978) ...Ahora se pueden sacar manualidades solamente una vez al mes, y a mí me toca el domingo de la cuarta semana del mes, así que hasta dentro de un mes no puedo mandar más nada.

sobre la comunicación

Carta de mi madre

Hija: tus cartas son siempre como gotas de miel a nuestros corazones, pero a juzgar por lo que dices y yo imagino, a veces te cuesta escribir, entrar en este mundo distinto que igualmente es el tuyo. Puedo comprenderlo y te pido que no te esfuerces y no lo hagas si no lo deseas...

Carta mía

...Se me fueron todas las palabras, se escaparon del papel para ir vía directa hacia todos ustedes. Releo como es mi costumbre, la carta anterior de ustedes para contestarla, pero los acontecimientos que me

relatan en ella me parecen tan lejanos, y además ya los hemos comentado en la visita. Estoy en un aprieto, el tiempo apremia y birome y papel no se convierten, así, en los amigos de siempre.

festividades

de los de afuera

Adorada hija: estaba mentalmente acondicionando mi noticiero para ti, cuando choqué con la realidad de que debía escribirte distinto pues llega tu cumpleaños y eso no estaba en mis cálculos. Lo tenía en que ya estarías entre nosotras para esa fecha. Tiempo parado en el tiempo, sueño deshecho en el sueño, luz diluida en la luz. Qué puedo decirte que no me exceda. Qué puedo decirte que no sea más que desearte la felicidad que mereces y que cuanto más postergada, más completa lo sea. Que pases lo feliz que puedas junto a tus compañeras...

Querida, aquí estoy, pisando el umbral de otra navidad que nos ha defraudado sin tu presencia aquí y que por lo tanto será un día como otro cualquiera. No sé por qué, pero de las fechas, la que realmente me impresiona es la del 31. Pasar de un año a otro es como si lo fuera materialmente. Es entrar en algo muy incierto o asomarse a algo que no se sabe qué nos depara. Reiterando viejos deseos de que todo sea mejor, de felicidad y salud para todos, y en los difíciles caminos que debamos transitar, sepamos tomar el rumbo certero.

desde adentro

(24 de diciembre) *...Mañana a las rodajas de pan les pondremos azúcar y ¡no podremos decir que en Navidad no comimos pan dulce!*

...Estamos con muchos cumpleaños este mes; hoy justamente tenemos el de Cristina, y como siempre se está hasta último momento en apurones, dando las últimas puntadas, el toque final, a los regalos. Esta tarde será preparar algo para el té. Lo que es bueno es ver el ingenio que uno puede desarrollar en las situaciones precarias: tenés pocas cosas y surgen tortas, baños, canapés. No se imaginan los menjunjes que se hacen y salen ricos: galleta de cuartel rallada, manzanas, leche, limón, cocoa, etc. Hay un invento mío que surgió en la preparación de un cumpleaños y que se sigue usando, lo llamé Martín Fierro alborotado, y consiste en dulce de membrillo mezclado con queso y ambos pisados; sobre todo es bastante rendidor.

...Me regalaron una bolsa para manualidades con la cual estoy encantada porque andaba siempre con bolsas de nylon que se me rompían y agujereaban y debo confesar que con toda premeditación había insinuado la necesidad de la bolsa de labores... El otro regalo sí muy original y acorde fue un vale por el arreglo en costura de toda la ropa que tuviera hasta la fecha, que no era poca; un regalo ideal como para un tercer cumpleaños pasado a la sombra. De noche jugamos a esos juegos de salón tipo descubrir una manía. O al subjetivo, etc. El servicio de confitería llegó también a la noche; especial, gustado y elogiado por toda la concurrencia. Tanto la agasajada como sus convidadas vestían tailleur *gris –parece que es la moda–, con detalle de bolsillo negro.*

los miedos

Carta mía

...Papá, ¿cómo seguís de tu estómago? Mamá, el otro día soñé que te dolían los intestinos ¿cómo andás de eso? Una desde acá se vuelve muy ansiosa al estar lejos de ustedes, por eso les pido que se cuiden y se cuiden.

los disfrutes

Cartas mías desde "el 14"

...Con estos lindos días de sol hemos aprovechado bien los recreos, jugando a la pelota, caminando. Lo más lindo es ver cuando pasan los aviones, que pasan bastante seguido. Han logrado tener una significación tan grande para mí, que no les puedo decir lo que siento cuando los veo. Es como si fueran el símbolo de la libertad, como que ellos me acercaran a ustedes.

...La "Canaria" me acaba de sacar la carta y en medio del corredor está ofreciendo: a 10 centavos letra para murga. Esto es una broma y lo especifico porque me doy cuenta que a veces, cuando les cuento cosas de nuestra vida, o bromas que solemos hacernos, me parece que no lo entienden mucho, ¿no?

cómo vivíamos

...Aquí nos reímos pensando que al salir habrá una cantidad de cosas a las que nos hemos habituado, que repetiremos sin darnos cuenta. No es de extrañarse que una vez en casa, al guardar una camisa, por ej., busque debajo de la cama el bolso para ubicarla.

...Hace como 3 días que estoy con un dolor en el costado derecho del vientre y estos trastornos tienen la característica de espasmos. Así que por estos días estoy a dieta rigurosa. Lo que sucede también es que no hay antiespasmódicos, ni homatropina, y aunque desde el lunes me apunté para el médico, aún no me atendió; supongo que no debe haber venido.

...He tomado un bronceado al estilo campesina-look (los brazos quemados hasta más arriba del codo, pues nos arremangamos las camisas, y la cara y el cuello con el escote en V). Ahora que tenemos red, una de fabricación casera hecha de lana, en crochet, jugamos unos reconfortantes partidos de vóleibol.

...Parece mentira que dentro de 6 días ya va a hacer un año que vinimos para aquí. El sol entra cada día un poquito más al barracón, a eso del mediodía, y cada vez más se parece al año pasado. Más al invierno ya dará de lleno en algunas cuchetas. Por suerte, es una ventaja que tenemos, que eso suceda en invierno, porque si fuera en el verano, moriríamos.

...En cuanto a la película "Carrera contra el diablo", resultó emocionantísima. Les cuento que la leí (como muchas cartas) en voz alta, en una ronda, y está tan bien contada, con efectos de suspenso y pánico tan logrados, que todas estaban pendientes del desenlace y en los momentos cruciales hasta hubo algún grito y una compañera que se erizó. Todo genial, aunque cuando llegamos al final casi nos morimos: ¿cómo vas a poner: "y así siguen los sobresaltos, etc.", hasta el final en que termina mal? Por supuesto que lo primero que me encargaron fue que preguntara en la visita cómo terminaba la película, pero justo fue aquella visita tan accidentada y acortada, por lo que la mitad de las cosas que tenía pensado conversar se me quedó en el tintero.

la llegada a punta de rieles, con gran "extrañe" de "el 14"

...Mis queridos: aquí estoy, tragando lágrimas, lágrimas que son de extrañe, de cariño. Aquí estoy, en una mañana de un miércoles, en una cama de abajo que ahora es mi cama, con el canto de los pájaros, el aire y el sol entrando a raudales. Se ve campo y campo, los amaneceres son grandiosos, ídem los atardeceres. Me estoy dando tiempo para acostumbrarme a esta nueva vida y para remendar los desgarrones que me quedaron en el alma (¡qué trágica!)... Después de tanto tiempo me he sentido extraña comiendo sentada ante una mesa o mirando por una ventana común y corriente abierta al horizonte: cosas mínimas.

...Sigo mirando los aviones, aunque no tanto como antes: me traen recuerdo de otras épocas. Les parecerá que estoy muy (demasiado) nostálgica, pero las circunstancias me llevan a eso: extraño los desayunos en que nos contábamos los sueños, el oráculo y tantas cosas más. Y ahí va: de cuántos soles se hizo este momento, y cuántas lunas no previstas quedan por vivirse, que las risas, las voces y los rostros se entremezclan en una despedida, manos que se pierden en un maremagnum de idas y venidas, las barreras que nos impone la vida, si saltarlas o qué, tan difícil se hace este camino y sólo queda la esperanza de encontrarnos algún día.

...Aquí las visitas con los niños son todos los domingos, y en el patio.(Luis Eduardo, el hijo de una compañera, que nació en la cárcel) cumplió el año el 28 de abril y el 6 de mayo ya dio sus primeros pasitos; fue un plato porque el domingo llegó con un cartel colgado del cuello que decía: mamá, ya camino solo.

...Mis queridos: aquí estoy, en la mañana del miércoles, escribiéndoles desde el epicentro del ventarrón ya que estoy en el recreo, ...apretando las hojas para que no se vuelen, con "la negra" al lado, acurrucaditas en un banco, mateando lindo y tapadas con una manta. Por lo demás, parecemos beduinos, porque tenemos las bufandas en la cabeza y tapándonos la boca.

...Me imaginé que (la visita) iba a ser peor, con el asunto de la reja y todo lo demás, pero hago abstracción de ella y en compensación estamos más cerca. Otra cosa que ayuda es que en mi grupo de visita somos sólo dos y por lo tanto no hay tanto barullo como en aquellas de la Brigada, en que éramos como 9 o 10 de un lado más los familiares del otro, y que teníamos que desgañitarnos.

en barraca

...El estudio es muy importante para mí... le dedico como dos o dos horas y media diarias, en la mañana, el resto de ésta en general la ocupo en actividades propias de aquí: la quinta y la caminata matutina, y alguna vuelta y charla dispersa por ahí. La tarde la dedico a manualidades, a vóleibol u otra caminata, o algún día que me atrapa demasiado una lectura, me enfrasco en el libro. Parece mentira, pero el día se te va en vueltas y vueltas y a veces me parece que no me rinde nada.

...Otra novedad se introduce en nuestra vida, y es el cambio de la hora de visita, para la mañana; sigue siendo el domingo pero ahora de 9 a 9 y 30 horas, como antiguamente, cuando estaba en el sector B.

...Y ahora, la tardecita por delante, una brisita, una silla contra la pared, una tabla para apoyar, algunas gurisas peloteando, otras caminando, y una montonera cual Pocitos apoyada a lo largo de la pared (del barracón), disfrutando de esta sombra: en este escenario ubicame... Ahora el escenario cambió. Ya es nochecita, estoy dentro de la barraca, ubicame en mi cucheta en planta alta, lo que sigue igual es la tabla para apoyar y las cartas de uds. Abiertas ante mí.

...Ahora es de mañana temprano; tirada en una cucheta, rodeada de bultos y polvo porque es la hora de la fajina, reclamando un mate, así estoy.

...Es de noche y luego de una ducha fría para ejercitar la voluntad –que más remedio si se rompió el calefón– vengo a mi cama entre sábanas con olor a sol y viento pues hace un rato las saqué de las cuerdas.

...Hoy estoy de fajina de alojamiento; temprano arreglamos el estante donde se guardan platos, cubiertos, "bols", jarras y demás; lavamos el piso y terminamos con una buena "fliteada". Da gusto ver cómo van quedando por el suelo los cadáveres de las moscas, que ya por esta época se ponen imbancables y provocan sentimientos vengativos con su zumbido pegajoso, no sé cómo hizo Antonio Machado que tuvo ánimos como para hacerles un poema...

Queridos míos, y tuyos y nuestros y vuestros. Es otro fin de semana que se ha ido y nos deja la oda al sentimiento que cada una nutre, desarrolla, incentiva. Otro fin de semana, la visita periódica de cada vida, y como ella misma tan llena de expectativas y rutina, desencantos y encantos, emoción y emoción. Hoy por hoy, encanto y emoción. Otro fin de semana que es decir otro mojón en el tiempo, en mi tiempo, en este tiempo, medido por fajinas y quintas, la ida y llegada de los libros, los martes de apurar las manualidades que se van en el paquete que se entrega el miércoles, la siesta larga del viernes, sábado y domingo, y el domingo la visita. Este tiempo medido por estas y otras cosas, este tiempo medido digo, no pendiente, medido...

...Ahora, domingo de noche, otra hora de esta realidad: camas que se abren para ir acostándose, pasajes al baño cepillo de dientes en mano, y ya se echa mano a frazadas, pijamas de franela y las más exageradas a bolsas de agua caliente; el pucho de la noche, las últimas ruedas de charla del día, comentarios de la visita y yo, contrariamente a mi costumbre, ya estoy acostada, pero es para seguir charlando con ustedes, hasta que se apaguen las luces y haya que prepararse para otro día laborable.

...Hoy es lunes feriado y hubo siesta larga; ayer terminé cocina y es grato volver a casa, dejar hecho un ovillo en una pileta el olor semanal a grasa que parece en los últimos días adherido a cada poro y cada pelo.

la salida de una compañera vivida desde adentro

...Hace ya unos días que se fue Isabel y a pesar de que lo he venido pensando todo este tiempo, no me he hecho a la idea del todo; tantos años de estar juntas, y un día ya no más, y entonces siento una risa y en una fracción de segundo, que es una distracción, me parece que es la de ella. Bueno, por suerte siempre hay voces para extrañar.

"castiguitos"

Raquel: Así le decía a nuestras manualidades la Eta, con ironía y humor.

Charo: ¡Pero se hacían obras de arte!

Marmo: ¡No!, ¡no!, ¡por favor!

Charo: Se hacían cosas absolutamente maravillosas con las manos. Yo aprendí a hacerlas y me encantaba.

Marmo: Claro, porque era una actividad que nos ocupaba la mente y no sólo el tiempo. Era algo que disfrutábamos, no se hacía por compromiso.

Carmen: No, cuando había un cumpleaños, el regalo, el festejo... todo tenía un entorno colectivo y secreto, para sorprender a la compañera.

Charo: Me acuerdo que llegó un momento en que me imponía muchas más manualidades de las podía encarar realmente. Siempre me ayudaban a terminarlas.

Paloma: Sí, porque también era una forma de comunicación con el exterior. Llegar con algo.

Charo: Yo después ayudaba a otras también. Me acuerdo de Judith, "ayudatutti", iba ayudando a todo el mundo a terminar, para mandar en el paquete. Cuando mi hermana tuvo que irse del país, le hicimos el famoso poncho en telar. ¿Te acordás?

Marmo: ¡El poncho aquel! ¡Rojo y negro!

Charo: Me ayudó todo el mundo.

Marmo: No me olvido más de ese poncho, ¡fue imponente!

Charo: Mi hermana lo tiene todavía.

Paloma: Además, el diseño de la guarda fue de la Puri. Para mí era la diseñadora de guardas. Sigue haciéndolo, como trabajo.

Charo: Yo, la verdad, hacía lindas manualidades. Nunca fui brillante pero hacía cosas decentes.

Marmo: ¿Te acordás cuando se te ocurrió hacer con el telar chiquito aquella cinta? El telar apretado que habías visto y a vos se te puso que lo tenías que sacar.

Charo: Con Isa.

Marmo: Hasta que les salió y quedaba como un cinturón con dibujo y todo. Era una pasión hacer eso.

Charo: ¿Y te acordás del macramé? El macramé me lo enseñó Isa. Ella lo sacó de una revista y como le faltaban manos para tensar las hebras, lo agarraba con los dientes, y así me enseñó.

Raquel: Cuando salimos con Paloma hicimos una pantalla de macramé cada una. Es la que tengo en el comedor.

Paloma: Yo la usé años. Continuamos haciendo muchas cosas afuera. ¿Te acordás, Charo, que intentamos estudiar juntas inglés? Que después no pudimos.¿Y el telar que nos compramos?

Charo: Isa y yo trabajamos y vendimos en la Feria del Libro.

Marmo: En el Penal había gente que no hacía casi nada. Yo me sumaba cuando salía alguna manualidad colectiva. Siempre estaba haciendo algo, pero finalmente eran trabajos colectivos. Hice pocas cosas individualmente.

Paloma: Yo hacía muchas. Pero eso depende de la personalidad de cada una. Hoy hago pintura porque me encanta.

Marmo: Pero había gente a la que no le gustaba y no lo hacía. Me acuerdo de la Petisa, por ejemplo, ayudaba a todo el mundo, pero no hacía nada para mandar en su paquete.

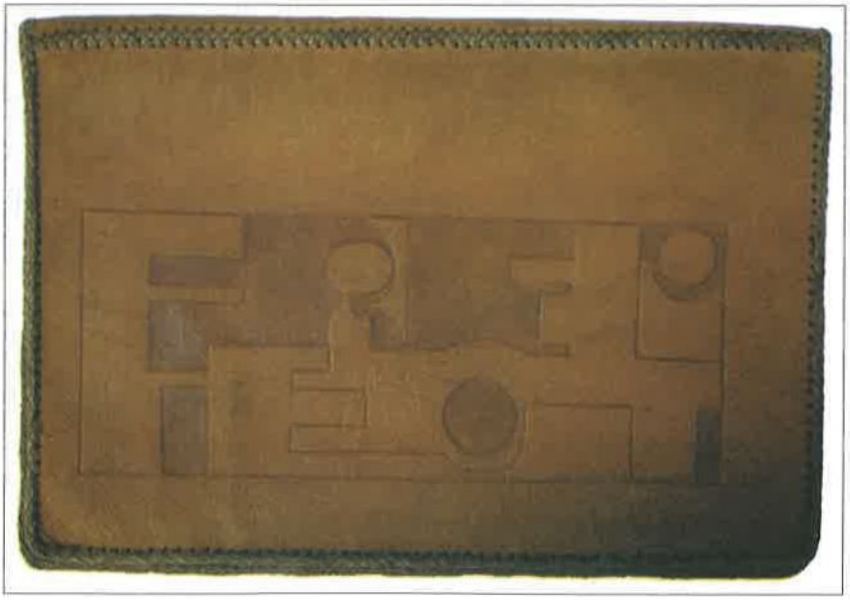
Paloma: ¿Te acordás que hasta se pegaba los remiendos del pantalón con pegamento?

Charo: Para no coser.

libertad – libertè – freedom – freiheit – azadutiún

Libertad era lo que buscábamos en forma permanente. La conocíamos en varios idiomas. Pero tanto machacaron los milicos con sanciones simples y a rigor por supuestas inclusiones del armenio en las visitas, que al fin nos tentaron a desafiar su censura idiomática. Así fue plasmada en color rojo la palabra ազատութիւն (se pronuncia *azadutiún*) en un tapiz bordado en lana. (Anahit)

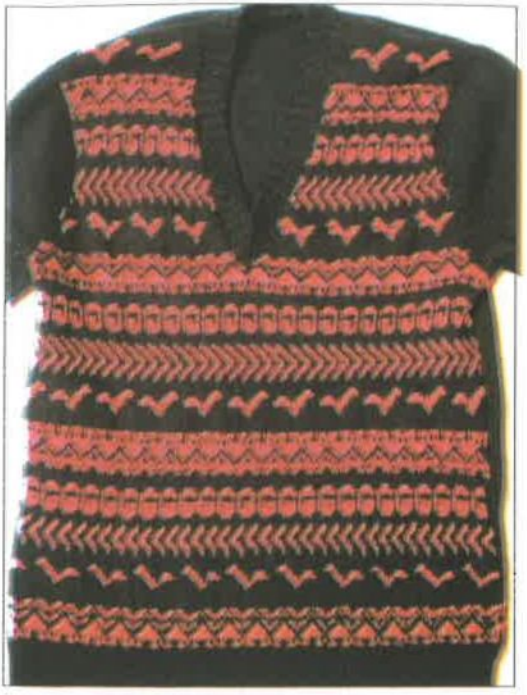
Siendo Lidia alemana, con ella aprendimos a cantar canciones de los campos de concentración, así como también la "Oda a la Alegría" en su idioma original. Asimismo, nos enseñó algo más de su idioma natal. Algunas aprendimos un poco, otras más, pero todas sabíamos lo más importante: decir y escribir *"freiheit"*. Y quedó repujado en una carpeta de cuero que también venció la censura. (Anahit)



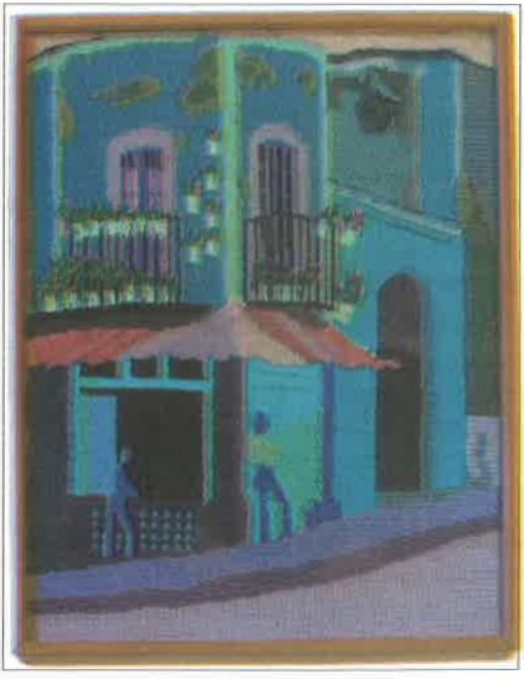
Dios de la Lluvia (der.)
Este amuleto me fue obsequiado en mi cumpleaños. Las compas pensaron en mi afición por la Historia. Primero fue seleccionado entre muchos otros huesos de la "tumba", luego prolijamente tallado con herramientas caseras, y finalmente pulido con pasta de dientes; la operación completa podía llevar semanas.
Fue objeto de culto en el sector "C", ya que frecuentemente me solicitaban que le rezara para que hiciera llover, y así no salir a la quinta. Los resultados no siempre eran exitosos.
Fue de las pocas cosas que elegí conservar y no regalar a las compañeras antes de salir. (Charo)

Para mi salida, las compañeras del sector A organizaron con tiempo, sin que yo lo supiera, un regalo. Se trataba de una colcha tejida en la que cada una hizo un cuadrado (¡hasta a mí me hicieron tejer uno, creída que era para otra compañera!). Y llegó el día: me hicieron aprontar mis cosas que guardé en una bolsa. Después me llamaron para hacer los trámites habituales y de allí al calabozo, la transición a la salida. Me entregaron la bolsa en la puerta del Penal. Cuando llegué a casa y la abrí, se desplegó la colcha con el color y el calor de las entrañables compañeras. Volví a meterme –en otra dimensión de tiempo y espacio– en el Penal. Para abrazarlas. (Paloma)

Este colgante en hueso lo talló Mónica para mi salida a la libertad: un amuleto de la suerte, con la guitarra en recuerdo de las tardecitas llenas de acordes y canciones. (Marmo)



Lo diseñaron varias compañeras y lo tejieron entre muchas, con la intención de ser usado en libertad. Las guardas de pájaros y casitas eran alusivas a nuestras ideas de libertad y vuelta al hogar. Pensado para mí, tiene guardas con la inicial de mi nombre. Los colores no necesitan explicación. (Marmo)



Yo quería tener en mis manos todos los azules, sus gamas. Recogí muchos restos de lana y luego me atrapó esa esquina, con la luz interior imponiéndose, la figura masculina y una ciudad "vieja" recordada. (Samber)

Marmo: ¿Y Fulvia? Tejiendo y tejiendo a una velocidad brutal. ¿Se acuerdan en el sector C cuando dijo "Gurisas, seis años no dan para nada"? Porque era tanto lo que tejía y mandaba, que no le alcanzaba el tiempo.

Charo: ¿Cómo era que le decíamos?

Paloma: Knitax, por la marca de la máquina de tejer.

Charo: Me acuerdo de una vez que jugamos a la "amiga invisible", no tenía nada que regalar y le dije Fulvia... y en media hora con "requeches" que juntamos, tejió un par de medias. Ana también, me acuerdo que hacíamos guantes y ella en el desayuno los cosía, ¡pero tenía una celeridad!...

Paloma: ¡Ay, los guantes con dedos de colores diferentes!

Marmo: Y cuando las compañeras hacían regalos para el Penal de Libertad, ¿se acuerdan? ¡Ahí metía la mano todo el mundo!

Paloma: Sí. Además era una forma de darle sentido a nuestra vida, una forma de expresarnos y decir cosas.

Charo: Pienso que también era una estrategia de resistencia, por algo cuando venía la requisa te rompían y te sacaban esas cosas, o te tiraban comida y basura arriba.

Paloma: Lo hacían porque querían desmoralizarnos.

Marmo: ¡Venían a tirar! ¡Y a romper!

Paloma: Las fotos, todo lo que tuviera valor afectivo.

Raquel: El tema era aislar, ¿no?

Paloma: Hacerte sentir el poder; que ellos lo podían hacer.

Raquel: Claro, aisladas y a merced de ellos.

Charo: Las manualidades fueron un buen mecanismo de resistencia, nos llenaban mucho la vida.

Raquel: Nos metimos en eso porque era una especie de laborterapia.

Marmo: No sólo las manualidades, todas las actividades que realizábamos en grupo.

los libros

Charo: Se acuerdan de la actividad intelectual, la lectura en grupo, las clases de historia, de literatura, de cine.

Marmo: Y la vida que empezaban a cobrar, entre nosotras, los personajes de las novelas que leíamos: Vadinho y aquel otro de "Tienda de los milagros". ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Pedro Archanjo. Porque los libros pasaban de mano en mano, se integraban a nuestras vidas. Como "Un mundo feliz" de Huxley, o el "Arte de amar" o "La casa verde". En el cuartel del kilómetro 14 fue impresionante porque había poquitos libros. Las cuarenta leíamos lo mismo, entonces era un continuo lleva y trae. Ya en el Penal al haber más libros no había tanto intercambio. Se intercambiaba en el grupo de lectura, pero no tanto con el resto.

Carmen: En el Fusna como había muy pocos libros y los leíamos todas, en las "tertulias"–como les llamábamos–, los comentábamos colectivamente, hasta la Biblia. En una época en la que sólo nos dejaron un diccionario nos "entreteníamos" mandándonos cartas entre nosotras con palabras sacadas de ahí. Recuerdo siempre una frase

que puso Cristina en una carta: "y ahí estaba decumbente cogitando" que quería decir "acostada boca arriba meditando".

Samber: Vieron cómo en cada lugar desarrollábamos distintos recursos.

Charo: Para mí "Gabriela, clavo y canela", es la voz de Isa. Tal cual. Después leímos también "Hijo de hombre", ¿se acuerdan?

Raquel: Todos esos me los leí sola, cuando la hepatitis.

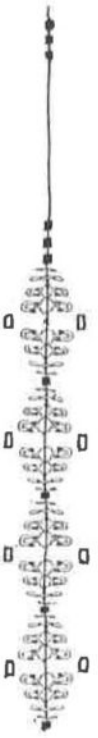
Carmen: No nos olvidemos que hubo épocas en el Penal en que nos sacaron todos los libros y los quemaron. El Crouzet del Siglo XX lo destrozaron con saña y lo quemaron.

Raquel: Estuvimos varios meses sin libros. Hubo una compañera que no sé cómo logró conservar escondido un libro en francés, de Romain Rolland. Hacíamos turnos y al fin pude leerlo por las noches, a pesar de mi pobre francés.

Paloma: En otra época sólo podíamos leer la revista "El Soldado" o los libros "recomendados" por el S2.

Charo: Algunas no los querían leer porque eran de los milicos y otras los devorábamos –sólo en esas circunstancias–, porque nos daban información sobre ellos.

(Testimonios recogidos en mayo de 1998)



relato de rosario caticha (charo)

pedazos de memoria

En realidad no fui una víctima inocente, tenía un proyecto de vida, de cambio, de sociedad solidaria que me ponían del otro lado de los dictadores. Ideas que por otra parte no eran originales en aquella época, las compartía con miles de mis compatriotas, que hubieran podido ser detenidos igual que yo.

la detención

Llegaron una mañana de abril del 75, preguntando por mí; yo preparaba mi clase sobre Egipto antiguo. Se suponía que aquel era mi año de suerte, hacía quince días que había conseguido una suplencia de muchas horas de clase en el Liceo Suárez.

Allanaron mi cuarto, peleé por mis cosas, se llevaron de allí muchos fragmentos de mi vida. Objetos subversivos –pruebas, dijeron– y cargaron con mis discos de los Beatles y La Soberana, mis libros, mis apuntes de la "revolución agrícola".

Recuerdo la cara de mi madre parada en la puerta, aterrada sin saber a dónde me llevaban. Hoy que soy madre puedo comprender mejor su miedo. Aquello aún me produce un sentimiento de culpabilidad por el dolor que mi prisión le provocó a mi familia.

Había trabajado con un abogado de presos políticos y visitado a mi primo en el Penal de Libertad. Sabía de la represión, de los malos tratos y de la tortura que fueron denunciados con reiteración en el Parlamento, cuando éste funcionaba. A pesar de toda esa experiencia "teórica", fue una sorpresa experimentar en carne propia todo lo que me ocurrió.

Entré al horror desde una juventud inmadura y protegida, sin más escudo que mis convicciones y mis afectos. Pensar en un mundo mejor, más justo y solidario para todos, resultaba terriblemente subversivo por aquellos días.

Me subieron en una camioneta militar y vendaron los ojos con mi bufanda, en mi propia calle Rivera y Pablo de María. El miedo, el temor al dolor, pero sobre todo a lo desconocido, invadió mi cuerpo. Qué me pasaría y a dónde me llevarían. El primer fichaje fue chocante: ¿a quién deben avisar en caso de muerte? ¿Tiene alguna enfermedad grave?

El plantón con mis propios discos de fondo, la capucha mugrienta. Creo que ni mi desnudez, ni la picana o el tacho, me causaron tanto horror como el enfrentamiento con aquellos "seres". Eran muchos. No eran mis iguales; gritaban, reían y hasta cantaban –"*the yellow submarine*"– mientras me torturaban; no pertenecían al género humano, por lo menos al que yo podía concebir. Recuerdo que pregunté: "¿usted cree en Dios?".

Afortunadamente nunca vi sus caras, pero sus voces me fueron imborrables por mucho tiempo.

Siguieron la oscuridad y el frío; era una noche de abril y yo estaba empapada. Me sentí terriblemente sola. Me amenazaron con matarme y tirarme en el Parque Lecocq, no lo creí; pero cuando en plena noche me subieron a una camioneta militar y arrancó, me asusté realmente. Todo terminó en un recorrido para volver al que se convirtió en "mi rinconcito" en un barracón.

Mis recuerdos del cuartel siempre están asociados al olor a mugre añeja. El frío de la mañana me traía el aroma fuerte y agradable del café de malta. Estaba encapuchada, no lo podía ver, pero lo olía y lo tocaba. El jarro de metal caliente era agradable, calentaba mis manos heladas. Ese abril fue muy frío.

Luego el rápido aprendizaje, la interpretación de signos, de señales, de gestos, de ruidos. El encuentro furtivo con los otros compañeros presos y alguna charla, las "miradas" por debajo de la capucha –deshilachada para ver mejor–, el trato amistoso de los soldados rasos cuando estaban solos, sin oficiales, sin presiones. Por ellos supe que estaba en el 5º de Artillería. Poco a poco, aquello se fue haciendo terreno "conocido". Apareció la comida, el primer paquete y carta a mi familia. El alivio de que supieran donde estaba.

Tuve en el cuartel un sueño recurrente: salía, pero debía volver al toque de bandera –que era una referencia horaria, en aquel mundo sin tiempo–, juntaba libros, pinza de cejas, rulero para el torniquete, ropas, frazadas, y me apresuraba para, prolijamente, estar en hora.

Los soldados del 5° eran en su mayoría del interior, ellos eran los que nos llevaban a la tortura pero también nos cantaban, traían comida a escondidas y a veces noticias internacionales. Algunos nos contaban sus vidas y nos pedían consejos.

Me juntaron con otras compañeras, no las conocía, pero me envolvieron con su abrazo solidario: éramos varias, éramos una. Allí comencé a construir una vida colectiva.

el proceso

Los abogados dijeron a mis padres que en realidad no había un motivo concreto de procesamiento y que saldría en pocos días. Desde el cuartel, y luego del interrogatorio, fui llevada en las condiciones habituales –parada en un camión, esposada por detrás, vendada– al juzgado militar. Un funcionario me informó, sin protocolo, que había sido procesada. Lo que me sorprendió y fastidió. No tenía sentido preguntar por qué. Estaba en manos de la justicia militar. Me decidí a preguntar: ¿cuánto tiempo? Respondió: "De 6 a 18". "¿Meses?", pregunté. "No, años", contestó con total frialdad.

Me procesaron por "Asociación subversiva", por actos supuestamente cometidos en el año 1971. El juez alegó "delito de pensamiento subversivo permanente", "si lo pensaba en el 71, lo piensa ahora". Salvaba con una ficción la inconstitucionalidad de la retroactividad de la ley. Para los milicos todo era agravante: ser mujer, haber tenido acceso a la cultura, estudiar Historia.

Por supuesto que –con mis 23 años– no pude asimilar la idea de estar tantos años en prisión, decidí pensar que la dictadura no duraría para siempre, y que yo no cumpliría semejante pena, lo que no impidió que fuera un golpe muy duro. No sólo para mí: en el cuartel éramos ocho mujeres en un celdario común; y aquello fue una señal para todas.

Aquel era un mundo sin objetos, sin pertenencias; tratábamos de hacer algunas manualidades inventando materiales de la nada, eran horribles, pero nos sentíamos muy orgullosas cuando mandábamos algo en el paquete. Mi madre se esforzaba en llegar hasta mí con pequeños detalles, la ropa perfumada o pétalos de flores. Ella fue especialmente ocurrente en estos pequeños signos que traían hasta mi celda el mundo de afuera.

el cambio de cuartel

Un día, por la mañana, dieron la orden de preparar todas las cosas con rapidez. No costó, no eran muchas. ¿A dónde vamos; qué nos va a pasar? ¿lo informarán a nuestras familias? No hubo respuestas. Encapuchadas nuevamente, la incertidumbre y el miedo de dejar un lugar "conocido" por otro nuevo. En el gran camión militar –por suerte nos tocó una guardia de soldados "piola"–, nos dejaron "vichar" la calle. Me pareció reconocer el Prado.

No imaginé cuántos años tardaría en volver a ver las veredas, la gente caminando, los niños con túnicas.

Estábamos tristes y asustadas, no sabíamos si nos dejarían juntas. Nos ingeniamos para despedirnos de los soldados sin que lo advirtieran los oficiales, nos dejaron en manos de policías militares femeninas, en este sentido todo iba a empeorar.

Desembocamos en un barracón grande sin saber nada, paradas frente a un muro. Todo lo que veíamos era el piso por donde íbamos pasando; oímos murmullos de mujeres. Detrás, una voz me nombra por mi seudónimo de infancia: "Charito". Era Paloma –compañera de la escuela Sarmiento– ¡qué sorpresa!, qué tonta seguridad y alegría me dio encontrarla, una referencia en el "nuevo mundo".

En el barracón de "el 14" conocí a Raquel, Marmo y Samber; allí vivían junto a otras compañeras las "retenidas".

En general, todas fuimos más o menos rebautizadas en nuestra nueva vida. Algunas conservaron hasta hoy esos nombres. Fuimos por mucho tiempo cuarenta mujeres encerradas en un barracón. Allí también tuvimos un bebé y luego otro. Ambos nacieron en cautiverio, tuvimos que aprender a convivir con ellos, la higiene, el silencio respetuoso de su sueño. El día que separaron a Luis Eduardo de Elena –su madre– fue uno de los más tristes que recuerdo. No la dejaron llevarlo hasta los brazos de su abuela, lo tuvo que entregar a una milica. Nos quedamos todas muy calladas.

Aprendimos en los desayunos a no llegar demasiado al fondo del tacho del café con leche para no encontrar los fideos de la noche anterior. Allí, en rueda del mate mañanero nos contábamos nuestros sueños. Algunas soñaban lindo; yo generalmente no recordaba nada. En "el 14" no salíamos casi nunca al recreo, y había un baño chico para todo uso; pero con una gran ventaja, los milicos no nos veían desde la guardia, y al entrar abrían un candado que nos alertaba. Aquello nos daba una cierta intimidad. En esa dura vida de hacinamiento nos organizamos, reímos mucho, lo satirizamos todo; allí las primeras grandes representaciones para fin de año; allí las primeras sanciones. Reírnos fue en muchos momentos el mejor modo de resistir.

la primera visita

Supongo que fue duro para mis padres verme llegar esposada y con capucha; nunca volvimos a hablar de eso. Fue raro estar juntos pero ya perteneciendo a mundos separados. No me pueden ayudar, no me pueden proteger, tengo que valerme sola. Se van, yo me quedo. Para ellos la vida ya no será nunca más la misma, tampoco para mí.

los paquetes de mi madre

Se casó mi hermana. Me privaron de estar, no pude ayudar en los preparativos, no pude abrazarla y verla feliz. Sería el comienzo de una larga serie de eventos familiares en los que no estuve y hubiera deseado estar. Gracias a la astucia y perseverancia de mi madre –burlando reiteradas prohibiciones–, comimos torta de bodas en pequeñísimos trozos compartidos con las compañeras.

el penal de punta de rieles

Llegué sola al que sería mi "hogar" por muchos años, con muchas representaciones previas, trasmitidas por las compañeras "retenidas". Allí comenzarían nuevos aprendizajes. El relacionamiento con los milicos cambió radicalmente. Todo estaba más o menos prohibido para crear mayor inseguridad, la normativa no era clara. La llegada implicaba la revisación médica para salvar posibles responsabilidades, y la clasificación ideológica. Allí fuimos clasificadas, observadas y vigiladas rigurosamente. Como fui considerada "liviana", me enviaron al sector C.

El sector C era la antigua capilla, que habían acondicionado con una puerta-reja, con techos muy altos, ventanas luminosas y piso de mármol. No parecía una cárcel. Su piso era de "mármol puro" y blanco, como solía repetir el Comandante Barrabino a los ilustres visitantes; conservaba su altar y su coro. En el coro de la capilla había una puerta con espejo, aparentemente sin sentido, pues se abría al vacío. Era para vigilar nuestro mundo. Por las noches podían verse, al trasluz, las siluetas de nuestras carceleras. Al principio, el complejo persecutorio era intenso. Aunque no sabíamos si nos observaban durante todo el día, pero lo sospechábamos. Luego aprendimos a convivir y a burlar la vigilancia.

El contacto con los milicos y las milicas era muy directo. La mentalidad militar me fue extraña. Nuestros profesores nos habían estimulado en el pensar, en el juicio crítico. Allí reinó el sin sentido. Recibir órdenes que debían ejecutarse sin objeciones, ni preguntas, no fue fácil. Las milicas sólo tenían una respuesta: "es una orden".

La sensación de surrealismo me acompañó durante toda mi vida carcelaria: "Es ilógico y absurdo, no lo estoy viviendo, no soy yo".

La izada de bandera al alba era peculiar. Había que salir sin guantes ni gorro a congelarse y, respetuosamente, asistir al toque de bandera. Un burro –entre los múltiples animales que había– rebuznaba frecuentemente fastidiado por el desafinado sonido de la trompeta. Era el único que podía expresar su protesta sin ser sancionado. A pesar de todo, bajar a bandera tenía sus ventajas. Estaba totalmente prohibido comunicarse con otros sectores, pero como formábamos en orden era el momento de vernos con los otros sectores; saludos tocándose el pelo y falsas toses hacían que las milicas se volvieran locas tratando a gritos de impedirlo.

de cómo se vivía por aquellos tiempos en el penal de punta de rieles

Perdimos todo contacto con las noticias del exterior. En ese extraño mundo sin diarios, ni radio o TV, nos ingeniamos para recrear la realidad. Laboriosamente, como se arma un rompecabezas, reconstruíamos la realidad a partir de los pedazos que llegaban. Todo servía: las encantadoras revistas frívolas, algún libro inocente para la censura, lo que mi padre comentaba en las visitas sin importarle mucho la censura, y lo que traían las compañeras de reciente caída. Así, por ejemplo, recuerdo que en el 79 me vine a lamentar de la muerte de Franco ¡en su cama! Sospecho que, a pesar de intentarlo, no lograré nunca rellenar los innumerables "baches" de aquella época.

Intentaron hacernos perder nuestra identidad, éramos un número sin nombre, fui el 260 –me gusta el 6–. Vestíamos un uniforme de brin color gris elefante. Era el mismo en invierno y en verano. Me tocó el bolsillo azul del sector C. El bolsillo de determinado color y el gran número en la espalda, creado para identificarnos rápidamente, también nos sirvió a nosotras para tener datos de las compañeras de otros sectores. El pelo cortado por reglamento estilo "pillete" y el uniforme, nos hacía parecernos a todas.

"Numerarse" implicaba pararse en fila y contarnos; tenían la manía de contarnos innumerables veces durante el día por posibles evasiones –el sueño de todo preso–, pero ¿a dónde ir? El Uruguay todo era una cárcel.

Los milicos nos llamaron reclusas; las milicas nos decían "las yeguas", o "las sediciosas". Nosotras nos llamábamos las "compas", las "gurisas", no importaba la edad. La palabra gurisas nos remite al mundo de la solidaridad, el grupo, el calor, y las pequeños y grandes momentos compartidos.

En el C conocí a Carmen.

Yo dormía en el ala izquierda de la capilla, en la cucheta de arriba, junto a una ventana. Estaba prohibido mirar –pero igualmente lo hacíamos–. Desde allí se podía ver el campo y las estrellas, muchas estrellas propias de la vía láctea en el sur. Me gustaba mirarlas en el verano, me arriesgaba a una sanción, estaba prohibido pero valía la pena.

Siempre nos animó la idea de sobreponernos a ese mundo "ajeno e inferior". Muchas veces "usamos" al poeta que nos había expresado en palabras mejores que las nuestras: *Quién encierra una sonrisa, quién amuralla una voz...* Nos gustaba pensar que *no hay cárcel para el hombre.*

Era un mundo de alertas constantes, de interpretaciones de cada pequeño signo, dato o gesto visto a la distancia. De aprender códigos para comunicarnos con otros sectores a pesar de prohibiciones. No siempre las interpretaciones coincidían con la verdad; había algunas de nosotras más osadas, o más expertas en observar y comunicarse. Fue el mundo de los mensajes ocultos que había que interpretar.

los "cumples"

La vida social era agitada; siempre alguna cumplía años. Se preparaban en secreto comidas y bebidas, verdaderas delicias imaginativas pensadas con los elementos que entraban en los paquetes para complementar la comida de la prisión. Mis preferidos eran los "beberajes". Se hacían dejando fermentar alguna cáscara de fruta que ocasionalmente entrara en el paquete. Esta bebida debía permanecer oculta y guardada celosamente. Debo confesar que los resultados no eran maravillosos, pero tenían el sabor de lo secreto, preparado para alguna ocasión especial. Una vez, una requisa acabó con uno casi pronto. La represalia por el descubrimiento derivó en un exterminio de los "yocos". Recuerdo que alguna gritó:

"Gurisas, asesinaron a los 'yocos'". Colonias enteras fueron volcadas por el inodoro, sin clemencia. Pero dos pequeños sobrevivieron, pegándose tenazmente al fondo de un frasco. Laboriosas manos, con paciencia, reconstruyeron la colonia y volvimos a tomar yogur, y volvimos a tener una pequeña victoria.

Recuerdo con mucho cariño mi cumpleaños número 27. Las "compas" me regalaron un "tesoro arqueológico", numerosas vasijas y jarritas de papel maché, pintadas simulando cerámica o terracota, con su datación y todo.

Las requisas eran sorpresivas y frecuentes. Los milicos entraban, "todo el mundo afuera", pasábamos las horas caminando en el patio de recreo, y al volver el caos esperado. Tiraban todo al suelo, colchones, comida, ropa, nuestras pertenencias más queridas, rompían las manualidades que estábamos haciendo, el regalo de un hijo, la foto de un hermano. En una de ellas se fue mi "tesoro arqueológico" y me causó mucha bronca. Los milicos tenían bien claro que todos estos "cariñitos" que nos hacíamos significaban mucho para nosotras, por eso trataban de quitárnoslos con saña.

la locura

Un triste día XX enloqueció. Comenzó a escuchar voces y a despegarse de nuestra realidad, interpretando signos cotidianos como agresiones amenazantes. Todo el rigor de las rejas cayó sobre nosotras.

Se podía ayudar a una compañera a preparar el regalo de su hijo, cantar en coro burlando prohibiciones para festejar un cumpleaños, leer cartas y tantas otras estrategias de supervivencia que habíamos ideado consciente o inconscientemente para superar el maltrato, la humillación cotidiana, la incomunicación. Pero no sabíamos, no podíamos desde la prisión volver a XX a la cordura.

No era nuevo, muchas compañeras habían decidido evadirse de una realidad que les era insoportable, pero no lo esperaba de XX. Firme, solidaria, equilibrada, la que por su profesión era sostén y consejo de todas.

Sólo a partir de ese momento vislumbré la posibilidad de que a mí también me podía ocurrir. El miedo a la locura se instaló más o menos fuerte entre todas. Y comenzaron los cuidados para que no se autoeliminara, lo intentó varias veces agarrando los cables del baño. Fueron largas jornadas de ocho horas de trabajos forzados en la quinta y por las noches guardias secretas, vigilancias por turnos para cuidarla. Un día se la llevaron al Hospital Militar. Volvió rara, distinta, nunca volvió a ser la misma.

las alarmas

Convivíamos con las alarmas, sonaban a cualquier hora de noche o día; si estábamos afuera, en la quinta, nos obligaban a correr a paso ligero al sector. En la puerta del C había un curioso cartel, prolijamente escrito con tinta y letras hechas con regla que decía: "Ante el toque de alarma las relusas harán cuepo a tiera. Las actividades se dirigirán a paso ligero"(sic).

Había que tirarse sobre el mármol duro y puro, así nomás, sin protección, desde la cama por ejemplo. Siempre alguna de nosotras gritaba "relusas cuepo a tiera", lo que provocaba la hilaridad generalizada y liberadora, a pesar de la tensión del momento. Nunca se sabía si era un rutinario ejercicio, un juego de guerra o si pasaba algo grave; ni qué nos harían.

Lo cierto es que a las soldados estos ejercicios las ponían muy nerviosas, y siempre había gritos y amenazas con golpearnos.

el trabajo forzado

El trabajo obligatorio fue de las tareas que más odié de la "cana". Reconozco que para muchas "compas" era el momento de salir y tener contacto con la naturaleza. El hecho de ser jóvenes nos daba ventajas físicas, pero por eso mismo nos obligaban a trabajar hasta ocho horas por día según el período. La quinta era terrible, el uniforme de brin bajo el sol rajante o con dos grados bajo cero, más las azadas desafiladas y la vigilancia permanente de las milicas gritando que pusiéramos voluntad en el trabajo, eran de terror. Siempre terminaba alguna sancionada. Todavía hoy cuando siento olor a pasto cortado me acuerdo de aquella terrible experiencia. En una época decidimos resistir trabajando a desgano, muy a desgano, lo que significaba realmente un gran desgaste. Estaba totalmente prohibido traer cualquier cosa de la quinta. Yo burlando la vigilancia recogía flores o yuyos para las compañeras que estaban enfermas y no podían salir.

Un día me tocó a mí también el calabozo. Hacia allí marché, sancionada por un oficial por protestar la orden de cargar con más piedras la carretilla de Gladys que era asmática, y "poner los brazos en jarra".

Mientras me llevaban, desde la quinta pensé aprovechar la soledad del calabozo para pensar en cosas que el escándalo permanente en el barracón no me permitían. Repasar temas:

geografía, procesos históricos, etcétera. Entré por un corredor que me pareció muy angosto y oscuro. Me metieron en la celda, me dediqué a reconocer el terreno, era pequeña, tenía una ventana tapiada con agujeritos, eran veinte o veinticuatro. Hacía mucho frío y sólo había una litera, el colchón me lo trajeron después.

Había que bañarse con agua fría a las seis de la mañana, bajo la atenta mirada de las milicas. Yo simulaba disfrutar el baño por no darles el gusto y hasta cantaba, pero el agua salía como agujas de hielo. En el calabozo no había comida extra y no se podía ir al baño cuando uno quería. La humillación allí era, desde luego, mayor. Las milicas nos miraban por una mirilla sorpresivamente para vigilarnos, pero en general se sentían los pasos y daba tiempo a ocultar lo que se estuviera haciendo -florcitas de miga de pan, generalmente- o dejar de hacer gimnasia, que estaba prohibida.

También se escuchaban las conversaciones de las milicas entre ellas y con los oficiales de guardia. Una noche escuché una voz masculina; mi cuerpo se llenó de horror. Tardé unos minutos en darme cuenta qué me producía ese miedo, era un oficial del 5° de Caballería, quien me recordó los primeros momentos de detención, pensé que volvería a interrogarme pero no lo hizo, fue tan sólo una casualidad.

En verdad nunca se estaba sola. Aprendimos a comunicarnos con golpes en la pared, cada golpe era una letra, teníamos interminables y dificultosas charlas. Por debajo de la puerta había una rendija, por allí hablábamos con el lenguaje de las manos a las celdas de enfrente. El tiempo no daba para nada, no había reposo. Pero resultaba que luego de tantas horas se congelaba la barriga, o la columna quedaba destrozada. El toque de silencio desataba los golpes de buenas noches. Las milicas enloquecían intentando impedirlo, por más gritos que daban nunca lo lograban.

Las compañeras silbaban afuera, al colgar la ropa, charlaban entre ellas para contarnos los últimos acontecimientos ocurridos en el celdario. En el calabozo me perdí la visita, ¿les habrían avisado a mis padres?, ¿se habrían enterado recién en la barrera que no me podrían ver? Desde mi calabozo y por la rendija del piso conocí a Anahit, o mejor dicho sus dedos. Encerradas, nunca nos vimos las caras. Muchos años después, ya en libertad, nos reconocimos trabajando juntas en el IAVA.

De allí salí con muchos relatos de vida de "compas", de quienes jamás vi el rostro.

Leí muchísimo en la prisión, todo lo que cayó en mis manos. Estaba prohibida toda actividad luego del "toque de silencio", pero a mi cucheta llegaba la luz de la guardia, lo que me permitía continuar la lectura. Llegué al récord de cuatro o cinco novelas por semana, mucho más de lo que estábamos autorizadas a pedir. En otras épocas nos quitaron todos los libros y sólo quedaron los "recomendados por el S2". También me los leí, y hasta la revista "El soldado". También teníamos el sistema de lectura compartida, una leía, otra cebaba mate y las otras en rueda hacíamos manualidades.

la salida, esa contradicción

Cuando yo salga a la vida,
mi casa no tendrá puertas,
abierta siempre a la vida
al aire y al sol abierta
para la risa del hombre...

Este poema sonó en mi cabeza durante esos cinco años con reiteración.

Entré y salí de la cárcel un 14 de abril –"Día de los caídos en defensa de las instituciones"– con cinco años de diferencia.

La proximidad de la libertad era un suceso emocionante y laborioso. El ajuar sorpresa era objeto de planificación minuciosa, diseño y ejecución por parte de todas. Cada una pensaba un símbolo, un detalle acorde a los gustos de la futura liberada, que dejaba bordado o pintado en alguna de sus prendas. El mío tuvo mocasines indios, blusón pintado a mano, billetera y bolso repujado con bisontes y ciervas saltando en Altamira, pañuelo bordado, pulsera y amuleto protector. Cada una había elaborado un pedacito de vida que abrazarían para siempre mi cuerpo y mi alma.

Muchos diseños estaban prohibidos, debíamos ingeniarnos para decirnos algo cálido, profundo, sin que despertaran sospechas en nuestros carceleros, propensos siempre a censurar una paloma, una rosa o una fogata por peligrosas y subversivas.

Un día –¡por fin!– cumplí mi pena. Nadie estaba seguro de cuándo, ni hacia dónde saldría, si sería retenida, si sería expulsada del país.

Salí a la vida –en realidad a la otra vida– y fue ciertamente muy diferente a cómo la había soñado mil veces. Todavía hoy me cuestan mucho las despedidas.

Entraron dos milicas a la barraca gritando: "Atención, todas afuera, 260 tome todas sus pertenencias y salga". No me dejaron abrazar a mis compañeras, ni mirarlas, ni despedirnos. Odié a esas milicas mucho más que de costumbre. Me tuvieron el resto del día en la enfermería.

A veces recuerdo el camino del celdario a la barrera –recorrido sola, lentamente– que me acercaba a la libertad y al abrazo protector de una familia que yo descontaba esperándome "al firme" –como así ocurrió–; y me separaba de mi vida de este lado. Fue un momento contradictorio. Las gurisas quedaron trabajando en la quinta, colgando ropa, arriesgando una sanción por despedirme.

En la barrera estaban mis padres y mis primos. Nos abrazamos muy fuerte, hacía muchos años que no los tocaba.

el imposible regreso a "Itaca"

Fue extraño volver a vivir del "lado de afuera". Salí en plena dictadura, tenía un mundo de vida para contar, pero no era adecuado hacerlo. Muchos no querían saber lo que habíamos pasado, otros pensaban que era mejor no hacernos recordar, o quizás no querían oír lo que teníamos que contar.

Mi cuarto estaba intacto como lo dejé, así lo había guardado mi madre para que yo lo arreglara a mi gusto. Me sorprendió el reencuentro con mis objetos, gustos, libros, afiches que me devolvían la que fui y había olvidado. Esos cinco años fueron sin duda los más intensos de mi vida.

Todavía en dictadura, el mundo montevideano había cambiado –desde la moneda, a una calle 18 de Julio a la que insólitamente le habían arrancado los árboles–; por suerte el río estaba igual esperándome, como el afecto protector de mis padres y mi familia. Algunos amigos "de fierro" me ofrecieron cuanto podían darme; otros no pudieron acercarse. Los menos por indiferencia; los más por temor.

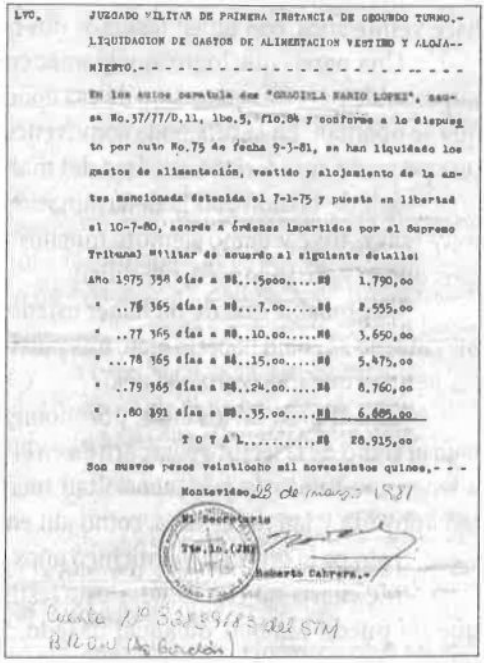
En los ojos y en las actitudes de la gente se advertía que quienes estaban en la cárcel no eran exclusivamente aquellos que padecían el encierro entre las rejas de las prisiones y de los cuarteles.

Teníamos que reportarnos semanalmente al cuartel con un cuadernito a firmar, gracias a lo cual conocí muchos lugares: Piedras Blancas, Toledo, el Prado.

No podíamos reunirnos ni salir del departamento y menos del país. A menos que pagáramos la "deuda" por la estadía en prisión. Nos pasaron la cuenta por la estadía, por la comida y por ropa, a precio de hotel, digamos, de tres estrellas, sin exagerar. Yo quería viajar a ver a mi hermana, por lo que la deuda fue pagada –con gran esfuerzo– por mi padre. Fueron $ 25.427 pesos uruguayos. Una cifra descomunal –para un trabajador, en ese momento–, por cinco años de "estadía".

La democracia –luego de un penoso y largo trámite burocrático– nos devolvió el dinero.

Nací en Montevideo, hace cincuenta y un años. Mi madre, maestra de jardinera y mi padre, ingeniero industrial, nos educaron a Helena, mi hermana menor, y a mí, en amor por el estudio, valores cristianos y afectos seguros y protectores.



Lyc. JUZGADO MILITAR DE PRIMERA INSTANCIA DE SEGUNDO TURNO.-
LIQUIDACION DE GASTOS DE ALIMENTACION VESTIDO Y ALOJA--
MIENTO.- -
En los autos caratula dos "GRACIELA MARIO LOPEZ", cau-
sa No.37/77/D.11, lbo.5, fio.84 y conforme a lo dispues
to por auto No.75 de fecha 9-3-81, se han liquidado los
gastos de alimentación, vestido y alojamiento de la an-
tes mencionada detenida el 7-1-75 y puesta en libertad
el 10-7-80, acorde a órdenes impartidas por el Supremo
Tribunal Militar de acuerdo al siguiente detalle:

Año 1975	358 días a	N$...5ooo.....	N$ 1.790,oo
" ..76	365 días a	N$...7.oo.....	N$ 2.555,oo
" ..77	365 días a	N$..10.oo.....	N$ 3.650,oo
" ...78	365 días a	N$..15.oo.....	N$ 5.475,oo
" ..79	365 días a	N$..24.oo.....	N$ 8.760,oo
" ..80	191 días a	N$..35.oo.....	N$ 6.685,oo
	T O T A L	.....	N$ 28.915,oo

Son nueve pesos veintiocho mil novecientos quince.- - -
Montevideo 28 de mayo 1981
Mi Secretaria
Tte.1o.(Int.)
Roberto Cabrera.-
Cuenta 1º 3239578 22 STM
B.R.O.U. (Ag. Barcelona)

Como ejemplo de la "liquidación de gastos", el recibo de Paloma

Podría decirse que tuve una infancia feliz, con bases afectivas e intelectuales sólidas y un "futuro prometedor".

Una familia venida de Cataluña pobló mi infancia de cuentos en catalán. Mi abuelo paterno abandonó la gran Siria –que siempre amó–, sospecho que buscando evadir otras guerras y persecuciones. Mi bisabuelo galés –desertor de la armada británica– completaba un panorama de mezclas, del cual siempre me sentí orgullosa heredera. Fui estudiante del IAVA en el 68; un mundo nuevo de rupturas y utopías se abrió ante mí. Conflictivos tiempos de sueños y luchas por un mundo mejor para todos. Una Iglesia posconciliar tuvo mucho que ver con mi amor al prójimo, mi compromiso con los pobres y ansias de luchar contra la injusticia social. Mi frustrada vocación por la arqueología me llevó a estudiar Historia y en el Instituto de Profesores Artigas encontré mi segunda vocación.

1975, "Año Internacional de la Mujer" y de la "orientalidad" me encontró con 23 años, aprendiendo y enseñando Historia a adolescentes en un país sometido a la crisis y a la dictadura.

La dictadura destrozó –como la de tantos otros– nuestra vida familiar. Mi hermana "emigró" a Cataluña y allí estudió y formó una familia. Mis primos se refugiaron en Buenos Aires. Mi primo Horacio no logró sobrevivir al Penal de Libertad. Mi amiga Charo –la "cacheta"– de veinte años, quedó "desaparecida", seguramente en el fondo del Río de la Plata. Pero de estas vidas, aún me resulta extremadamente doloroso acordarme y no puedo hablar.

Me llamo Rosario, desde la infancia me dicen Charo. Comparto mi vida con Carlos hace veinte años, con quien tenemos dos hijos: Cecilia de 18 y Santiago de 16.

Una pareja que logró amalgamar conflictos y amor; y que en los años 70 hubiera sido impensable para mi sectarismo de esa época, dado que proveníamos de sectores de izquierda que se oponían. En la prisión la convivencia me hizo madurar mucho al respecto. Vivimos en una pequeña casa a cinco cuadras del mar. Soy profesora de Historia. Sigo estudiando.

Salí de prisión con la determinación de hacer todo lo que me había sido vedado. Soy muy tenaz, tuve y tengo siempre muchos proyectos que medianamente voy logrando en un país que lo hace todo bastante difícil.

Es probable que de no haber estado presa nunca me hubiera propuesto escribir sobre mi vida; no sé cómo hacerlo bien, mis palabras nunca estarán a la altura de lo que siento, ni de las heridas que todo esto nos dejó.

Con el paso de los años, por momentos me entra la nostalgia del bordado o del telar, bajo el signo de la lectura compartida en el gineceo. No añoro la prisión, pero nunca he vuelto a tener un sentido de pertenencia tan fuerte a un colectivo, tan formando parte de un todo, tan apoyada y tan necesitada, como allí entre "las compas".

Esto es lo que casi veinticinco años después puedo recordar, y quiero recordar.

Me cuesta mucho brindar este testimonio, me angustia sobre todo lo irremediable, lo que no puedo cambiar de aquel pasado. Siento que tengo que hacerlo porque todo esto y mucho más me pasó a mí y a tantas mujeres y hombres que vivieron en dictadura. No quiero que estas historias desaparezcan con nosotras, y sobre todo, que vuelvan a pasarles a otros.

visitas del exterior

Carmen: Fuimos "exhibidas" ante distintas delegaciones que nos visitaron con diferentes intenciones. La mayoría de las veces no nos informaban quiénes eran. Nuestra actitud debía ser siempre la misma al grito de "Atención", calladas, de pie, inmóviles, frente a la cucheta, sin responder nada.

Samber: Algunas compañeras hicieron denuncias y como consecuencia fueron sancionadas. La Cruz Roja Internacional nos visitó en dos oportunidades y en 1980 hicieron entrevistas personales; allí se denunció el planificado hostigamiento psíquico y físico.

Charo: Vinieron muchas visitas; el Consejo de Estado, los embajadores aquellos.

Raquel: Los embajadores, me acuerdo.

Paloma: Fue cuando Sarita denunció una vez más la desaparición de su hijo Simón, que los milicos le habían arrancado de sus brazos a los veinte días de nacido.

Samber: ¿Te acordás que vinieron una cantidad de embajadores y recorrían el sector?

Barrabino iba adelante gritando todas esas "pavadas" que decía siempre sobre la capilla y su piso de "mármol puro". Entonces uno se quedó medio atrás y preguntó "¿Qué tal, cómo las tratan?". Nosotras teníamos el verso preparado, "Yo, en mi condición de presa política no puedo hacer declaraciones".

Charo: Esos fueron los embajadores, el inglés vino solo. ¿No te acordás que estábamos en cocina y nos dieron delantales "impolutos", blancos, para que en cocina pareciéramos unas bellezas y la Petisa, lo primero que hizo, como siempre, fue enchastrarse. Agarró unas papas y se las refregó adrede para estar sucia.

Marmo: Para esas cosas la Petisa era como mandada a hacer.

Charo: Volvimos al sector y la gorda Elina estaba acostada, tenía un absceso en la cadera. Nos reíamos y le decíamos "mirá ahora va a venir el embajador y te va a preguntar qué tenés. Y vos tenés un exceso", por lo gorda. Viene el tipo y ¿qué le dice? "¿A usted qué le pasa?". Ella, distraída responde "Tengo un exceso". Ahí nos empezamos a morir todas de risa. Acostada así, la gorda, diciendo "tengo un exceso"...

el vocabulario

Anahit: A muchas se nos había achicado el vocabulario, gente joven que cayó joven, que estuvo muchos años encerrada.

Paloma: Empobrecimiento del lenguaje.

Anahit: Por supuesto, muchos años encerrada con la misma gente, en un núcleo muy chico y que con pocas palabras se las arregla para entenderse. No era necesario explayarse. Además, teniendo muchas veces las soldados al lado, obviamente tratábamos de expresarnos con algún gesto y con las mínimas palabras, con los ojos, la nariz. Entonces vas restando. Por otro lado, yo no decía "malas palabras" y empecé a decirlas como lo más natural. Antes me resultaba algo muy grosero y fuerte, después no. "Soretear" era una palabra que jamás se me podía ocurrir, y hoy cualquiera la dice como lo más natural.

Raquel: En tu caso, Anahit, te amplió el vocabulario.

Samber: Pero vos fijate que teníamos mucha rabia también, mucha rabia adentro por la situación en la que vivíamos.

Anahit: ¿Y qué tiene que ver con el vocabulario?

Samber: Claro, ¡son expresiones naturales!

Charo: Creo que cambió nuestro léxico. Se empobreció, sí, pero incorporamos muchos términos de la jerga militar, que los usábamos con ironía.

Raquel: Muchos términos pasaron a formar parte de nuestro lenguaje cotidiano, como "fajina", "rancho", "tumba".

Samber: También teníamos nuestros propios códigos con palabras inventadas por nosotras como "castiguitos" o "boniatos" –para las manualidades–, "bebotes" –para los tachos de la comida–, "compas" , "boligoma" –para el pegote de carne al que llamaban hamburguesa–.

Paloma: También incorporamos vocabulario de las novelas que leíamos en conjunto y las compañeras que venían de distintas zonas del país aportaron lo suyo.

la "lógica militar"

Raquel: A casi todas nos fue difícil la adaptación a la mentalidad militar que funciona con códigos, gestos y órdenes ritualizados que no admiten preguntas o razonamientos como los que estábamos habituadas a formular fuera de aquel "mundo".

Charo: Nunca pude habituarme a las órdenes como: "¡haga desaparecer esas bombachas!", refiriéndose a las que colgaban en una banderola del baño. Pensaba ¿dónde vamos a ponerlas todas mojadas, si no se pueden colgar afuera? ¿Qué pretendían, que hiciéramos magia?

Anahit: Las órdenes no se podían discutir. Nosotras colgábamos las bombachas en las cuerdas, tapadas con toallas. Si se secaban bien, y si no, paciencia. Adentro no había lugar, y todas amontonadas no era muy higiénico.

Paloma: Lo que pasa es que ellos no discuten las órdenes, entonces menos iban a aceptarlo de nosotras. Recuerdo que una vez en "el 14" una milica que pasa de recorrida le dice a Luisa que saque los zapatos de ahí. La cama de ella estaba a lo largo contra la

pared, y no perpendicular como las demás. Entonces, los zapatos en el piso y debajo de la cama se veían más que los otros. No teníamos otro lugar donde ponerlos. Luisa mira los zapatos, luego a la milica y muy formal le dice con ironía: "soldado, ¿dónde sugeriría usted?". La milica quedó desacomodada, pero enseguida dijo: "haga desaparecerlos", y siguió su recorrida. Nosotras estábamos tentadas de risa. Después la "gastamos" a Luisa con el "haga desaparecerlos".

Charo: También a algún oficial le gustaba hacerse ver.

Paloma: A todos ellos. Daban órdenes para hacerse ver también.

Charo: Pero...¿quién era aquel que cuando nos ordenaban pararnos en formación, decía: "junten los tacos". Decía siempre: "¡junten los tacos!". A una compañera le dice: "junte los tacos" y ella contesta: "pero oficial, míreme las piernas". Estábamos en el cuartel, todavía no estábamos en el Penal. El hombre quedó medio atónito. Y ella agregó: "yo tengo las piernas gordas, no puedo juntarlas", ahí ya empezamos a reírnos, y terminó en una sanción.

Marmo: ¿Se acuerdan de Gladys en "el 14", que la nombraban y no decía "presente" porque estaba pensando en otra cosa y se abstraía del lugar? Después que la nombraban varias veces o la codeábamos, daba el paso al frente –en esa época había que dar un paso al frente– y decía: "presente". Así todos los días hasta que un día se dijo: "no, no puede ser", porque creo que la rezongaron medio mal. Entonces pasan la lista y ella estaba en la formación pensando: "tengo que decir presente", "tengo que decir presente", como Felipito, el de Mafalda, ¿viste?, que se olvidaba de todo. Así en la fila, cuando dicen su apellido, ella da un paso al frente, mira a la cabo y le dice "Castelvecchi, mayor gusto". Apenas dijo "mayor gusto", cuando vio la barriga de la compañera que estaba al lado moverse de la risa contenida. Ahí se dio cuenta de lo que había dicho, porque hasta la milica se rió.

Raquel: Es que la mayoría de nuestros recuerdos divertidos son en situaciones originadas en órdenes insólitas o en las formaciones.

Samber: Recuerdo una formación de bandera, al atardecer en el Penal, en que se dio una escena de película. Cientos de presas inmóviles en hileras, milicas inmóviles, hasta la naturaleza parecía inmóvil y silenciosa. Entonces una milica grita un "¡atención!" tan fuerte, que pareció que se le habían roto las cuerdas. Significaba una sola cosa: que había visto venir a Barrabino. Comenzamos a escuchar los cascos del caballo viniendo del fondo. En el mismo momento aparecen del otro lado del camino, delante de nosotras los "rancheros" –cocineros–, todos de punta en blanco. Uno traía la caja de la muestra y el otro las patas plegables. ¿Se acuerdan que uno era alto y flaco y el otro petiso y gordo? Nosotras los veíamos caminar de perfil y parecían el Gordo y el Flaco, pero al revés. Para peor la trompeta no sonaba más. Armaron las

patas, pusieron la caja arriba, el señor feudal se bajó del caballo y probó el guiso. Yo pensaba "¿comentará que está rico o que le falta sal?". En eso comienzan los estertores de la trompeta y el asno a rebuznar, como siempre. ¡Cartón lleno! No sé cómo hicimos para aguantarnos la risa.

Carmen: Otra cosa increíble son las cosas que funcionaban al revés.

Raquel: ¿Vos decís las llaves de luz, por ejemplo?

Carmen: Claro, y las ventanas o puertas que se abrían para el otro lado. Una vez estaba una compañera en las Oficinas del S2, siendo interrogada por Silveira. Él quería que ella lo reconociera. Ella se hacía la que no lo recordaba. Entonces se hizo el ofendido porque ella no conocía su nombre y su fama. La mandó retirar y cuando ella quiso salir el pestillo no funcionaba. Intentó otra vez bajar el pestillo y no se podía. Entonces él le dijo: "no, así no, lógica militar". Empujó para arriba el pestillo y la puerta se abrió.

relato de anahit aharonian

pensé que lo mío no era importante

Pensé que lo mío no era importante, pensé que a nadie le interesaba lo que nosotras habíamos vivido. La gran cárcel que había sido todo el Uruguay me llevaba a minimizar mis experiencias; lo duro de la vida en exilio también me llevaba a relativizarlas. Siempre quise contar lo vivido, explicar lo que, vía visitas o cartas, era absolutamente imposible de comunicar por prohibido, pero ¿a alguien le importaría saber qué vivió una luchadora política que no era conocida públicamente?

siempre quise contar

Anahit es mi nombre, Aharonian Kharputlian mis apellidos. Nací y vivo en Montevideo, estoy casada con Ruben Elías desde hace treinta años y tenemos un maravilloso hijo, Ernesto, de 15.

Soy Ingeniera Agrónoma y Profesora Graduada en Enseñanza Secundaria y soy también militante de la izquierda en pro de una sociedad justa y solidaria.

Hace veintinueve años, en 1973 –la noche del golpe de Estado en Chile y dos meses y medio después del golpe en nuestro país– mi esposo-compañero y yo fuimos detenidos por las Fuerzas Armadas y recién obtuvimos nuestra libertad con la amnistía otorgada a los presos políticos uruguayos el 10 de marzo de 1985, al instalarse el primer gobierno elegido en las urnas.

En aquel 1973 yo era estudiante de la Facultad de Agronomía y trabajaba como Profesora Interina en Enseñanza Secundaria. Mi compañero era también estudiante de la Facultad de Agronomía –allí nos conocimos– y docente del Instituto de Profesores Artigas.

Hace diecisiete años, cuando fuimos liberados después de once años y medio de estar incomunicados el uno con el otro, decidimos continuar nuestra pareja, retomar nuestras actividades y procrear.

Así, retomamos lo laboral volviendo a la Enseñanza como también a los estudios universitarios. Nos graduamos ambos como ingenieros agrónomos. Y nace Ernesto, en setiembre de 1987.

Sí, nos conocimos hace más de treinta años en la Facultad, en época de intensa actividad gremial, mucha efervescencia y luchas estudiantiles. Compartimos tareas relacionadas con lo curricular, como cuando imprimíamos material de estudio en el mimeógrafo de la Asociación de Estudiantes, y tareas relacionadas con nuestro compromiso social y político; además descubrimos juntos el amor. Un amor que fuimos alimentando a lo largo de duros años y que hoy nos mantiene unidos.

pedro

A fines de la década de los sesenta participamos de la lucha del movimiento estudiantil con todas sus reivindicaciones: presupuesto para la enseñanza, boleto estudiantil; hacíamos asambleas con altísima participación que duraban largas horas, discutíamos a los teóricos, ocupábamos centros de estudio, hacíamos manifestaciones y marchas planteando la urgencia de nuestros reclamos y terminábamos corriendo a toda velocidad tratando de eludir la represión que daba palo, sable y bala, llenando sus "chanchitas" de compañeros. Por los veinte años estudiábamos, trabajábamos y militábamos en el Movimiento de Liberación Nacional –Tupamaros– con una militancia clandestina –eran las reglas del juego político en Uruguay en la década de los sesenta– pero con una vida absolutamente legal. Vivíamos normalmente como cualquier uruguayo estudiando y trabajando, pero desarrollábamos actividades que nadie debía conocer. Estábamos permanentemente alertas, con mucha actividad ya que debíamos acomodar la militancia clandestina en los huecos que nos hacíamos en nuestro trabajo y estudio.

Era mucha la tarea a realizar, pero la hacíamos con enorme entusiasmo convencidos de que íbamos a cambiar esta partecita del mundo, de que estábamos contribuyendo a la

construcción de una sociedad mejor, con justicia social, rompiendo los lazos de dependencia, como dice la canción que compuso y cantaba el Flaco Salerno en Facultad:

...América Latina ya lo está gritando
es la liberación la que se está acercando.
Pues hay en nuestros pueblos una inmensa fe
la senda está trazada, nos la mostró el Che...

Llevábamos una especie de doble vida, pertenecer al MLN significaba ir preso, ser simpatizante también. Por lo tanto, debíamos cuidar que nuestra familia no lo supiera, nuestros compañeros de trabajo y de estudio tampoco, no los podíamos comprometer. Por eso usábamos otros nombres –"nombres de guerra" le decíamos nosotros, "alias" decían los milicos– para que los compañeros no supieran nuestro nombre verdadero. Por lo tanto, eran muy poquitos los compinches que podíamos tener, y eso mismo hacía que nuestras relaciones fueran intensas y con un compromiso muy profundo.

Con Pedro Báez éramos amigos, lo mataron en junio de 1971 mientras participaba de un "Comando del Hambre", expropiando comestibles para llevar a quienes los necesitaban. Los compañeros lo conocían como "Cristóbal". Éramos muy amigos, pero no pude estar presente en su entierro, no pude abrazar a Maruja, su madre, ni a sus hermanos, los milicos estarían fichando a todos los presentes, debía cuidar que no se les ocurriera "investigarme", cuidar mi lugar de militancia para que su muerte no fuera en vano.

un viaje

Nos dedicábamos por entero a nuestro compromiso con la sociedad, pero también con las causas de otros pueblos hermanos como el pueblo palestino. Así, juntos fuimos invitados –en mayo del 73– al Encuentro de Jóvenes Árabes y Europeos realizado en Trípoli, Libia, en el que participaron delegaciones de toda América Latina, incluidos representantes del gobierno de Allende y legisladores de Venezuela y Argentina.

Fue emocionante y removedora la experiencia vivida en ese Encuentro. Los latinoamericanos nos unimos para encarar el relacionamiento con delegaciones de la Organización de Unidad Africana –que incluía a los Movimientos de Liberación Africanos de algunos actuales Estados independientes–, con los representantes del pueblo vietnamita, cuya lucha estaba en un momento culminante, así como con las delegaciones europeas.

Ruben y yo representábamos a Uruguay, lo que nos llenaba de responsabilidad; hacíamos lo imposible por llevar esta actividad adecuadamente y estar a la altura de semejante evento. Los trogloditas militares de la dictadura uruguaya interpretaban esto como una cumbre terrorista, con las consecuencias que implicó para nosotros: más tortura y persecución, más años de cárcel.

Éramos estudiantes de Agronomía, desde Bengazi fuimos invitados a cruzar el desierto del Sahara y participar de la excelente experiencia de producción vegetal en el Oasis de Kufra. Inolvidables paisajes y formidables resultados agronómicos, tan intensamente vividos que hoy los puedo evocar con la frescura de una experiencia reciente.

las raíces

De ahí volamos al Líbano donde nos encontramos con una Beirut en estado de sitio que se parecía a Montevideo: tanques militares en todas las calles, "pinzas" cada pocas cuadras exigiendo examinar nuestros documentos y, si lo consideraban necesario, haciendo un "cacheo" personal. Allí estaban los campos de refugiados de los palestinos con Yasser Arafat –Abu Amar como ellos lo llamaban– representándolos en sus reclamos de una tierra donde vivir como seres humanos, como pueblo palestino con su propia historia.

Esto que vivíamos parecía la continuación de la represión en Uruguay y también se parecía a la persecución y represión vivida por los armenios. Toda gente cuya mirada expresaba dolor profundo de largo tiempo atrás, dolor de no tener tierra, de no tener familia, de no tener... Yo lo había vivido con mi familia.

En una aldea cerca de Bedrún nos confundimos en un prolongado abrazo con la familia de mi esposo. Fuimos recibidos por una tía abuela de 104 años y todo un pueblo que esperaba ansioso noticias de los Elías del Uruguay. Algunos de ellos cultivaban la tierra –olivos, trigo en pequeñas terrazas– y nos invitaron a quedarnos con ellos a producir en esa hermosa tierra.

Inolvidable, estuvimos en la casa de piedra que perteneció a los abuelos de Ruben, recorrimos y trajimos una vasija de barro en la que el abuelo llevaba los víveres cuando iba a trabajar al campo.

Las comidas en Libia y en el Líbano, las costumbres, todo nos resultaba natural y conocido: claro, Ruben, hijo de padre libanés y yo hija de padre y madre armenios.

Obviamente, un viaje a estos lares implicó escalas: a la ida en Roma y a la vuelta París, donde yo me encontré con parte de mi familia armenia. Tíos que reconocí inmediatamente a pesar de ser ésa la primera vez que los veía, y una tía abuela de 98 años con la que conversamos muchísimo tratando de salvar los 45 años de no verse con mi madre, desde 1928, cuando los armenios emigraban escapando de la persecución turca y buscaban tierras que los albergaran. Así quedaron las familias divididas, unos iban a Francia, otros seguían otros rumbos.

Esta estadía en París es la que los ensoberbecidos todopoderosos militares van a utilizar como pretexto para llevarme desde la cárcel de Punta de Rieles a la hoy famosa casa de Punta Gorda –cuya clave era "300"– en la Rambla, al lado del Hotel Oceanía, para que Nino Gavazzo y otros oficiales volvieran a torturarme–interrogarme.

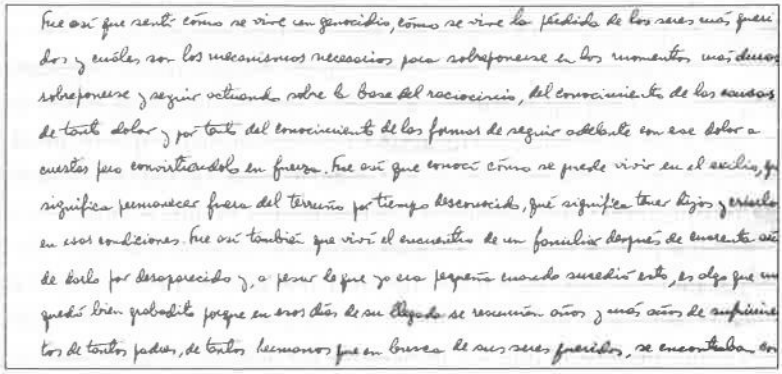
volvieron los turcos

Mi madre por un lado y mi padre por otro, llegaron a Uruguay donde se conocieron y lucharon por la Causa Armenia. Ambos eran sobrevivientes de la masacre de 1915, y vivían el exilio forzado al que fueron sometidos los armenios. Querían volver a su tierra, el gobierno turco debía reconocer el genocidio cometido contra la mitad de la población armenia, reconocimiento que aún estamos esperando.

Crecí escuchando las anécdotas de familiares perseguidos y desaparecidos, de pueblos enteros masacrados y de la lucha de los armenios a lo largo de siglos y siglos, en particular en el siglo que me incluye.

Un día de 1972 las Fuerzas Armadas allanaron la casa de mis padres y estaba mi abuela materna. Irrumpieron bruscamente ocupando toda la casa, revisaron, golpearon, pisotearon. Como consecuencia, ella quedó una semana postrada diciendo: "volvieron los turcos".

Arpiné, una prima de mi padre estuvo desaparecida en Turquía durante cuarenta años. Fue una vivencia profundamente estremecedora encontrarla, y todos los pasos que hubo que seguir para traerla a Uruguay donde estaban esperándola su madre y hermanos. Imborrables son los momentos que de niña viví junto a mi familia, en una mezcla de sufrimiento por todo lo soportado y ese asomo de alegría que implicaba el reencuentro. Ella estuvo acá, con nosotros, hasta hace muy poquito tiempo, muy dulce y cariñosa. "Hermanita" le decía mi padre, quien había perdido a sus hermanas a manos de los turcos.



Fue así que supe cómo se vive un genocidio, cómo se vive la pérdida de los seres más queridos y cuáles son los mecanismos necesarios para sobreponerse en los momentos más duros, sobreponerse y seguir actuando sobre la base del raciocinio, del conocimiento de los causas de tanto dolor y por tanto del conocimiento de las formas de seguir adelante con ese dolor a cuestas pero convirtiéndolo en fuerza. Fue así que conocí cómo se puede vivir en el exilio, qué significa permanecer fuera del terruño por tiempo desconocido, qué significa tener hijos y criarlos en esas condiciones. Fue así también que viví el encuentro de una familia después de cuarenta años de darla por desaparecida y, a pesar de que yo era pequeña cuando sucedió esto, es algo que me quedó bien grabadito porque en esos días de su llegada se reunían años y más años de sufrimientos, de tantos padres, de tantos hermanos que en busca de sus seres queridos, se encontraban con

Cuál no sería mi sorpresa cuando uno de los oficiales que vino a mi casa a llevarnos detenidos era hijo de armenios, Antranig Ohannessian Ohanian –o Antonio como gusta hacerse llamar–, quien supo conocer la historia y sufrimiento de sus ancestros y con quien, junto a muchos otros niños y adolescentes de la colectividad armenia, yo había compartido actividades de canto, gimnasia, torneos deportivos, teatro en armenio, etcétera.

No cabía en mi asombro; era increíble ver cómo ese muchacho que había quedado huérfano y había recibido todo el cariño de la colectividad, era capaz de torturarnos, robarnos, mentirnos, mentir a mi madre –quien tanto se había ocupado de él– disfrazarse para salir a la calle a reprimir y traer más y más presos al cuartel donde primero fuimos torturados. Él era uno de los torturadores más activos, teniente segundo en ese momento y pertenecía a la Ocoa.

la caída

Nos casamos en enero de 1972 y desde entonces vivíamos en un edificio de apartamentos, en una vivienda de dos dormitorios acondicionada por nosotros con nuestro propio trabajo, donde compartíamos nuestra vida afectiva y donde estudiábamos. Cerca de la medianoche del 11 de setiembre de 1973, mientras desde la cama escuchábamos la radio –no teníamos televisión– para saber más de lo que estaba ocurriendo en Chile, oímos los golpes violentos de aquellos que venían a llevarnos: el Mayor Bonilla y el Teniente Ohannessian, alias "El Turco". Venían al mando de lo que se llamaban las Fuerzas Conjuntas –Fuerzas Armadas y Policía–. Habían rodeado todo nuestro edificio, decididos a llevarnos.

A partir de ese momento quedamos aislados, y en un segundo perdimos contacto con todo: relaciones, amigos, compañeros, y nos separaron a nosotros dos durante once años y medio.

Pero también perdimos toditas nuestras pertenencias, las que fueron robadas por los militares y nunca más devueltas. Entre esas pertenencias estaba la humilde vasija de barro del abuelo libanés y el trabajo final de Tesis de Ingeniero Agrónomo de Ruben, que ellos decían considerar peligrosa. Era un trabajo de extensión en producción de tomates en una zona del departamento de Canelones, ¿era para reírnos o para llorar? ¿Lo decían para dañarnos o eran tan bestias que se lo creían? No sé, pero más adelante, cuando nos levantaron la incomunicación y nos permitieron la entrada de algún libro, prohibieron "La importancia de llamarse Ernesto" de Oscar Wilde, "El Cubismo", y otros disparates.

Nos separaron y nos llevaron al cuartel encapuchados, esposados y rodeados de soldados, con medidas especiales de seguridad como si fuéramos quién sabe qué... La tortura comienza aquí, en el momento de apresarnos, cuando siento que no puedo hacer nada por evitarlo, que me aíslan, me separan de mi mundo y de todo el mundo. A partir de la llegada al cuartel de Trasmisiones 1 –ex Ingenieros 5, actualmente Comunicaciones 1– en el barrio de Peñarol me desnudan y prosigue la tortura, ahora ambas en aumento, la física y la psicológica.

Pero el golpe más duro fue saber que ahí, fuera de casa, estaba la flaca Aída. ¿Ella, vestida de poncho militar señalando compañeros? Sí, era ella. Pero ¿cómo? ¿Justo ella, obrera textil que predicaba que los proletarios no delataban? Era ella, los ojos muy claros como bochones eran sólo de ella y sabíamos que había sido detenida. ¡Qué golpe! No había tiempo de asombrarse ni de analizar, ella nos estaba delatando y sabía muchas cosas de nosotros, demasiadas.

Yo no la reconocí, soy miope y no me dejaron ponerme los lentes; mi compañero la reconoció inmediatamente y pudo comunicármelo a tiempo.

¿Cómo llegó a nuestra casa si la única vez que estuvo la habíamos llevado compartimentada? ¿Nos había trampeado? ¿Por qué?

Los oficiales entraron gritando nuestros nombres de guerra, no sabían quiénes éramos, ella tampoco. Sin embargo, fue capaz –muchos días después de haber caído– de llevarlos a nuestra casa, a nuestro hogar donde había recibido refugio y solidaridad militante. No-

sotros habíamos considerado que los días pasados ya eran suficientes, que si no nos había delatado ya no había peligro.

¿Qué le pasó a la Flaca que no sólo señaló nuestra casa sino que además se puso a contar detalles de todo lo que habíamos hecho, y hasta comido ese único día que estuvo allí dentro? Y siguió agregando, inventando muchas veces, ¿los querría convencer que nosotros dos éramos malos y ella buena?

¿La habían torturado mucho? ¿O ni siquiera la habían tocado? ¿Estaría negociando su libertad? ¿Qué nos estaba pasando? ¿Cómo era que los tupamaros seguíamos teniendo traidores entre nosotros? ¿No habíamos aprendido del 72?

Ella cayó alrededor del 20 de agosto, ya habían pasado unos veinte días, ¿estaba delatando desde el día que cayó? Ocupaba cargos de responsabilidad y manejaba mucha información, mucho más de la necesaria.

A Ruben lo llevaron a un calabozo, a mí a otro. Supimos que estábamos en el barrio Peñarol, en un cuartel. Desde entonces continúo formulándome montones de preguntas: la Flaca debía estar ahí, pero ¿dónde? ¿Presenciaba nuestras sesiones de tortura? ¿Estaba ahí mientras atada y encapuchada me zambullían en un tacho con agua y me picaneaban, a la vez que me presionaban con miles de preguntas? ¿Estaba ahí cuando los torturadores me querían convencer que había sido un compañero el delator? ¿Estaba ahí cuando de tanto manotear desesperadamente le apreté bien fuerte los testículos a Bonilla, el oficial torturador al que le quedó la marca de mis manos sucias en los pantalones color beige para regocijo de su tropa? ¿Qué sentía? ¿Sentía? Aún no tengo respuesta a todas estas preguntas que me he estado haciendo. Pero tengo una certeza: nunca estuvo en la cárcel.

Los soldados de la tropa no la querían, no la respetaban, no les gustaban aquellos que perdían su dignidad.

Dos meses después me cambian para otro sector dentro del cuartel, me hacen juntar las poquitas cosas que tenía –"pertenencias" le llaman ellos– y llevarlas ¿a dónde? ¿Seguiría sola? No, entro a una habitación donde hay tres mujeres, una de ellas es la Flaca Aída. Ahí me entero que se llama Viviana Dipacce, Aída era su nombre de guerra.

Los interrogatorios continúan, ¿qué pasa si demuestro que sé que ella es una traidora? Hoy se habla de estrés, esa fue una etapa de altísima tensión donde tuve que presenciar escenas terribles, teniendo deseos de que desapareciera y poniendo cara de "acá no pasa nada". Debía advertirles a las demás compañeras; era muy riesgoso pero, ¿qué podía perder si ellas no lo entendían? Vilma aún recuerda la hojilla de fumar arrolladita que le pasé con dicha información cuando la trajeron con nosotras.

De ahí me pasan a una especie de vagón metálico que era utilizado para trasmisiones cuando estaba equipado. Éste estaba vacío a un costado de la plaza de armas. Allí quedé herméticamente encerrada durante un tiempo de calor insoportable, falta de aire y de comunicación. Llegó un momento en que sin darme cuenta había perdido fuerzas, quise gritar para pedir auxilio y no tenía voz.

Logré juntar energías, golpeé las paredes metálicas durante largo tiempo y ¡respondieron!

Lo más absurdo fue que no me sacaron de allí, entreabrieron una ventanilla y ¡pusieron a un soldado a regarme el techo de lata para enfriarlo!

En este episodio una compañera creyó que yo había muerto. Pasados varios años tuvo una hija y la llamó Anahit.

Quizá por alguna razón parecida, otro compañero también le dio mi nombre a su primera hija.

morir

Fueron varias las oportunidades en las que la posibilidad de morir implicaba un alivio y no un temor. El temor permanente era no aguantar, y en los momentos límite me invadía la idea de que me dejaran morir, pero ellos no nos querían muertos, nos querían vivos, nos querían sufriendo, nos querían llenos de contradicciones, desgastándonos mientras descubríamos la verdad detrás de sus crueles juegos.

"Te vamos a matar", me dijeron mientras montaban una parodia de fusilamiento a los fondos del cuartel que creo eran también los fondos del 13 de Infantería. Sentí alivio, pero no, no querían matarme. Era su reacción ante mi intento de fuga: fue cuando corrí desesperadamente por la calle Guayabo, desde Eduardo Acevedo hacia el oeste, intentando zafar a la vez que gritaba mi nombre y pedía auxilio al montón de gente que había en la calle. ¿Alguien habrá entendido mi nombre? Alguno de los que estaban en esa calle ¿recordará este episodio?

Pero ellos eran muchos y me atraparon inmediatamente a pesar de mis esfuerzos, y ahí nomás recomenzaron los golpes. No fui nada original, sabía que algunos compañeros inventaban "contactos" con la misma finalidad o intentando hacer tiempo que aflojara un poco la tortura. Al no ocurrírseme otra idea mejor lo hice, y perdí.

la tortura continúa

¿Exagero? No, de ninguna manera. En junio de 1974 me llevaron al Establecimiento Militar de Reclusión Nº 2 de Punta de Rieles. Supuestamente terminaban los interrogatorios, pero en diciembre del mismo año, el 21 o 22, en un operativo estilo secuestro –mientras todos los presos políticos uruguayos estábamos totalmente incomunicados del exterior– me vienen a buscar: "Prepárese para salir", ésa fue la orden. Alba estaba en mi sector y como había estado en el mismo cuartel que yo se trepó a la banderola del baño del lado norte para ver si podía reconocer al o a los oficiales que venían a buscarme, pero no, eran otros.

Me llevaron a una casa o apartamento –no sabía, no veía, estaba vendada o encapuchada y me hicieron subir muchos escalones desde que el vehículo estacionó– sobre la costa este de

Montevideo –yo oía el sonido del mar y también voces de niños– para torturarme-interrogarme sobre la muerte de Trabal, un coronel de las Fuerzas Armadas, seguramente asesinado por ellos mismos. No estaba en un cuartel, este lugar era distinto, era una casa, tenía piso de parquet, los guardias portaban armas poderosas, torsos desnudos, sin uniformes visibles; era una cárcel clandestina: ¿por qué me habían llevado? ¿Para qué? ¿Por cuánto tiempo? ¿Qué me iba a pasar allí? ¿Había testigos? ¿Y por qué habían llevado también a mi cuñado Toni? ¿Lo habrían confundido con Ruben, su hermano? ¿O era también parte del jueguito permanente de mantenernos en zozobra? Uno de los oficiales interrogadores dijo llamarse "Mayor 300", otro era Gavazzo quien pretendía que no lo mirara. ¿Cómo no lo iba a mirar si me habían sacado la capucha? Obviamente, esta mirada tuvo su precio, todo se resolvía a golpes.

Luego de los absurdos interrogatorios volvieron a llevarme a Punta de Rieles, pero no junto a las compañeras, me llevaron a un calabozo o celda de aislamiento por un largo período. Otro aislamiento, ¿me volverían a sacar? ¿Volverían más interrogatorios?

Cuando levantaron la incomunicación de todos los presos políticos, los familiares desconocían todo este asunto, obviamente mi abogado, que todavía era mi abogado civil, tampoco sabía que había sido sometida a todo esto.

Más adelante, cuando secuestraron a dos compañeros en Brasil, allá por el 78–79 me llevaron a una habitación dentro del Penal, donde el oficial Glauco Giannone, alias "Isidorito" me volvió a interrogar. Como consecuencia de este suceso fui nuevamente llevada a un calabozo durante varios meses. Otra vez la incertidumbre, ¿volverían más interrogatorios?

Por 1982–83 fui conducida varias veces al Juzgado Militar para ser reinterrogada. Al negarme a contestar y a firmar vuelven a procesarme, esta vez por "Desacato" –¿es desacato no contestar ni firmar el interrogatorio de un represor?, ¿es desacato no firmar el nuevo procesamiento por desacato?–. Cada vez que me trasladan en vastos y bastos operativos, me devuelven a un calabozo durante un mes, dos o más tiempo, ¿por qué? ¡Por no aceptar un interrogatorio diez años después de ser apresada y varios años después de haber sido procesada y penada por la misma causa! Encima me agregaron dos o tres procesamientos por "Desacato". ¿Hasta cuándo seguirían con lo mismo? ¿Cuántos desacatos más podrían agregarme? ¿Cuántas "calaboceadas" más tendría en mi horizonte? ¿Podrían volver a llevarme a un cuartel o cárcel clandestina a reinterrogarme?

Esta incertidumbre era lo más desgastante. Estar en el calabozo de por sí implicaba aislamiento total de la familia –sin visitas, ni paquetes ni cartas– totalmente separada de mi compañero porque sus cartas tampoco me las daban; aislada de la actividad cotidiana de mis compañeras. Pero sobre todo ese aislamiento, además de estar en una habitación de dos metros por un metro y medio las veinticuatro horas durante uno, dos, tres meses o más, debía manejarme con la posibilidad de que de allí me sacaran otra vez a un cuartel, a una cárcel clandestina, a un juzgado militar, a quién sabe.

la biblioteca

Ruben y yo éramos socios de la Biblioteca Artigas–Washington, perteneciente a la Embajada de Estados Unidos y, cuando nos apresaron, teníamos libros técnicos prestados por esa institución. Al retrasarnos en la devolución, la Biblioteca mandó una notificación a nuestra dirección exigiendo la devolución; los milicos desesperados nos llenaban de preguntas: "¿dónde están esos libros? Hay que devolverlos". ¿Cómo podíamos saberlo si ellos habían ocupado nuestra casa y habían robado todas nuestras pertenencias? ¿Los desesperaba tanto porque la biblioteca era de los EEUU? Ellos se habían apropiado de todo lo nuestro y ahora tendrían que buscarlos.

el intento

Estando en el cuartel, Ruben intentó desarmar un soldado –a lo bestia– y fugarse. Le dieron un fuerte golpe en la cabeza con la culata de una carabina. Así como estaba, todo sucio y con la cabeza partida chorreando sangre, lo trajeron a mostrármelo, me asusté muchísimo pero cuando quedó frente a mí, él dijo: "¿viste? mi cabeza resultó más dura que la culata de la carabina". Ahí respiré profundo y, aunque estaba preocupada por su estado físico me quedé relativamente tranquila, él "estaba bien". Ese estar bien significa que estaba lúcido, que podía más que la tortura ya que su estado anímico era bueno. Por otra parte, desde el calabozo contiguo supe que le daban el suero antitetánico y que a causa de algún alimento suministrado por ellos, Ruben hizo una reacción alérgica fuerte y estuvo muy grave. Yo escuchando, desesperándome por poder llegar a él, por poder aliviarlo, por querer ser yo la torturada para que a él no lo tocaran en ese estado.

Esta dualidad de sentimientos me acompañó durante todos esos terribles años.

mi primera visita

Era la primera vez que no iba a dialogar con mi padre en armenio. ¿Por qué? ¿Por qué no podía hablar en el idioma natural en nuestras conversaciones?

Era en una habitación de alrededor de seis metros de lado, vacía; una mesa de más de tres metros de largo, vacía. En una punta mi padre y un soldado, en la otra punta yo y también un soldado.

Ningún abrazo ni acercamiento físico ¿por qué no podía también estar mamá? No, de a uno. Y ¿mi compañero y esposo? No, jamás. ¿Por qué, si él también estaba preso allí, en esa misma unidad militar?

Después de pasados varios meses de nuestro secuestro, ¿qué secreto de Estado podía trasmitir? ¿Por qué otro tipo más de tortura y ahora involucrando a mi padre de 75 años de

edad? ¿Por qué no se hacía presente como traductor el oficial de origen armenio que a la hora de torturar y mentir estaba siempre? ¿Acaso su cobardía era tan grande que no podía enfrentarse a nuestra familia desnudando su realidad?

La vez siguiente, en iguales condiciones, vi a mamá, pero con ella estaba más acostumbrada a hablar español. Ella insistía en traerme su famoso dulce de rosas, o el de berenjenas, alguna comida típica, algo elaborado por sus amorosas manos; no aceptaba que eso estaría vedado por más de una década.

Y que Antranig era un torturador experimentado, que por su condición nos estaba torturando a nosotros dos, mientras a ella le daba explicaciones mentirosas, fue lo que más le costó aceptar. ¿Cómo su "ardzvig" –aguilucho– se podía haber transformado en un monstruo?

Luego de estas "visitas" volvía a estar nuevamente sola en mi calabozo de dos metros por uno y medio, no podía compartir mis sentimientos, debía tragármelos y esperar.

Nueve meses estuve en el cuartel, la mayor parte del tiempo en un calabozo sola, atormentada. Un calabozo blanco con luz potente encendida día y noche o con luz apagada día y noche. Oía cuando traían compañeros a los demás calabozos, escuchaba sus desgarradores gritos, su sufrimiento, sus nombres: Mabel Araújo, Alba Sendic, que ya no están con nosotros.

Buscaba aberturas por las cuales comunicarme con los compañeros y lo lograba, silbaba para anunciarme a través de canciones, cantaba, aunque todo estaba prohibido, claro.

Desde que llegué nos comunicábamos entre los cinco calabozos. Una de las canciones que cantaba con más fuerza era "Himí el Lrenk" que en una parte decía: "¿nos callaremos ahora hermanos, ahora que el enemigo blande su espada y la pone sobre nuestro pecho?". La había aprendido en el Coro Gomidás que dirigía mi hermano mayor.

En otra etapa me tocó estar calabozo por medio con Jorge, un compañero, y el calabozo del medio vacío. Yo ya tenía levantada la incomunicación, por lo que a veces veía a mi familia, pero él estaba totalmente incomunicado. Encontramos muchas formas de apoyarnos, una de ellas era el silbido ¡no podrían distinguir si era silbido de varón o de mujer! Elegíamos el momento que nos parecía de menor riesgo y cada uno silbaba una canción tratando de no repetirnos: canciones de Viglietti, de los Olimareños, de Serrat, de Jorge Salerno, una de las que más se escuchaba era "Gallo rojo, gallo negro".

Como la familia de Jorge no tenía cómo ubicarlo, no sabía en qué cuartel estaba, me sentí responsable de que la información llegara a ellos. Por carta no podía, la censura lo impediría y además –al igual que vía visitas– no quería comprometer a mi familia en tamaña acción. Había que encontrar otra forma, que al fin fue encontrada y la información llegó donde debía. ¡Tarea cumplida!

Por todas estas cosas, y muchas otras aún por detallar, vivía colectivamente desde mi solitario calabozo, quizá tan colectivamente como después cuando me llevaron a la cárcel de presas políticas en Punta de Rieles, en el departamento de Montevideo.

¿un campo de concentración?

A la cárcel de mujeres llegué con el pelo más abajo de la cintura, vestida con *jeans* azules, una camisa roja y un bucito también azul; tenía mi anillo de matrimonio y un par de caravanitas que lucía desde mi adolescencia. Fui alojada en un calabozo donde fueron transformando mi aspecto: primero, corte radical de pelo. ¿Por qué tenían que mutilarme? ¿Por qué no podía conservarlo, si había estado tantos años cuidándolo, alentada primero por mi familia y luego por mi compañero? Me sentaron en un banco y vino una compañera a cortármelo, no la dejaban hablar conmigo –yo estaba "incomunicada"– pero supo poner mi pelo cortado con mucho cuidado y cariño sobre el banco. Yo lo tomé, lo dividí en dos, até cada mitad con una cinta azul, envié una a Ruben y la otra a mi familia.

Luego me vistieron con una bolsa gris –pantalón y camisa sin forma– a la que llamaban uniforme, con un número grande en la espalda y uno pequeño adelante a la izquierda, sobre un bolsillo color rojo. De ahí en adelante me llamarían por mi número, no más por mi nombre. Después me despojaron de las caravanas y del anillo; nada que nos permitiera sentirnos mujeres sería permitido.

Claro que nosotras de todos modos intentábamos cambiar nuestro aspecto, luciendo el cuello de alguna camisa por debajo, fabricándonos colgantes que luego serían quitados en las mil y una requisas personales a las que, sorpresivamente, nos veíamos sometidas. Además de la confiscación de todo adorno que se realizaba en las requisas generales, donde también arrasaban con todo, tiraban y revolvían nuestras pertenencias y mezclaban comida con ropa, con jabón, con lo que hubiera.

Me tocó el número 009 y cuando Ruben se enteró a través de una carta mía, me escribió: "¿allí ponen los números por orden de altura?".

Me tocó vivir la mayor parte de mi estadía en Punta de Rieles, en un sector que se distinguía por el bolsillo rojo. Cada sector estaba separado e incomunicado de los demás sectores y barracones, donde se debía usar bolsillo anaranjado, amarillo, blanco, negro o azul, no fuera que nos confundieran. Ellos le daban un significado a cada color de acuerdo a su "clasificación por grado de peligrosidad", otro de los elementos que utilizaban para fomentar la división entre nosotras, además de su afán permanente de etiquetar todo.

Me tocó el color más lindo, el que daba más luz a la cara y eso era valioso para la convivencia diaria y también para nuestros familiares que nos veían durante escasos treinta minutos cada quince días –cuando no estábamos castigadas–, primero separados por dos alambradas de reja y una soldado de cada lado, y años después, separados por un vidrio y un teléfono de cada lado.

El rojo fue el color prohibido. Sin embargo, siempre aparecía algún retazo de algo rojo para alguna fecha especial, como el 1º de Mayo y lográbamos fabricar nuestras prohibidas banderas.

la incomunicación

La incomunicación entre sectores hizo que pudiéramos desarrollar nuestras relaciones con un número limitado de compañeras. Más limitada aún era la composición de una celda, composición que los represores determinaban. No podíamos elegir con quién estar ni cuándo estar, debíamos permanecer en el lugar por ellos indicado y con las personas por ellos elegidas, durante el lapso que ellos dispusieran.

Incomunicadas del mundo exterior y del interior; compartimentadas en sectores y celdas; sin radio ni televisión ni prensa escrita. Visitas permitidas: sólo familiares directos, ni primos, ni tíos, ni cuñados, ni suegros y menos aún amigos. Sin poder recibir en esas visitas de media hora cada quince días noticias del acontecer mundial ni del nacional, con una biblioteca limitada cuya circulación estaba estrictamente reglamentada.

Visitas de abogados casi no existieron. Al principio tuvimos derecho a un abogado elegido por nuestra familia, pero eran muy pocas las veces que lo vi y llegaba, también, con custodia militar. Nuestros abogados igualmente sufrieron la represión: algunos fueron a prisión, otros al exilio y los demás debieron renunciar. Así, en los años más duros de la dictadura nos obligaron a firmar la aceptación de un abogado de oficio, asimilado a los militares ¡peor que el peor fiscal! Pedía más penas que los propios jueces. Allá por el 84 tuvimos otra vez derecho a un abogado civil, pero el que me eligieron trató de convencerme que debía firmar mis nuevos procesamientos, preocupado porque si no lo hacía no saldría nunca. Si yo iba a salir con una amnistía o cosa por el estilo, unos desacatos inventados por ellos no podían impedir mi liberación.

Nuestra actividad interna fue el soporte de nuestra vida: pautas para una convivencia lo más armoniosa posible. Compartir todo lo posible fue la base: desde ruedas de lectura, charlas acompañadas de actividad manual –restringida también a las mínimas herramientas que nos permitían tener– bordado, tejido, costura, repujado de algún cuero, trabajo en huesos que sacábamos del puchero. Compartíamos lo material, lo que nos mandaban en los paquetes, pues todo era rigurosamente dividido entre el número de compañeras del sector, en general cuarenta y ocho, doce por celda.

Y estaban las ruedas de guitarreadas con canto, cuando no estaba prohibido.

Sobre el sur había un edificio con varios calabozos. En las noches, antes de la hora del silencio –horario estrictamente cumplido– intentábamos llegar a los oídos de las compañeras "calaboceadas" por medio de nuestro canto. Cuando prohibían las guitarras –las que también sufrían calabozo– les cantábamos a *capella*, cuando prohibían el coro, les silbábamos. Un buen silbido que venciera el fuerte y frío viento sur era suficiente para recordarles a las compañeras aisladas que nosotras estábamos allí, para acompañarlas a la distancia.

¿Y cómo iban a prohibir un silbido? Parándose al lado de la silbadora o "calaboceándola". Pero entonces, ¡el silbido salía desde el propio calabozo!

cartas a la familia y al compañero preso

Censura mediante, cada quince días podía escribirme con mi familia y también cada quince días con mi compañero en el Penal de Libertad, siempre que no estuviera sancionada. En el período en que las cartas al Penal salían vía familia, me enteraba de cuáles habían sido entregadas y cuáles no. Pero luego iban por "correo interno", lo cual hacía casi imposible saber cuáles había recibido Ruben porque a su vez sus cartas tampoco me las entregaban a mí. Pasaban largos períodos en los que no me daban ninguna y en un año pude recibir sólo dos cartas, sabiendo que él siempre me escribía.

Él decía, una vez:

Quisiera que mis cartas sean aquel lugar que buscan los viajeros tras duras y agotadoras jornadas, sean éstas monótonas o variadas, pero sin el encanto que les ofrece un pequeño oasis donde recuperar fuerzas, donde refrescarse y apagar la sed de tantos días de marcha. Carta-oasis donde está la fuente que permite saciar la sed de noticias y, fundamentalmente, donde encontrar un manantial de fe, de esperanza y confianza, con los cuales llenar los odres y cantimploras para afrontar las nuevas, desconocidas y duras jornadas que aguardan al viajero.

Escribir era muy difícil, ¿por qué? Porque no se podía hablar de casi nada: nada de lo que cotidianamente hacía, nada acerca de las compañeras que vivían conmigo, nada de símbolos, nada de... y ¿de qué podía hablar? Allí estaba la imaginación mezclada con el sentimiento de obligación moral y afectiva que implicaba saber que si esa carta estaba destinada a llegar, yo debía hacer el esfuerzo mayor por llegar al menos con unas palabras que le dejaran claro a Ruben y a los compañeros cómo estábamos nosotras. Costaba mucho concentrarse en escribir; por un lado porque el sector estaba en continuo movimiento: gritos de las milicas, órdenes, "salga, entre, haga, no haga", permanente distorsión. Por otro lado, había que pensar cada palabra, que no diera lugar a confusiones, malos entendidos. No debía escribir con los códigos con los que nosotras rápidamente nos entendíamos; ellos no lo captarían y quizá confundieran; era una labor muy ardua. ¿Por qué hablo de "ellos"? Porque allí, en el Penal de Libertad, circulaban nuestras noticias. Por otra parte, en Punta de Rieles, las compañeras que vivían conmigo leían con avidez las cartas de Ruben, ya que pocas tenían compañero preso y menos eran las que recibían cartas de ellos; entonces, sus palabras adquirían una importancia vital.

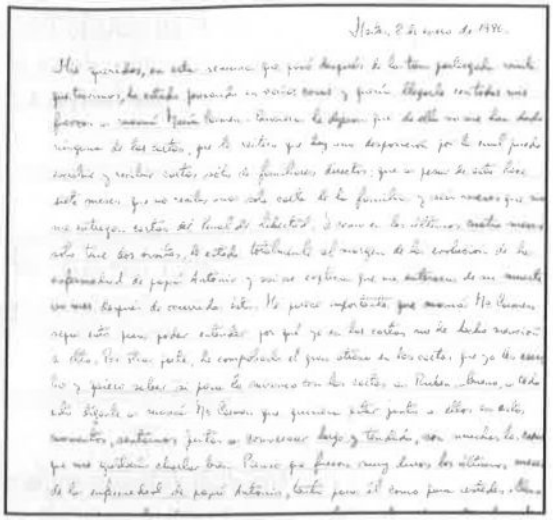
Es justo comentar que compartir mi correspondencia con las compañeras implicaba a su vez recibir las críticas positivas y negativas hacia conceptos vertidos por Ruben.

sentimiento de culpa

Hacía años que estábamos presos, el padre de Ruben se enfermó gravemente y posteriormente falleció. Yo no me enteré. "Casualmente" en esa época estaba incomunicada, no tenía idea de lo que estaba pasando. Cuando me permitieron escribir traté de llegar a Ruben

y a su familia, pero como después de cada incomunicación, les digo que estoy bien, etcétera, pero en mi ignorancia no escribí nada respecto al fallecimiento.

Cuando me enteré de los hechos, también me informaron que a Ruben no lo habían llevado a ver a su padre moribundo ni a su velatorio, entonces me desesperé. Por querer abrazarlos a todos y no poder. Traté de canalizar mi angustia explicándoles que no fue por falta de sensibilidad que no dije nada, que no sabía y que quería hacer llegar mi apoyo en esos momentos con toda el alma, que quería abrazarlos, que quería...



las visitas

Visitas permitidas: familiares directos, en mi caso mamá, papá y mi hermano mayor Coriún. Mi hermano Aram, el del medio, hacía tiempo que no estaba en el país. Como no tenía sentido hacer viajar a los tres cada quince días por media hora de posible visita, nos pareció más razonable que ellos se rotaran. De esta manera veía muy esporádicamente a cada uno de ellos y al que veía menos era a mi hermano que pasaba largos períodos en sus viajes musicales por el mundo –él tenía la delicadeza de planteármelo, pero ¿cómo iba a ser tan mezquina de decirle que no viajara por su profesión para que yo pudiera verlo?–.

Por otra parte, ambos hermanos formaron pareja después de mi encarcelamiento y yo no podía conocer a mis cuñadas más que por sus relatos, uno en directo, el otro por carta. No se consideraba familia directa, "debe pedir visita especial" me dijeron, "debe hacer una solicitud por escrito y entregarla el día que corresponde". Las solicité en variadas oportunidades, pero en más de una década sólo me las concedieron dos o tres veces.

¡Qué ganas de abrazarlas! Cuando las conocí no pude más que articular algunas palabras a través del frío teléfono y el vidrio que nos separaba. Nunca un abrazo, un beso.

Nacieron sus hijas y yo tampoco las podía conocer, no las podía abrazar, acariciar, en fin, no las podía sentir cerca.

Con esta lógica de visitas tampoco podía ver a mi familia política, con quienes me unía una relación muy fuerte. Con Laura, la hermana de Ruben, sólo tuve dos o tres visitas cuando aún era niña, para lo cual tuve que hacer varias solicitudes. Ella se casó, tuvo hijos, mi relación era vía cartas.

Mi sobrino Álvaro, hijo de mi cuñado Toni nació en el 72, no era "familiar directo" y no pude verlo. Mariana llegó en el vientre de su madre a México, donde nació. Estos son los sobrinos que volvieron en el 84 y que fueron a conocerme después de varias solicitudes rechazadas.

(carta de aní aharonian, una de mis sobrinas, para mi cumpleaños del 2002)

Querida Tía:

Sé que fuiste una presa política uruguaya por 11 años y medio; recién pude conocerte a los 7 u 8 años, la última etapa de la dictadura, era la época que nos permitieron entrar. Según la familia, te conocí cuando era una recién nacida, en brazos de mi madre, estuve en tus manos, y me hice encima. ¡Qué manera de conocerte! No te visitaba con frecuencia porque estábamos en Buenos Aires, sólo íbamos a Montevideo en vacaciones. Los recuerdos van y vienen de las visitas a la cárcel en Punta Rieles; algunos son intensos y otros impresionantes como el largo camino desde la parada hasta que encontrábamos dos edificios aislados en medio del campo, uno era alto (donde estaba la torre) y el otro pequeño y ancho con rejas, tenía un jardín al costado de la sala de visitas donde iban los niños en invierno. Esa sala era amplia y luminosa con bancos de cemento y un mesón; las ventanas daban hacia el edificio que imaginábamos era donde dormían todas las mujeres que conocíamos. Las visitas, en su mayoría, las hacíamos con mi prima menor; era una odisea: primero el camino, las filas para entrar, luego la revisión de la ropa, el cuerpo con la ropa interior, el pelo. Realmente fue una experiencia desagradable, un trago amargo, pero resistíamos todo porque quizás era la única oportunidad de ver a las mujeres que estaban allí. Mucho no puedo contarte, con los años una ha tratado de borrar las malas experiencias tapándolas con algunas mejores, pero siempre han quedado muchos recuerdos como el del abuelo, llevando la valija de cuero con frutas adentro (por suerte me la quedé), caminado por el campo desde temprano para verte, sin quejarse ni decir ninguna palabra. Recuerdo también, la esperanza de mi padre de verte, recién logró verte cuando finalizaba la dictadura, acompañado de tu mamá y yo, fue una visita extraña porque ustedes no hablaban, sólo se miraban como si la conversación se manifestara sólo con emociones. Recuerdo las charlas que teníamos cuando te visitaba, cómo todas tus amigas se nos acercaban y nos miraban como otra sobrina más, los regalos que nos hacían para los cumpleaños con sus propias manos, las pequeñas fiestas y juegos para que la visita fuera más agradable. Es increíble con el paso del tiempo, recordando y charlando con la familia los hechos que hemos vivido u oído. Es curioso, en casa de los abuelos, en el comedor había un retrato con fondo rosado de una niña de seis años, con pelo negro, ojos marrones intensos, una sonrisa pequeña. Por un momento pensé que era la prima, pero después me di cuenta que no podía ser ella, la del cuadro era mayor, y contaba a todos los miembros de la familia y decía quién podría ser ella, la niña misteriosa, ahí supe tu

existencia, te conocí por fotos, historias que contaba papá o el tío, luego supe que te habías casado y él también estaba preso y no podría conocerlo todavía. Otro de los recuerdos que vienen es: el más lindo de todos, fue cuando los dos salieron por fin en libertad, todo el barrio estaba ansioso por su llegada, preguntando cómo te sentirías. Cuando el momento llegó, la alegría iba más allá de las expresiones, eran abrazos, besos. Fue un alivio. Una sensación de que la familia estaba por fin completa. Sin distancia, sin vigilancia, sin límite de tiempo, sin claves. Ese reencuentro fue el mejor regalo. Es gracioso, al segundo día libre, los hermanos, cuñados y esposos, se encerraron en la casa del tío y no nos permitieron a la prima y a mí estar con ustedes. Estuve celosa y curiosa, quería saber qué sentías y de qué hablaban. Quiero decirte, que tanto yo como la prima siempre conversamos de esta experiencia, de cómo nos sentíamos y tratamos de mantener vivo el recuerdo. Siempre diríamos que somos hijas de la dictadura, que tuvimos la suerte de conocerte, de vivir de alguna forma aunque éramos niñas. Es irónico pero aun viviendo en el Caribe, reconozco que esa época es parte de mi y no puedo borrarlo. Cada vez que voy a visitarlos, me sorprende cómo los de mi generación reviven la etapa, siguen la lucha para no olvidar a los que no están con nosotros, aún me estremece pensar en nosotros y en esos niños que hoy tenemos unos 25 o 26 años y que pudimos ser secuestrados o desaparecidos y me siento viva. No tengo mucho vínculo con los de mi generación porque no soy tan activa políticamente o por no vivir allí, pero me considero parte de ellos y es parte de mi. Tía, con todo esto quiero decirte que siempre estuviste en nuestro pensamiento a pesar de la distancia, estuviste allí en los almuerzos domingueros, en nuestras charlas. Como dirían los católicos "gracias a Dios" te conocimos y pudimos recobrar el tiempo perdido, no sólo por fotos sino frente a frente. Te quiero no por ser mi tía, sino como ser humano y también al tío quien después de doce años, empecé a conocer y a querer. Nos diste una alegría con el nuevo miembro, un primo, un hijo de la democracia. Esta carta es simplemente un hola y estoy aquí, te conocí. Y aun así mis sentimientos hacia vos van más allá de estas palabras... Tu pichoncita.

(recuerdos de nairí aharonián, otra de mis sobrinas)

No me gusta levantarme temprano.

Y me acuerdo que tampoco me gustaba antes, pero los domingos, a partir de cumplir mis cinco años, empezó a gustarme. Me acuerdo porque fue cuando los milicos me dejaron conocer a mi tia. Yo nunca la había visto, salvo por un cuadro que mis abuelos tenían colgado en el líving con un retrato suyo de cuando era chica (que mi prima confiesa haber confundido en un inicio conmigo), pero sí oía hablar de ella siempre. Era como si supiera igual quién era. Claro, además de ser mi tía.

Me acuerdo que había que levantarse temprano, pero temprano de verdad. Como a las seis. Y caminar hasta lo de un vecino solidario que nos llevaba a todos en su taxi hasta Punta Rieles. Ahí estaba mi tía. La primera vez que fui, la primera vez que me dejaron entrar a verla me quedé ahí parada, en el medio de un salón que recuerdo enorme, gris, helado, y me quedé ahí parada, hasta que ella se paró frente a mí, y corrió y me levantó en sus brazos y me dio uno de los abrazos más fuertes que puedo recordar de toda mi vida... quizás no fue así, pero creo que sí.

Me acuerdo que las mujeres que estaban vestidas de gris igual que mi tía eran también mis tías, y mi tía era tía de otros niños que venían con nosotros, hijos, sobrinos, primos, hermanos... sólo me acuerdo de Paloma y Marquitos, a quienes no vi más, luego de un par de años. Me acuerdo que las milicas nos manoseaban, nos manoseaban de verdad, para dejarnos entrar a la visita: niños y niñas separados, prolijamente. Me acuerdo que nos revisaban hasta el pelo... hasta las gomitas de pelo rojo, los relojes...

Me acuerdo de mi tía, con el pelo cortito, cortito... me acuerdo del día que salió. Yo tenía un vestido violeta (no, mentira, de eso no me acuerdo, eso lo sé por las fotos...), todo el mundo estaba en casa de mis abuelos, y los vecinos en la vereda, y gente, y allá apareció, y todos querían abrazarla... y era su primer abrazo con todos y el de todos con ella luego de 11 años y medio de que le faltaran los abrazos a ella los de ellos y a ellos los de ella... me acuerdo que era como si la sonrisa no le cupiera en la cara...

Me acuerdo cuando conocí a mi tío, su compañero, que también salía de la "cana". Y me dio miedo, y salí corriendo por el largo corredor de la casa de mis abuelos y me fui al patio... no sé, hasta el día de hoy, por qué tuve miedo... quizás no fuera miedo, fuera otra cosa, y yo con siete años, me creí que era miedo...

Me acuerdo que comimos todos juntos, no sé si ese mismo día, al día siguiente o cuándo. Pero la mesa estaba que rebosaba de comida, y con todos los que tenían que estar... supongo que habremos comido comida típica armenia, y recuerdo sí el bullicio y la alegría... y esa sensación de recuperar, reconstruir, reconocer, revivir, recordar... Me acuerdo de la alegría de mi abuelo, un tipo serio y bastante poco demostrativo, que no podía con la alegría de tener en su falda a su hija... Me acuerdo de mí y de mi prima, exigiendo saber todo, exigiendo participar en todas las instancias familiares.

el ciruelo rojo de jardín

Un día de primavera vino mamá a la visita y me preguntó: "¿te acordás del ciruelo rojo que plantaste en el frente del Club Vramián y del sauce que plantó Antranig?". "Sí, teníamos trece años", contesté, a lo que agregó: "el sauce se secó, el ciruelo está en flor".

los sonidos

Rita y Manena llegaron al Penal allá por el año 1976. Tenían 65 y 67 años de edad aproximadamente y mientras estaban en los calabozos esperando llegar a los sectores, escuchaban nuestros sonidos. Asombradas llegaron al sector de bolsillo rojo preguntando "¿quién silba la Danza de los Sables de Jachaturián?".

Nuestro cancionero incluía una amplia variedad de estilos y orígenes: canciones de la Guerra Civil Española, canciones revolucionarias, canto popular uruguayo y latinoamericano, hasta canciones compuestas en la propia cárcel.

Algunas compañeras tenían un don especial para componer canciones, unas letras muy dulces para dedicarle a nuestros niños.

Vamos a hacer un juguete
un juguete de cartón
Vamos a hacer un juguete
tú le pondrás el color ...

Otras letras con recuerdos de pedacitos de nuestra tierra, lejana a nuestros sentidos, muy cercana a nuestros sentimientos y memoria...

Río abierto mi memoria
corre sin querer correr
transita el barrio querido
viviendo su sencillez ...

Y las murgas. Siendo la murga infaltable expresión popular uruguaya ¿cómo podía faltar en la cárcel? Sus letras iban acompañando nuestra vida.

Este día, este día no olvidamos
en Chicago hace un siglo comenzó
por jornadas de ocho horas de trabajo
una huelga ocho mártires cobró.
Desde entonces cada 1º de mayo
el obrero a la calle se volcó
levantando las banderas de su clase
por encima de fronteras y color...

En la medida en que se iba dando la apertura afuera, nos llegaba algo de información y así nos alimentábamos. En 1983, después de la primera concentración de miles y miles de uruguayos en el mes de noviembre, en el Obelisco, que fue llamada "Un río de libertad", cantábamos:

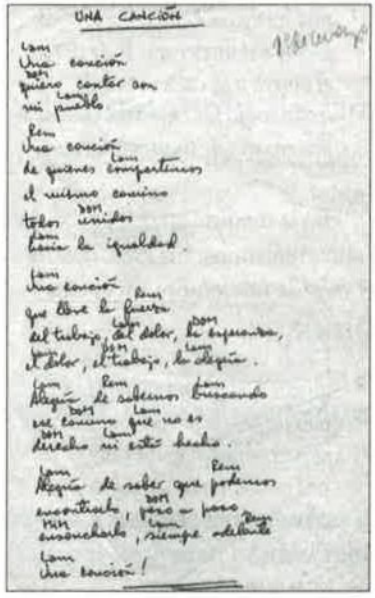
Desde una punta a la otra
de este Uruguay tan querido
van llegando los camiones
se van templando los sones
nos presentamos los muchachos de mil barrios
con el corazón cantando y al hermano saludando
El 83 nos trae
de la calle ese clamor
ya van llegando los ecos
cada vez con más vigor...

Para el 1° de Mayo de 1984 ya teníamos otras letras:

Me matan si no trabajo
y si trabajo me matan
siempre me matan, me matan, ay
siempre me matan.
Desde el golpe se ensañaron
con sindicatos y gremios
leyes y reglamentaciones
alambraron nuestro suelo
pero con constancia el pueblo
levantó de nuevo el vuelo.
Ay, los ciegos viven sin ver
cuando sale el sol...

Por fin yo misma tomé coraje e hice mi humilde aporte al cancionero colectivo, obviamente inspirada en la lucha que se desarrollaba tras los muros de nuestra prisión, en ese mayo del 84. La titulé "Una canción":

Una canción
quiero cantar con
mi pueblo.
Una canción
de quienes compartimos
el mismo camino
todos unidos
hacia la igualdad.
Una canción
que lleve la fuerza
del trabajo, del dolor, la esperanza,
el dolor, el trabajo, la alegría.
Alegría de sabernos buscando
ese camino que no es
derecho ni está hecho.
Alegría de saber que podemos
encontrarlo, paso a paso,
ensancharlo, siempre adelante.
¡Una canción!


UNA CANCIÓN

Una canción
quiero cantar con
mi pueblo
Una canción
de quienes compartimos
el mismo camino
todos unidos
hacia la igualdad.
Una canción
que lleve la fuerza
del trabajo, del dolor, la esperanza,
el dolor, el trabajo, la alegría.
Alegría de sabernos buscando
ese camino que no es
derecho ni está hecho.
Alegría de saber que podemos
encontrarlo, paso a paso
ensancharlo, siempre adelante
Una canción!

¿cómo se vivía en la cárcel?

Es muy difícil trasmitir cómo funcionaba el sistema de la cárcel de presas políticas –¿o campo de concentración?– en función del objetivo del régimen de aniquilarnos. Sí, aniquilarnos en tanto seres humanos. Nuestra custodia directa era un Cuerpo de Policía Militar Femenino, mujeres especialmente adiestradas para la represión de presas políticas. En el cuartel nos cuidaban soldados hombres, gente común de tropa, muchos de ellos estaban allí porque –como ellos mismos decían– no sabían hacer otra cosa. Sin embargo, las mujeres formaban parte de un Cuerpo con una formación concreta en la represión, ellas cumplían órdenes pero estaban convencidas de lo que hacían, eran impenetrables.

Algo tiene que quedar claro: que estábamos en dictadura, no se sabía por cuántos años y que estábamos en una cárcel de presas políticas sin saber por cuántos años, y debíamos vivir –¿o sobrevivir?– en condiciones totalmente adversas para la dignidad humana. Ese "vivir" implicaba buscar en cada situación cómo rescatar lo positivo, cómo lograr vencer la paralización, los miedos, el terror y transformarlos en hechos constructivos, en lazos solidarios.

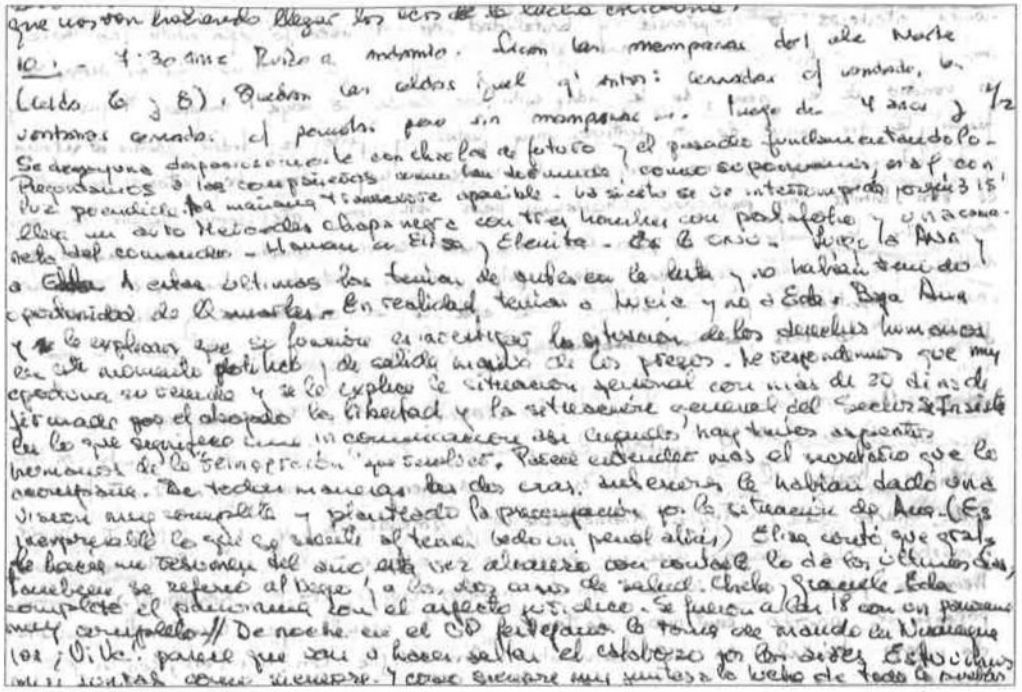
El estado de incertidumbre era lo único permanente:

- en un momento estaba permitido ir al baño sin permiso, un momento después, no. Esto implicaba tener que llamar a la soldado para pedirle autorización, ¿nos lo permitiría o habría que pasar interminables minutos, horas hasta que pudiéramos cumplir con esa necesidad básica? Claro, durante la larga noche siempre hubo que pedir permiso;
- en un tiempo tuvimos algunas fotos, luego ninguna durante años, luego de a tres y con fichaje;
- en un momento teníamos libros, repentinamente llegaba la orden de sacárnoslos todos;
- en un momento teníamos herramientas, en otro, no;
- en un momento teníamos guitarras, en otro, no;
- en un momento teníamos carta de la familia y/o de los esposos, en otro no;
- en un momento teníamos treinta minutos de recreo en un patio acotado y muy controlado, en otros momentos, ni eso;
- en un momento estábamos en el celdario con las compañeras, un segundo después pasábamos al calabozo, solitas, así nomás, sin nada, sin saber porqué ni por cuánto tiempo, pero ¿nos llevaban al calabozo o a otro lugar? Nunca sabíamos para qué nos llamaban y a dónde nos llevaban.

Esta permanente incertidumbre nos hacía vivir en alerta permanente.

las ventanas

Las ventanas eran uno de nuestros medios de comunicación con el exterior. Entonces las órdenes eran "no mire para afuera" aunque los vidrios estaban pintados de blanco. Pero, ¿cómo estar meses y años sin mirar más allá de cuatro paredes? Entonces, como reacción



Bitácora de enero de 1985, parte diario escrito por distintas compañeras.

natural a la prohibición hacíamos huequitos en la pintura para poder ver el exterior: a las compañeras que pasaban, a nuestros familiares, a los torturadores que venían a interrogarnos, a amenazarnos, a asustarnos.

Necesitábamos ver. También comunicarnos con las compañeras de los otros sectores.

Las mujeres peleábamos cada espacio para poder comunicarnos entre los sectores y también con el exterior.

Estas ventanas fueron modificándose con el correr del tiempo: cerraduras especiales para impedir que las abriéramos –con todos los inconvenientes que el ambiente cerrado puede acarrear en una celda repleta–, planchas –que llamábamos mamparas– de acrílico verde por fuera cubriendo toda la superficie de la ventana, formando una segunda barrera hacia el exterior; esta vez difícil de alcanzar con la mano y difícil de "hacerle huequitos" como a la pintura del vidrio.

Por otra parte, ese acrílico verde distorsionaba los colores dentro de las celdas, todo se veía a través de ese filtro, nuestra piel y todo lo que nos rodeaba: cada vez que queríamos combinar colores para hacer una manualidad, teníamos que esperar a salir al patio de recreo para ver los colores a la luz natural. Más adelante cambiaron esas mamparas verdes por otras blancas, pero mamparas al fin, el blanco no era transparente.

Una vez, escondido en el cajón de una de las ventanas de mi celda descubrimos un micrófono inalámbrico. ¿Funcionaba o simplemente lo habían puesto para atemorizarnos y hacer que ni allí adentro habláramos entre nosotras? ¿Cuánto hacía que lo habían puesto? ¿Nos habrían grabado alguna conversación?

Ya en 1984, año de las primeras elecciones nacionales, pero aún en dictadura, vinieron niños del exilio y algunos de ellos fueron a visitarnos –hasta nos permitieron tener visita de no hijos–, lo mismo ocurrió con los adultos que comenzaron a desexiliarse ese año: nos pasábamos la voz y cada visita era "recibida" desde detrás de las ventanas pintadas y tapiadas con cantos y llamando a cada visitante, a grito pelado, por su nombre. A veces hacíamos flamear alguna banderita rescatada de alguna requisa. Había cambiado mucho la situación en el Penal ya que el país cambiaba y nosotras actuábamos cada vez con mayor audacia.

las sanciones o castigos

Cuando el castigo era dirigido a una de nosotras, nos llevaban a un calabozo que difería de la celda por ser un rectángulo de alrededor de dos metros por un metro y medio, con una mínima ventanita alta para ventilar, cuando la dejaban entreabrir, una tarima de listones de madera y puerta de hierro maciza con una abertura para que las soldados nos pasaran la comida y nos observaran.

Allí, permanecíamos hasta tres meses seguidos sin ningún material para leer o trabajar, sin poder dormir de día ni recostarnos, sin cartas ni visitas, sin paquetes, sin contacto con las demás, sin poder hacer nada –¿nada?– Bueno, allí también estaba la voluntad de vencer que nos ganaba: buscábamos comunicarnos con las compañeras que hubiera en otros calabozos: con las que estaban enfrente nos teníamos que tirar boca abajo sobre el piso de hormigón helado, y hablar con las manos por debajo de la pequeña hendija que quedaba hasta el suelo; con las compañeras de los calabozos a los costados, golpeando suavemente en la pared con los nudillos –el asunto es que nadie nos cree, pero no manejábamos el alfabeto Morse, cada letra era el número de golpes según el lugar que ocupara en el alfabeto, esto quiere decir que pasábamos larguísimas horas para decir muy pocas cosas, pero nos ocupaba el tiempo, la cabeza y lográbamos romper el aislamiento–.

También buscábamos actividad física como caminar, especialmente en invierno porque allí era muy, muy frío y no bebíamos nada caliente. Por otro lado, cada una podía hacerse el espacio del ejercicio mental que quisiera.

En esas circunstancias yo practicaba otros idiomas, ya que en el celdario sólo se permitía hablar en español. Pero allí, ¿quién podía impedir que en mi soledad inventara interlocutores y "hablara" con ellos en inglés, en armenio, hasta en francés? El problema era que me faltaba vocabulario y a veces estaba dos o tres días buscando cómo decir algo; a veces lo encontraba, otras veces fracasaba y así alimentaba la búsqueda de sinónimos. Naturalmente estas charlas

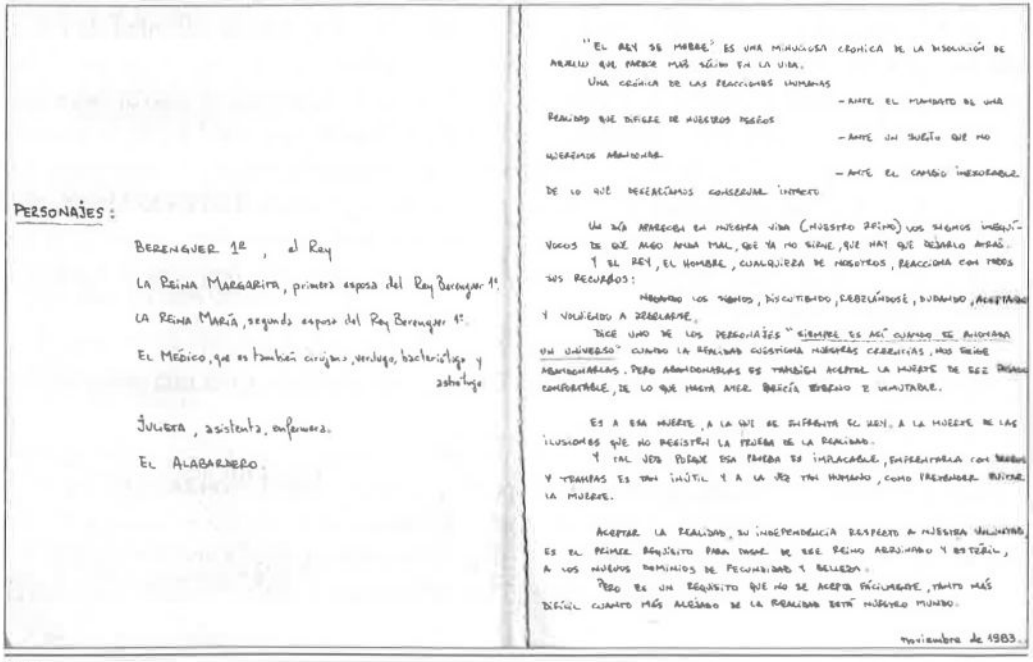
eran en silencio. Lo de los interlocutores se me ocurrió en una época en la que se decía que la única forma de obtener la libertad era siendo deportados.

Pero quedaba el tiempo para abarcar lo cotidiano y no desesperar: cómo hacer para que la espera interminable para poder pasar al baño fuera lo menos torturante, cómo hacer para no amargarme cuando me tocaba el entrecejo y tenía las cejas muy crecidas porque no me dejaban tener una pinza para depilarme, menos tener un espejo.

sanciones colectivas

De vez en cuando nos castigaban colectivamente y el celdario se transformaba en un gran calabozo, con todas las prohibiciones juntas: ningún libro, ninguna guitarra, pedir permiso a la soldado para ir al baño, ningún paquete del exterior, ninguna carta, ninguna noticia, ningún recreo ni salida al patio, ninguna herramienta.

Teníamos que lograr convivir las veinticuatro horas en las mejores condiciones. ¿Qué hacíamos? Algo así como magia: cada una hacía el esfuerzo de acordarse de un libro, una película, una experiencia, un viaje –muy pocas había con experiencia de viajes al exterior–, y nos poníamos a contarlo a las compañeras. Cada una enseñaba algo; así jugábamos a juegos hasta el momento desconocidos para el conjunto, fabricando tableros, fichas, lo que fuera necesario. Así jugamos al "vatsunvets" (sesenta y seis) y al "tavlí", hoy conocido como backgammon. También inventábamos obritas de teatro o recreábamos alguna que recordáramos.



PERSONAJES:

BERENGUER 1º, el Rey

LA REINA MARGARITA, primera esposa del Rey Berenguer 1º.

LA REINA MARÍA, segunda esposa del Rey Berenguer 1º.

EL MÉDICO, que es también cirujano, verdugo, bacteriólogo y astrólogo

JULIETA, asistenta, enfermera.

EL ALABARDERO.

"EL REY SE MUERE" ES UNA MINUCIOSA CRÓNICA DE LA DISOLUCIÓN DE AQUELLO QUE PARECE MÁS SÓLIDO EN LA VIDA.

UNA CRÓNICA DE LAS REACCIONES HUMANAS

– ANTE EL MANDATO DE UNA REALIDAD QUE DIFIERE DE NUESTROS DESEOS

– ANTE UN SUEÑO QUE NO QUEREMOS ABANDONAR

– ANTE EL CAMBIO INEXORABLE DE LO QUE DESEARÍAMOS CONSERVAR INTACTO

UN DÍA APARECEN EN NUESTRA VIDA (NUESTRO REINO) LOS SIGNOS INEQUÍVOCOS DE QUE ALGO ANDA MAL, QUE YA NO SIRVE, QUE HAY QUE DEJARLO ATRÁS.

Y EL REY, EL HOMBRE, CUALQUIERA DE NOSOTROS, REACCIONA CON TODOS SUS RECURSOS:

NEGANDO LOS SIGNOS, DISCUTIENDO, REBELÁNDOSE, DUDANDO, ACEPTANDO Y VOLVIENDO A REBELARSE.

DICE UNO DE LOS PERSONAJES "SIEMPRE ES ASÍ CUANDO SE ANOTARA UN UNIVERSO" CUANDO LA REALIDAD CUESTIONA NUESTRAS CREENCIAS, NOS DEJA ABANDONARLAS. PERO ABANDONARLAS ES TAMBIÉN ACEPTAR LA MUERTE DE ESE PASADO CONFORTABLE, DE LO QUE HASTA AYER PARECÍA ETERNO E INMUTABLE.

ES A ESA MUERTE, A LA QUE SE ENFRENTA EL REY, A LA MUERTE DE LAS ILUSIONES QUE NO RESISTEN LA PRUEBA DE LA REALIDAD.

Y TAL VEZ PORQUE ESA PRUEBA ES IMPLACABLE, ENFRENTARLA CON [illegible] Y TRAMPAS ES TAN INÚTIL Y A LA VEZ TAN HUMANO, COMO PRETENDER EVITAR LA MUERTE.

ACEPTAR LA REALIDAD, SU INDEPENDENCIA RESPECTO A NUESTRA VOLUNTAD, ES EL PRIMER REQUISITO PARA PASAR DE ESE REINO ARRUINADO Y ESTÉRIL, A LOS NUEVOS DOMINIOS DE FECUNDIDAD Y BELLEZA.

PERO ES UN REQUISITO QUE NO SE ACEPTA FÁCILMENTE, TANTO MÁS DIFÍCIL CUANTO MÁS ALEJADO DE LA REALIDAD ESTÁ NUESTRO MUNDO.

noviembre de 1983.

trabajos

En tantos años de existencia de la cárcel de mujeres, el desarrollo de los trabajos fue variando, pero obviamente lo que más marca la memoria es la serie de trabajos forzados en jornadas interminables, en condiciones indignas de un ser humano.

Larguísimas jornadas al sol, con uniforme, abrochadas las mangas en las muñecas, cabeza agachada sin mirar a los costados, sin tomar agua a pesar de tener la canilla al lado. Si pasaba alguna compañera de otro sector –siempre custodiada por soldados– no se debía mirar y menos saludar. Estas jornadas podían terminar abruptamente con alguna compañera "calaboceada" y/o alguna desmayada y trasladada al celdario, mientras el resto inmutable –¿inmutable o destrozado?– debía proseguir con su labor frustrante y sin sentido. Porque si bien podíamos estar varias jornadas carpiendo canteros arcillosos, donde serían plantadas semillas que supuestamente veríamos crecer, la mayor parte de las veces esto no ocurría y nos llevaban nuevamente a destruirlos, dando vuelta la tierra reiteradamente.

Humillante era pasar horas juntando con nuestras manos desnudas los papeles y mugre del predio al aire libre, mientras una soldado pisaba una colilla de cigarrillo con la punta de su bota y señalando con su índice decía: "número tal, levante acá".

"Bacheo" se llamaba esta otra tarea que consistía en arrastrar un enorme rodillo –de esos que se usan para alisar las calles– para apisonar el material que se utilizaba para tapar los baches. Parecía una escena de la época de la esclavitud, y nosotras quedábamos con las espaldas destrozadas.

Si estábamos en cualquier tarea al aire libre y llegaba el director de turno, había que detener toda actividad y al grito de "atención" debíamos permanecer firmes, en fin, paradas –¿rindiéndole homenaje?–. Ante lo absurdo de estas situaciones, muchas veces nos tentábamos de risa, y la "solemne situación" podía terminar con sanciones de diverso tipo.

¿nos van a fusilar?

Un día vimos –por los agujeritos hechos en la pintura de las ventanas– que las compañeras, formadas por sector, iban saliendo hacia el patio exterior del lado norte. "¿Qué pasa?" De repente las vimos correr a todas juntas. "¿Qué pasa? ¿Las van a fusilar?" Corrimos la voz en el sector. ¿Nos llamarían a nosotras también?

Sí, nos llamaron. Nos dieron la orden de formar y salir, así, de uniforme completo. Bajamos formadas. Recibimos otra orden: "corran". Nos miramos, ¿corremos?

Resultó ser una jornada en la que nos obligaron a hacer gimnasia, así, de sopetón, cuando había estado prohibido durante años. Pero como todo a lo que nos obligaban no tenía nada de positivo, la orden era seguir el ritmo de ellos, correr y hacer todo lo que ordenaban. ¿Podríamos? ¿Soportaríamos hacerlo así sin calentamiento ni preparación? Nuestras posibilidades eran distintas: las compañeras más veteranas lo soportaban menos por causa del co-

razón o por simple fatiga, a otras se les acalambraban los músculos, era terrible, ¿qué hacer? Lo lógico, lo solidario. Las que podíamos soportar el esfuerzo tratábamos de acompañar a las rezagadas aunque este ir más lento nos cansara más. No debíamos mostrar fisuras, no debíamos mostrar que las compañeras no lo soportaban, ellas mismas nos lo pedían. "Alba, deciles que tu corazón no aguanta", le decía, y ella: "¿Estás loca? A éstos no les pido nada". Nosotras quedábamos con la angustia: ¿y si se nos queda...?

las alarmas

Con una frecuencia determinada por razones desconocidas por nosotras, se producían las "alarmas" –también conocidas por "zafarranchos"–: empezaban a sonar simultáneamente todas las sirenas, nos gritaban la orden de "cuerpo a tierra", "silencio", cerraban con candado todas las puertas y puertas–rejas, y armados hasta los dientes patrullaban el celdario, corriendo por las escaleras hacia arriba, hacia abajo, produciendo ruidos atemorizantes. "Cuerpo a tierra" implicaba ponerse boca abajo estiradas contra el piso helado, sin autorización de colocarnos algo debajo para evitar enfriamientos –intentábamos ponernos al menos un bucito debajo del vientre–, y hacíamos silencio, claro, porque era nuestra forma de estar alertas y calibrar el peligro que corríamos.

Cada alarma renovaba las dudas del porqué las hacían en cada oportunidad: podía ser sólo para asustarnos, podía ser para que su personal hiciera práctica para repeler algún ataque –¿de quién?–, pero podía ser que no fuera un simulacro y que hubiera peligro de verdad; sabíamos que había grandes disputas dentro de las Fuerzas Armadas. ¿Qué fue lo de Trabal? ¿Siendo seguramente ellos mismos los que lo mataron, por qué ejecutaron compañeros en Soca y nos sacaron a nosotros a estrenar la cárcel clandestina del "300 Carlos"?

¿Y si volvían a expresar y descargar sus diferencias sobre nosotras?

Recuerdo una alarma cuando estaban en nuestro sector las mellizas de Mary, que tenían tan sólo un año de edad. Ellas estaban en la celda siete, yo enfrente, en la ocho y desde allí, tirada boca abajo, observaba impotente. Obviamente, las niñas no entendían lo que realmente pasaba y creyendo que era un juego de sus "tías", saltaban alborozadas entre las compañeras. Por suerte, esa vez sí fue todo un simulacro.

un pequeño disfrute

Todos los días al amanecer y al atardecer tocaba "bandera". Había que formar por sectores, separadas unas de otras, a veces esperando largamente el acto de izar o bajar la bandera al son de la trompeta. Debíamos permanecer de pie y con la cabeza descubierta aunque hiciera mucho frío, a pesar de que nosotras éramos civiles y no militares.

En una época hubo piojos, por lo que tomaron medidas colectivas: además del absurdo movimiento de colchones con fumigaciones que provocaban alergias varias, todas debíamos lavar nuestras cabezas con un producto especial y permanecer con un pañuelo atado en la cabeza durante varios días.

A la hora de la bandera no podían exigirnos que nos quitáramos el pañuelo, y ese era nuestro pequeño disfrute.

niños

Nuestra vida transcurría rodeada de mujeres, sólo mujeres. No teníamos contacto con niños, ni con adolescentes ni con hombres –obviamente, jamás se nos ocurría considerar a un milico como hombre–. Las compañeras que tenían hijos o hermanos menores de quince años, sí tenían derecho a verlos en contacto directo cada semana durante una sola hora, por supuesto, siempre y cuando no estuvieran sancionadas. Esos domingos de niños, se convertían en todo un acontecimiento en el que alborozadas recibíamos los comentarios de nuestros pequeños. Pero también los dolores de nuestros pequeños, los manoseos a los que eran sometidos, las humillaciones. No puedo borrar la imagen de Alejandro, el hijo de Delia, pequeñito, aferrado a las alambradas clamando por ver a su madre, a la que habían "calaboceado" vaya a saber por cuál pretexto; él necesitaba verla, abrazarla, no podía volver sin su cariño, sin su consuelo.

¿dónde están?

Con Tito Gomensoro compartimos nuestros estudios en Preparatorios del Bauzá. Recuerdo que dio su primer examen con un traje –algunos estudiantes se ponían traje para dar examen– el que, como cábala, usó en el resto de los exámenes de los dos años de Preparatorios –hoy quinto y sexto años–. Había que verlo, él creciendo y el traje quedándole corto por todos lados. Con él y su compañera también compartimos una carpa en el Congreso de Cololó en febrero de 1969.

Tito –Roberto– fue apresado en marzo del 73, antes del golpe. Cuando nos llevaron a nosotros todavía no teníamos noticias de él. Toda la Facultad de Agronomía se preguntaba qué habría pasado, allí era estudiante y docente, muy querido por todos. Nadie nos sabía responder. Hugo, su hermano, que también era estudiante de agronomía, tampoco sabía nada. No podíamos concebir cómo era posible esa falta de información.

Algunas compañeras tenían familiares –esposos, hermanas, cuñados– que como consecuencia del golpe en Uruguay se habían exiliado en Argentina. Pero, en determinado momento, ellos desaparecen y no se les puede seguir el rastro. Después supe que lo mismo había ocurrido con Hugo, el hermano de Tito y con Guillermo Sobrino, otro compañero de Facultad.

En el Penal también convivimos con Sara, una compañera cuyo hijo –Simón– había sido arrebatado de sus brazos cuando fue apresada. Vivíamos cada visita a la espera de noticias de la aparición de ese niño.

Todo esto ocurría en 1973, 1976 y 1977 y hoy, en pleno año 2002 seguimos preguntando: ¿dónde están? ¿qué hicieron con ellos? ¿quiénes son los responsables? Recién, después de casi veintiséis años celebramos la aparición de Simón. Por otro lado, casi treinta años después, se confirma la aparición de los restos de Tito –asesinado antes del golpe de Estado–, pero quedan mil preguntas sin contestar, y no se juzga a los responsables.

Antes de la dictadura nadie se lo podía explicar, durante los oscuros años de la dictadura tampoco, hoy parece increíble que, en un país llamado democrático, aún no haya respuesta a nuestras preguntas.

la libertad

Primer y principal objetivo de quien cae preso: salir en libertad.

Pero ¿cuándo? ¿cómo? En una vida colectivizada aparecía la pregunta: "¿podré despedirme de mis compañeras?".

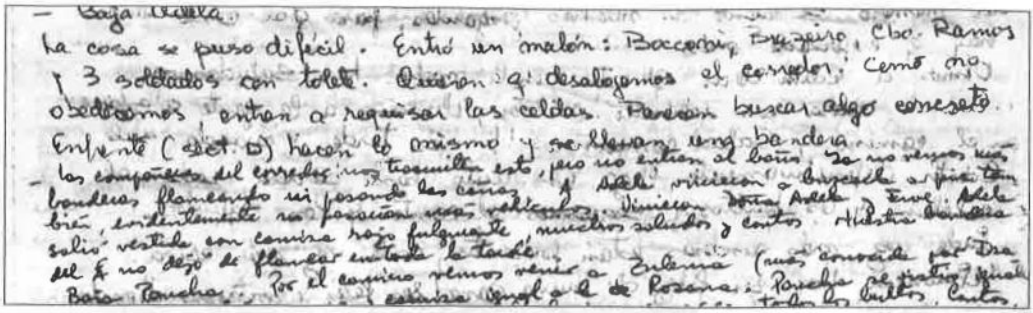
Las libertades nos las hacían vivir como otro elemento de presión y tortura. Llamaban a la compañera que le tocaba salir –como siempre, no sabíamos para qué llamaban– y se la llevaban al calabozo, para luego hacerla pasar por la enfermería. Parecía un chiste, pero se salía con previa revisación médica realizada por el doctor Nelson Marabotto o la doctora Rosa Marsicano, ambos co-responsables de todo cuanto ocurría dentro del Penal.

Montaban un operativo para impedir nuestra despedida, para no dejar que miráramos por los agujeritos, para impedir el acompañamiento de aquella que se iba llevando partes de nuestro ser hacia la libertad.

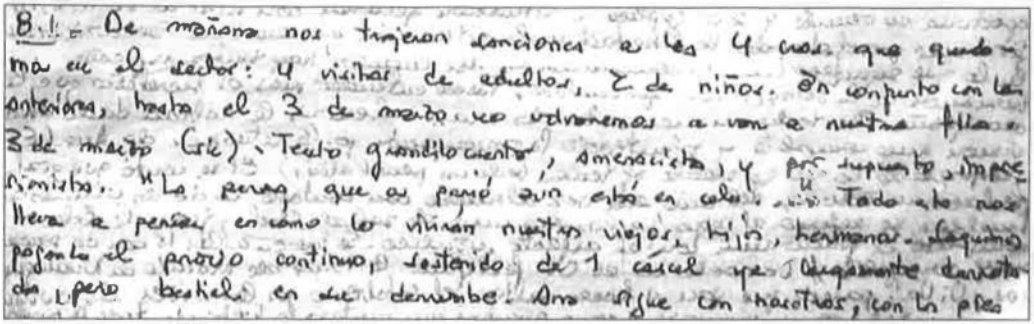
A veces triunfábamos y lográbamos ver la salida de esa compañera, otras veces aguardábamos alguna visita para saber si había llegado bien. No olvidemos que hubo una etapa en la que las libertades no fueron tales, ya que la compañera iba "retenida" a un cuartel, no se sabía por cuánto tiempo. Algunas de las retenidas salían a la calle, otras se veían obligadas a salir directamente al aeropuerto.

Hubo tantas formas de salir en libertad como compañeras, y tantas formas de castigar a las que nos quedábamos: calabozo o sanción colectiva a rigor, como ellos la llamaban.

1984, año de elecciones nacionales aunque con proscripciones, las libertades se multiplicaban y las vivíamos con la euforia a flor de piel. Debían liberarnos a todas, ¿por qué se demoraba tanto? Los familiares llegaban a la barrera de entrada al Penal con banderas, eran otras las libertades, aunque ellos buscaban también nuevas formas de reprimirnos a nosotras y a nuestros familiares. Cantábamos intentando hacer llegar nuestra voz hasta donde estaba la barrera, ansiábamos mostrar nuestras banderas. Queríamos acompañar el movimiento de los de afuera.



¿Por qué se atrasaba nuestra salida? Los familiares vivían una permanente zozobra, con momentos de alegría y otros de depresión. Se preparaban para recibirnos, ordenaban la ropa necesaria para la salida en libertad y se veían frustrados semana a semana, visita a visita, hasta que en enero del 85 sobreviene una incomunicación. Nos incomunican por completo hasta marzo –unas en calabozo, otras a rigor en el celdario–. ¿Saldremos antes en libertad?



El 15 de febrero de 1985 asumía el Parlamento recientemente elegido y el 1° de marzo el nuevo Presidente, ¡después de casi doce años!

El 4 de marzo los militares deciden clausurar el Penal de Punta de Rieles, trasladándonos a todas con rumbo desconocido en un operativo mudanza, en camiones cerrados, sin ver nada. ¿Hacia dónde íbamos?

Llegamos al edificio de la Jefatura de Policía de Montevideo, al conocido cuarto piso de la Cárcel Central, a los calabozos, pero en un régimen diferente: ropa normal, visitas, cartas, alimentos elaborados por nuestros familiares –las comidas preferidas de cada una, o la especialidad de quien la enviaba– euforia, a punto de salir. Se viene la amnistía, dicen, ¿la votarán? ¿qué tipo de amnistía? ¿nos iremos todas de este lugar?

El 8 de marzo, las organizaciones de mujeres realizan una gran marcha celebrando el Día Internacional de la Mujer, y pasan por la Jefatura –donde estamos nosotras– pidiendo nuestra liberación. Es la primera vez en más de una década que sentimos algo tan cercano y tan intenso.

Se votó la amnistía, que no fue total, y fue elegido el 10 de marzo de ese año 85 para la liberación de las y los amnistiados; adentro quedaron hasta el 12 y 14 de marzo quienes luego fueron indultados.

La Jefatura fue rodeada de familiares y amigos que nos esperaban ansiosos, pero no podían permitirnos la alegría de abrazarnos allí con nuestros familiares y los familiares de las demás. Para ello montaron un operativo increíble, haciéndonos salir en autos patrulleros de a tres o cuatro amnistiadas por vehículo. Los coches salían velozmente del garaje de Jefatura sin parar, intentando despegarnos del montón de gente que nos rodeaba.

Hasta la amnistía teníamos que vivirla con angustia: ante la noticia de que sólo nos liberarían en nuestros respectivos domicilios, los familiares y amigos salían desesperadamente hacia la casa en donde nos iban a entregar.

Mi libertad y la de Ruben llegó con la amnistía. ¡Qué día! ¡Cuántas emociones!

Fui la penúltima en bajar del patrullero; en la casa de mis padres me esperaban mi familia, los vecinos y los compañeros del Comité de Base del Frente Amplio con carteles que decían "Bienvenida Compañera Anahit" y "Bienvenido Compañero Ruben".

El abrazo uno por uno, por primera vez en tantos años, y el teléfono sonando: llamada desde Buenos Aires, una tía hablando en armenio y ¿yo? dialogaba también en armenio. Ahora ¡era posible hacerlo en realidad!

Al ratito llama mi cuñado: "Ruben está acá, en la casa de los viejos, ¿qué hacemos?". Entonces, se nos dio el tan esperado abrazo, nos reencontramos, sí ¡estábamos juntos!

¿Dónde íbamos? ¿Qué hacíamos? ¿Cómo?

Al otro día fuimos a Facultad, donde los viejos compañeros y las nuevas generaciones nos estaban esperando con otros carteles de bienvenida y mucho cariño, pero faltaban aquellos que hoy tampoco están.

En qué vorágine estábamos entrando, dónde nos metimos al querer reinsertarnos en la sociedad de la que nos habían sacado de cuajo once años y medio atrás. Nosotros debíamos hacer el máximo de esfuerzos por entender, por conocer pero, ¿por dónde empezar?

No teníamos casa, ni ropa, ni documentos, ni libros, ni apuntes, ni material de trabajo. ¿Por dónde empezar? Obviamente y ante todo: ¿se mantiene vigente la pareja? Probemos. Los demás asuntos debían resolverse simultáneamente: tramitar y obtener documentos, buscar trabajo, buscar vivienda, buscar, buscar...

Además, entender cómo se manejan esos espectaculares relojes digitales que nos regalaron y, sobre todo, la sociedad tan diferente a la que volvíamos.

Entender, conocer, pero siempre comprender tratando de adaptarnos. Muy difícil.

un fin de año especial

Marmo: Creo que uno de los momentos que más gratamente recordamos son los festejos de fin de año de 1975.

Charo: Vos decís en "el 14", ¡eso fue memorable!

Paloma: Seguro, porque son fechas especiales y pesa mucho la separación de la familia; entonces, hacer algo para nosotras, para pasarla lo mejor posible fue muy importante.

Raquel: Todavía no me explico cómo hicimos para preparar tres actuaciones sorpresa, conviviendo las veinticuatro horas en el mismo barracón.

Samber: Nos dividimos en tres grupos y cada uno ocupaba un rincón entre las cuchetas, echando a las curiosas que se acercaban.

Paloma: Pero lo de los grupos fue espontáneo. No fue planificado. Se fue dando.

Marmo: Me parece que arrancó el grupo en que estábamos Samber y yo. Nos pusimos a organizar una murga. Las canciones, claro. La Presentación, el Popurrí y la Despe-

dida. Entonces otras, que se dieron cuenta que preparábamos algo sorpresa, se juntaron a organizar otra actividad.

Charo: Claro. Ahí arrancó el grupo nuestro con el cine de sombras, inspiradas en "Tienda de los Milagros" de Jorge Amado. Se acuerdan que ese año fue *best seller* en "el 14".

Raquel: Entonces, las restantes compañeras, para no ser menos, armaron el tercer grupo que hizo esa especie de viaje por la canción y el baile de Latinoamérica.

Samber: Sí, nos emocionamos al comprobar que todas nos integrábamos en algún preparativo. Porque, como en todos lados, había compañeras que disfrutaban nuestras actuaciones, pero siempre de espectadoras. Nunca se animaban a estar en escena. Pero se animaron, ¡fue tan valioso ese esfuerzo por regalarnos algo!

Paloma: Incluso se integró alguna que otra compañera que andaba medio "bajoneada". Como que nos fuimos contagiando de entusiasmo por preparar algo y eso nos levantó el ánimo a todas.

Charo: Lo que más disfrutamos creo que fue eso, la preparación. Llegó un momento en que las cuarenta estábamos "sucuchadas" en nuestros grupos, tan concentradas en los ensayos que ni nos enterábamos de lo que ensayaban las demás.

Marmo: Bueno, algo se filtraba. Creo que todas ya sabían que lo nuestro venía de murga, aunque no tenían ni idea de las letras. No sé cómo ensayamos las canciones en secreto.

Samber: Sí, porque le pusimos música de canciones conocidas. ¡Igualito que las murgas!

Raquel: También sospechábamos que el tercer grupo bailaba y cantaba. Creo que con frazadas colgadas de las cuchetas cerraban el espacio del fondo, para ensayar detrás.

Marmo: Las que nos despistaron a todas fueron ustedes. Las veo metidas a todas, ¿cuántas eran? ¿Diez? Todas metidas dentro de la armadura de hierro de una cucheta vacía, con los lados tapados por sábanas. A veces prendían una vela adentro. Muchas pensaron que la cosa venía de macumba. Fue una verdadera sorpresa el cine de sombras.

Charo: Otra cosa que hay que decir es que hacer todo eso estaba prohibido. Lo hacíamos entre una recorrida y otra de las milicas. Si sonaba el candado de la puerta era un revuelo de frazadas, sábanas y corridas para esconder todo.

Paloma: Si mal no recuerdo, las actuaciones tuvimos que repartirlas en dos días, justamente por eso, para que no nos "pescaran". Porque el tiempo entre recorrida y recorrida no daba para todas.

Samber: Igual nos pescaron ¿se acuerdan? Escucharon los cantos y como estaba prohibido entró el Capitán Carbone a aguarnos la fiesta. No nos daban ni la tregua de fin de año. Nos hicieron formar y comenzó a preguntar: "¿quién cantaba?". Así estuvo un

rato y, como nadie contestaba, amenazó a los gritos con plantón en la plaza de armas. Nadie se inmutaba. Al final se fue. Después nos enteramos que a todas nos prohibió la visita siguiente.

Raquel: Pasamos unos nervios bárbaros en el momento, pero estábamos tan contentas con la murga, las canciones y los bailes del otro grupo, que no nos achicamos y al otro día hicimos nosotras "el cine".

Marmo: En mi recuerdo, el incidente con Carbone fue casi un detalle. Una "caquita de mosca" que no nos impidió disfrutar intensamente. Ustedes pensarán que exagero, pero siempre recuerdo que en aquel momento, al culminar el día y ya meditando en la cucheta, pensé que desde que era niña no disfrutaba así de las Fiestas. En mi familia se habían dejado de hacer las grandes reuniones, y supongo que siendo ya casi una adulta no le veía la magia a esos Fines de Año con tanta crisis y represión. Entonces, me sorprendí mucho al pensar que estando presa me volviera esa alegría medio mística, en fechas más que difíciles para un preso o una presa.

Samber: Lo que pasó es que el cine de sombras fue mágico. Nos sorprendimos como niños y como niños también lo disfrutamos. Nos mirábamos unas a otras asombradas con los ojos chispeantes de alegría. Quedó para el final y fue el broche de oro de los festejos.

Charo: La verdad es que nos quedó sensacional. ¿Se acuerdan que hicimos las voces y los textos tipo "Les Luthiers"? Empezamos con el informativo "UFA" donde pusimos acontecimientos del año.

Marmo: ¡Fue memorable! Todas sentaditas frente a la sábana blanca que se ilumina por detrás, aparece una imagen y tu voz, Charo, recuerdo clarito tu voz presentando el noticiero.

Paloma: Todo estuvo bárbaro. Con la murga de ustedes nos matamos de risa. También integraron acontecimientos de ese año. Me acuerdo que las letras mencionaban la hepatitis y aquello del circuito de contagio: culo–mano–boca.

Raquel: ¿Te acordás? Y hablaban de los bebes Luisito y Nicolás, del calefón siempre roto y que nunca arreglaban.

Samber: Claro, porque lo hicimos con el mismo criterio de las murgas: entrelazar hechos ocurridos durante el año, pero como de afuera sabíamos poco, la mayor parte del repertorio se refería a nuestra vida en el barracón.

Marmo: En el "cine" vino una historia después del noticiero, que tenía de protagonistas "al Sheriff" –el Alférez Busconi– y a una milica, ¿la "Cocacola"?

Samber: Lo mejor de todo fue cuando nos tiraron agua de atrás de la sábana. Habían anunciado en la presentación del filme que era sensible, como el "cine sensible" de "Un

mundo feliz" de Huxley, otro libro muy leído ese año. En una parte de la historia en que llueve tiran agua a nosotras, el público. Llorábamos de risa.

Charo: Nosotras del otro lado de la sábana también nos divertíamos de lo lindo.

Raquel: Otra cosa que recuerdo fue cuando hicieron el carnavalito boliviano Mariela y Cainito bailando en pareja, así balanceándose hacia adelante y hacia atrás, con ponchos y gorros de lana, manteniendo las cabezas pegadas. La Caíno no podía parar de reírse y nosotras tampoco. La veo a Mariela con su cara redonda y el gorrito.

Paloma: Otra que se destacó fue Bea haciendo de Carmen Miranda. Estaba igualita, un personaje como para ella. Mi papel no fue muy lucido, como estaba tan flaquita me pusieron a representar "Ameriquita la pobre".

Samber: Parecías una desgracia con aquellas trenzas de medias cancán. Ustedes eran el grupo más numeroso, me parece. Mientras unas bailaban o representaban, el resto cantaba canciones americanas.

Marmo: Es increíble nuestra capacidad de adaptación. Un año antes, muchas de nosotras estábamos pasando el fin de año de plantón y encapuchadas. Después vino el procesamiento, asumir la "cana", adaptarse a esa realidad, conocernos. Terminamos el año con una experiencia que para todas fue vital, fue como ganarles una.

Raquel: Y claro que se la ganamos. ¿Por qué nos sancionaron? Ellos esperaban que las Fiestas fueran nuestros momentos tristes. La rabia que le dio al oficial, él de guardia en el cuartel y nosotras de cantarola. ¡Presas y todavía de cantarola!

epílogo

lo que no se recuerda no existe

Han pasado ya muchos años, diecisiete, desde que las últimas presas políticas recobraron la libertad.

El transcurrir del tiempo y de nuestras vidas ha sido agente de olvido. Compartir parte de nuestra experiencia en común es no seguir perdiendo aquello de lo que no quisiéramos desprendernos. Quisimos ser nosotras mismas las que contáramos nuestras historias, con la "emoción de lo vivido". Trasmitir esas situaciones y sucesos que alteraron nuestras vidas y las de muchos, para que no se pierdan con nosotras o queden reducidos a meras estadísticas.

Los relatos, desde varias vertientes, trascienden el testimonio para llegar, a través de múltiples y complejos caminos, a la reconstrucción de una historia fragmentada cuyas consecuencias están aún vivas como temas no resueltos por la propia Historia y la sociedad uruguaya.

Pudimos habernos detenido, sin duda, en la cárcel del horror, de la locura, de la muerte, del hostigamiento.

Pudimos haber llenado páginas enteras denunciando la crueldad, la deshumanización, los vericuetos de la perversidad de quienes cumplieron con ahínco su misión demoledora.

Atrapadas, como estábamos, en ese gran espacio tenebroso y helado que puede llegar a ser una cárcel, pudimos haber relatado las tinieblas y la insanía, el agarrotamiento y la angustia. Situación esta que no fue privativa nuestra; muchos la sufrieron en la cárcel grande en la que durante años se convirtió nuestro país.

Pero, de la misma forma en que en un sitio completamente oscuro una mínima rendija deslumbra y se vuelve sol, iluminando todo el lugar, así, lo que quisimos trasmitir en estas páginas fue la vida femenina y fresca de los resquicios que trabajosamente defendimos, que pacientemente tallamos día a día. Fueron nuestras convicciones vividas con la creatividad, la vocación nutricia, diversa y contenedora de la mujer; mujer comprometida con su tiempo. Es nuestra victoria.

Montevideo, noviembre de 2002

Invitamos a enviar comentarios, críticas y/o sugerencias al correo electrónico: deladesmemoriaaldesolvido@hotmail.com

índice

prólogo 7
los tiempos del tiempo 13

relato de alicia chiesa (samber) 17

diferentes realidades 25
el trabajo forzado 27
el "rey sol" 33
enfermedades 35

relato de graciela souza (marmo) 39

silbidos que no se llevó el viento 61
lo colectivo y lo individual 65

relato de graciela nario (paloma) 69

cosas que perdimos 79
tres fotos 81
aniversarios 83

relato de carmen pereira 87

los vínculos en la boca del lobo 101
sueños y cine 105

relato de raquel núñez 107

"castiguitos" 133
los libros 139

relato de rosario caticha (charo) 141

visitas del exterior 155
el vocabulario 157
la "lógica militar" 159

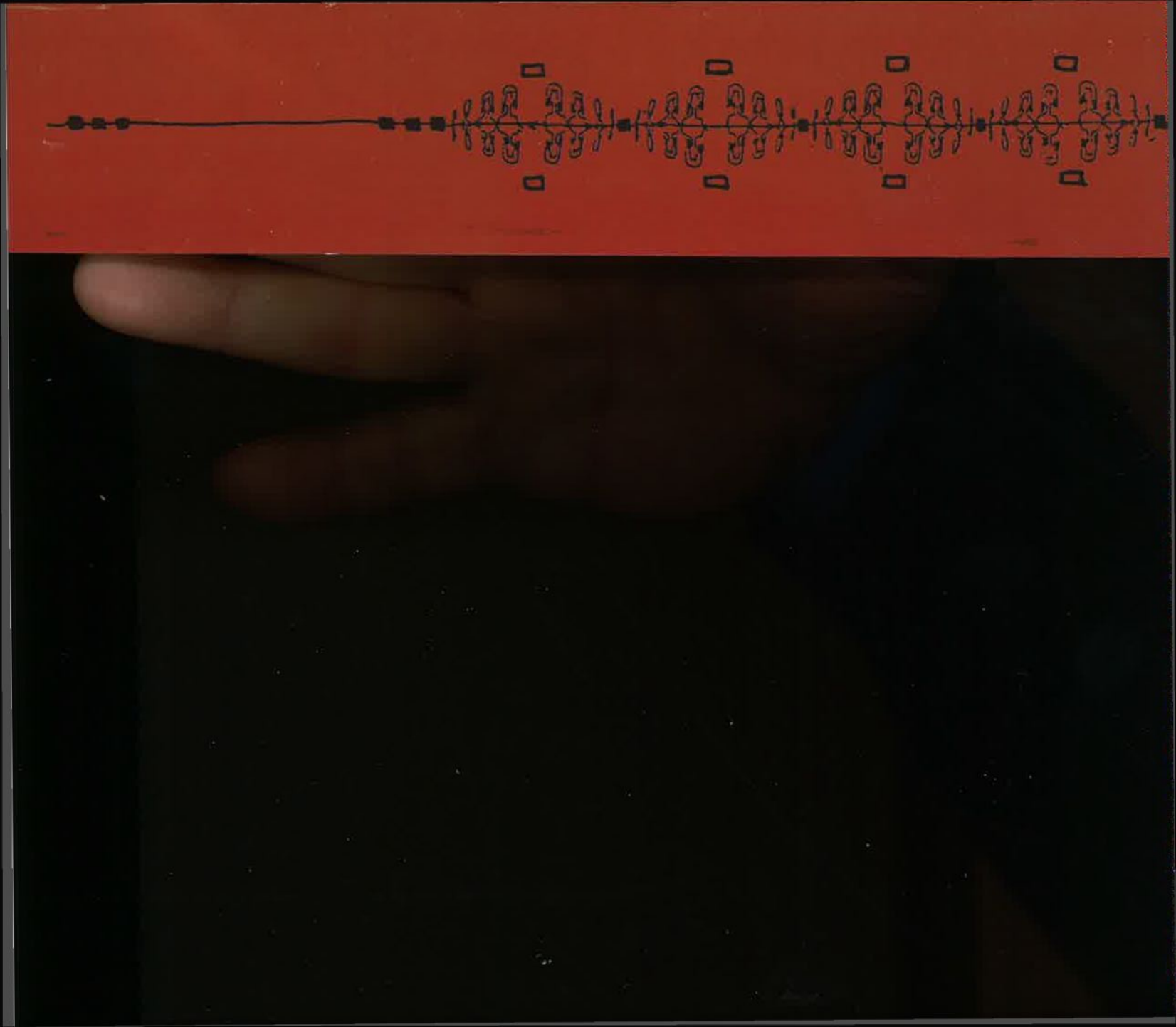
relato de anahit aharonian 163

un fin de año especial 197
epílogo 201

Esta tercera edición se terminó de imprimir en setiembre de 2004
en Artes Gráficas S.A., Porongos 3035, Tels.: 208 4888 / 208 8414,
Montevideo, Uruguay.

DL Nº 333.029/2004

Edición amparada en el artículo 79 de la Ley 13.349. Comisión del Papel.



Que nadie se engañe. Esto tiene tapa, contratapa, páginas con números y todo lo que le da apariencia de libro, pero no lo es.

Esto, con formato libro, es el vehículo por medio del cual un grupo de mujeres, ex presas políticas, trasmite lo que recuerda de sus vivencias. Tanto de sus historias personales, que las llevaron a desembocar en las cárceles de la dictadura, como de los días de encierro y lo que allí crearon.

Para hacerlo se reunieron infinitas veces, recuperaron anécdotas, reflexionaron, recobraron recuerdos, se distrajeron, hablaron de otras cosas, volvieron al tema, se agasajaron con improvisadas comidas y vino, compartieron los problemas de los hijos e hijas aunque les robaron muchas horas -a sus compañeros también- y se sintieron culpables por ello (obvio, son mujeres).

Pasó el tiempo y sus hijos crecieron y sus compañeros -increíblemente- no se fueron. Ellas tenían que decidirse, así que un día tomaron el lápiz (o la computadora) y se pusieron a dar forma a todo aquello. Algunas, peleadas con las palabras, sufrieron la gota gorda; otras necesitaron romper cáscaras del "yo no sé"; casi todas hicieron y rehicieron, resignadas.

Por eso lo del principio: esto, que parece un libro, es más bien una caja. Es una gran vivencia que contiene otras vivencias, que en su interior contienen otras...

Alicia Chiesa, Carmen Pereira, Graciela Nario, Anahit Aharonian, Raquel Núñez, Rosario Caticha, Graciela Souza